



JUNIOR

NADIA NOOR

JÚNIOR

NADIA NOOR

Título: Júnior

©2020 Nadia Noor

Diseño de la cubierta y maquetación: Mónica Gallart (www.bookcoverland.com)

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

El amor auténtico nace en un ser humano en la infancia. Algunas veces madura y sobrevive al paso del tiempo y muchas otras se queda por el camino. Pero nunca, nunca se queda en el olvido.

Para María, la mujer más especial que jamás he conocido, ojalá desde allí arriba te sientas orgullosa de mí.

1

A decorative graphic featuring several soccer balls of varying sizes arranged in a cluster. The balls are rendered in a light gray, semi-transparent style. The word "Junior" is written in a black, elegant cursive font, centered over the cluster of balls.

Junior

Denia, 21 de junio de 2020, el día de mi boda

La suave brisa de mayo mece con delicadeza el arco nupcial formado por flores níveas y una sinuosa hilera de yedra verde. En el ambiente reina la alegría, propia de una ceremonia de esas características, y el olor salado del mar se desperdicia entre los caros perfumes femeninos. De fondo se escuchan los acordes de un piano, que entona una sentida canción lírica, a la que nadie presta atención.

Estoy de pie, junto al altar improvisado, soportando con entereza los minutos previos a la llegada de la novia. Minerva, mi madre, me da un breve apretón en el brazo para infundirme ánimos. Su presencia me reconforta, aportándome templanza sin necesidad de palabras o gestos. Inclino la cabeza y nuestras miradas, del mismo tono grisáceo, se encuentran y nos sonreímos.

Mi padre, Cristian, se mueve entre los invitados asegurándose que están bien atendidos. Viste un traje color gris antracita, de corte impecable y tela exquisita, camisa blanca almidonada y corbata estrecha de seda natural. A sus cuarenta y cinco años luce el mismo cuerpo atlético de siempre, que mantiene en forma con largas sesiones de gimnasio y duros entrenamientos. Dieciséis años atrás, se casó con mi madre biológica y, aun cuando sus principios como pareja fueron un tanto atormentados, mantienen en la actualidad uno de los matrimonios más estables y envidiados del panorama futbolístico.

Dejo de prestarle atención a mi progenitor, levanto un poco la manga de mi impoluta camisa y consulto de forma disimulada el reloj. Faltan solo tres minutos para las doce. ¿Por qué narices pasa el tiempo tan despacio hoy? Las masas, las ceremonias, ser el centro de atención no son mi punto fuerte, pero mantengo la calma sabiendo que algunos compromisos son inevitables. Como mi boda, por ejemplo. Cambio el peso corporal de una pierna a otra demasiado tenso para mantenerme quieto. Percibo cómo todos los músculos de mi cuerpo están en fase de alerta máxima. Me pregunto si todos los novios pasan los mismos apuros antes del enlace. Lo más seguro es que sí.

Necesito mantener la mente ocupada así que vuelvo a consultar el reloj. Sus agujas se mueven con una lentitud demoledora que me saca de quicio.

Dos minutos, eso es lo que falta para que la mujer que amo desde que tengo uso de razón, se acerque a mí vestida de blanco. Por delante de mis ojos pasa una sucesión de imágenes nuestras siendo niños. Desde el primer instante en que la vi, mi corazón comenzó a latir por ella. María es valentía, coraje, firmeza, no hay obstáculo en el mundo que se le resista. Es pasión, fuerza, entusiasmo, un verdadero tsunami que arrasa con todo a su camino. Es hermosa y de buen corazón.

«Y es mía», me felicito orgulloso.

«Casi tuya», me corrige una voz envidiosa en mi cabeza. Siente celos de mi felicidad y es comprensible. Pocas personas en el mundo tienen la suerte de casarse con su primer amor. Ese que te quita las ganas de comer, el sueño y te mantiene con la mirada atrapada en las esquinas del techo de tu cuarto.

Me considero un hombre afortunado, hasta la fecha todos mis sueños se han hecho realidad. Mi yo al completo se encuentra en un estado apoteósico y mi autoestima en su nivel más elevado.

Los sonoros acordes nupciales interrumpen mis reflexiones provocando en todo mi cuerpo una inmensa explosión de calor. Un nudo grande se aloja en mi garganta, no sé dónde mirar ni qué hacer con mis manos que, de pronto, me pesan más de lo normal.

El gran momento ha llegado y yo estoy demasiado agitado para disfrutarlo.

«Te pasas de sentimental. Solo es tu boda, no el fin del mundo. Los nervios previos al enlace están sobrevalorados porque lo que pasará a continuación es puro formalismo. Te dije que sí en su momento, que fue la prueba realmente importante, ahora solo queda disfrutar del gran día. Nada malo puede suceder».

Inspiro lentamente y meto la mano en el bolsillo del pantalón aparentando sosiego. Dejo salir el aire de mis pulmones y le devuelvo la sonrisa a mi padre. Sus ojos oscuros me exploran con atención, soy un maldito libro abierto, un ser incapaz de ocultar sus emociones. Él lee entre líneas y me levanta el pulgar, para animarme. Ese pequeño gesto, muy nuestro, consigue reconfortarme. Cuadro los hombros y me armo de valor. Observo desde la distancia a mi prometida. A pesar del largo tramo que nos separa, nuestras miradas se encuentran y, lo que veo, hace que me tense todavía más.

María está espectacular con su precioso vestido de seda, en tono *beige*, de corte sencillo y tela delicada. Una pretina con finas incrustaciones plateadas delimita la falda larga, simple y sin aderezos del corpiño liso previsto de un moderno escote rectangular. Su pelo negro, lacio y lustroso está adornado con decenas de flores minúsculas y sus labios, pintados en un sutil rosa pétalo, lucen exquisitas. Camina del brazo de su hermano menor, John, y, a primera vista, parece lo que es, una novia que se acerca al altar el día de su boda. Pero algo no va bien, sus ojos miran en todas las direcciones menos en la mía y arden angustiados. Avanza insegura por el ancho pasillo central cubierto por una vistosa alfombra verde, su cuerpo esbelto está tenso y sus hombros estrechos, cubiertos por el tul transparente del velo, rígidos. Aprieta los labios como si se estuviera aguantando las ganas de llorar.

Si algunos minutos atrás los nervios previos al enlace me reconcomían por dentro, ahora me siento invadido por gigantescas oleadas de pánico. Me cuesta mantener la mano en el bolsillo, así que la saco y me la paso por el pelo, sabiendo de antemano que me alterará todavía más. Cambio el peso corporal de una pierna a otra y vuelvo a dejar la mano a buen recaudo, en el bolsillo del pantalón. Molesto conmigo mismo por este momento de inseguridad, trato de sobreponerme.

«Seguro que no es nada», me calma mi yo interior. «Es normal que esté nerviosa, una no se casa todos los días con una estrella del fútbol ante toda la flor y nata del gremio. María es sencilla, quizá esta ceremonia fastuosa la sobrepase».

Esa breve explicación alivia mi ansiedad y renueva mis ánimos. Nos separan pocos metros de distancia así que le sonrío buscando conectar con ella, pero su mirada perdida, da la impresión de hallarse a mil años luz de mí. De pronto, detiene sus pasos y hace una seña con la mano, dando a entender que desea hablar. Este pequeño gesto tiene el poder de una ráfaga ruidosa, ya que, en cuestión de segundos, todos los asistentes dejan de lado sus conversaciones y se centran en ella.

«¿Y ahora a qué viene esto?», me pregunto para mis adentros, hecho un mar de dudas.

El hombre que toca el piano, al advertir que debe interrumpir su pequeño minuto de gloria, levanta la mirada confundido. Con las manos aún sobre las teclas detiene la música malhumorado. Se une a la multitud y centra su

atención en la novia. Mis sospechas se multiplican, observo decaído que la mayoría de los invitados esperan expectantes su discurso.

En los días previos a la ceremonia hemos ensayado varias veces el acto en sí. El cometido de María era llegar hasta mí, enlazar sus manos con las mías, sonreírnos y sentarnos ante el alcalde encargado de officiar la ceremonia.

Solo eso.

No entiendo nada. Ni yo, ni los trescientos invitados que no despegan los ojos de ella, esperando intrigados su discurso. Observo que al coger el micrófono, sus manos tiemblan ligeramente y se muerde el labio inferior, tratando de no venirse abajo. Tengo un mal presentimiento pero no puedo impedir el avance de los acontecimientos.

Tras unos instantes cargados de tensión, saluda con timidez, provocando que el murmullo de los invitados se apague de golpe y un denso silencio envuelva la atmósfera.

—Hola a todos y muchas gracias por venir. —Intenta mostrarse serena pero las palabras le salen atropelladas y su tono de voz suena diferente, como si fuera el de una desconocida. Recorre con la vista la multitud, aunque no mira a nadie en concreto. Tras unos segundos de titubeo lanza al mundo una noticia de lo más desconcertante—. Lamento decirles que yo no... no voy a casarme hoy con Júnior.

¿¡Qué!?

Un montón de señales de interrogación se multiplican dentro de mi cabeza y hago un esfuerzo sobrehumano para que mi barbilla no colisione con el reluciente césped que parece bailar bajo mis pies. Los peores presagios se están materializando ante mis ojos abiertos como platos. Las rodillas se me convierten en gelatina y un gran vacío comienza a formarse en mi interior. Los labios se me resecan y no puedo tragar. Aprieto el puño hasta que los nudillos adquieren un tono blanquecino y acepto agradecido la mano que mi madre posa sobre mi brazo. No soy capaz de mirarla, ni a ella ni a ninguno de los trescientos invitados que me observan boquiabiertos. Y no puedo culparlos, han acudido vestidos con sus mejores galas dispuestos a acompañarme en el día más feliz de mi existencia y se encuentran con el marrón del siglo. Nunca he experimentado la sensación de caída libre al vacío y, si antes no sabía qué hacer con las manos, ahora me sobran todas las partes del cuerpo.

Los ojos me arden, el corazón se me contrae y una enorme garra se clava en mis entrañas. Quisiera desaparecer, tener una capa bajo la cual ocultar mi metro ochenta de altura y esfumarme de allí. Pero no la tengo, así que sigo de pie, con la cabeza bien alta, tratando de comprender lo incomprensible. Busco con insistencia conectar con ella y, esta vez, me devuelve la mirada. Sus ojos oscuros, de normal complemente limpios y serenos, lucen turbios y acuosos. Me mira con cierta emoción, una mezcla de amor y dolor infinito que, lejos de aclararme nada, me ahondan más en la desesperación.

«Oculta algo, es más que evidente, no pudo haber tomado una decisión así de la noche a la mañana».

Una vez superada la sorpresa inicial, me siento invadido por oleadas de enfado.

«María, ¿cómo puedes hacerme eso?», le recrimino en mi mente, porque soy demasiado orgulloso para hacerlo en voz alta. La confusión que habita en mi cabeza no hace más que crecer. La situación es muy reveladora: por algún motivo, extraño y desconocido, mi prometida está renunciando a mí en público.

En la punta de mi lengua se amontonan decenas de preguntas pero el orgullo me impide hablar. Me sorprende hasta yo cuando su nombre sale de mis labios en forma de doloroso lamento.

—María.

Al escucharme, traga con dificultad; es evidente que mi reproche silencioso la ha afectado. Alza la barbilla como si se estuviera preparando para una gran batalla y rompe de forma inconsciente los pétalos de las rosas que forman el ramo nupcial que sostiene en la mano. Parece atormentada, pero no da señales de retractarse. Su voz suena impersonal, fría y, desprovista de todo sentimiento, cuando lanza su sentencia final:

—Yo... lo siento Júnior, tenemos que anular la boda, he comprendido que... no te quiero.

Esas palabras que van dirigidas a mí se convierten al instante en navajas afiladas que se clavan con dureza en mi piel. Mantengo la compostura, aunque el sepulcral silencio formado a mi alrededor no me ayuda demasiado. La analizo con atención y no aparto los ojos de ella hasta que no me sostiene la mirada. Parpadea angustiada y, por un breve instante, siento que lo que estoy viviendo es una alucinación, un mero producto de mi imaginación. No puedo estar pasando por esta pesadilla el día que,

supuestamente, debería ser el más feliz de mi vida. Sus siguientes palabras me rematan con tanta dureza que me pregunto de dónde sacaré las fuerzas para reponerme.

—Eres el niño mimado de tus padres, demasiado infantil para ser un hombre de verdad. Por mi parte, la boda queda cancelada.

A modo de cámara lenta observo cómo deja de lado el micrófono, se da la vuelta y, agarrando los pliegues del vestido, acelera el paso, seguida de su hermano, un adolescente de tan solo catorce años, que agacha la cabeza, confundido ante el lamentable espectáculo ofrecido por su única hermana. Nadie abre la boca para romper el molesto silencio que reina alrededor; los invitados se limitan a espiarme de reojo lanzándome ojeadas cargadas de lástima porque, ante el brusco e inesperado rechazo de María, han quedado demasiado impresionados.

Durante todo ese tiempo yo sigo parado en el mismo lugar, bajo el arco cubierto de flores que da la impresión de reírse de mí y de mis ilusiones. Apenas puedo creer que la mujer que amo con locura desde que soy un niño me haya abandonado en público. ¿Qué no me quiere? ¿Qué soy el niño mimado de mis padres? ¿De qué va toda esa locura?

No sé cuánto tiempo ha pasado desde que se fue. Soy incapaz de hablar, de pensar, y mucho menos de ir tras ella para pedirle una explicación. Mi parte racional me pide reaccionar, aunque mi disperso cerebro funciona a medias. No existe un maldito manual de instrucciones que enseñe a un novio rechazado la manera de comportarse, así que me limito a presenciar impasible cómo mi vida se está desmoronando. Mi orgullo está gravemente herido y mi yo al completo hecho pedazos. Por un segundo, fantaseo con la idea de que el suelo se rasgue bajo mis pies y me hunda en el frío y acogedor corazón de la tierra. No quiero ver ni hablar con nadie. Pero mis deseos no son concedidos y el cuidado césped no da señales de querer acogerme en sus entrañas.

«Tienes que superar el bloqueo. Quedarte paralizado a la espera de un milagro no es la solución. No eres el niño mimado de nadie, todo lo que has conseguido ha sido a base de voluntad y trabajo. Demuéstraselo al mundo».

Hago un esfuerzo sobrehumano y muevo las piernas. Algo tan común y automático como caminar me resulta sumamente difícil. Minerva quiere acompañarme pero detengo su intento con un gesto. Mi padre se mueve alterado entre los invitados, tratando de restablecer el orden. Le toca capear

el temporal, aunque eso no me preocupa, es un hombre de recursos y sé que por mí, sería capaz de mover el sol de sitio si fuera necesario. De un modo u otro, quitará importancia al hecho que su único hijo acaba de ser plantado ante el altar.

Los invitados no me pierden de vista, pero nadie se atreve a importunarme ni a dirigirme la palabra, ni siquiera Alan, mi íntimo amigo desde la infancia. Es jugador de baloncesto y mide diez centímetros más que yo por lo que su presencia no pasa desapercibida. Cuando paso por su lado se limita a darme una palmadita consoladora en el hombro y me envía con sus ojos castaños, colmados de preocupación, un mensaje del tipo: «Estoy aquí. Cuando quieras, hablamos». Hago un gesto imperceptible de agradecimiento y sigo andando lo más digno que puedo en dirección al hotel, que mi padre ha reservado en exclusiva para mi boda. A pesar de estar aturdido, me esfuerzo en guardar la compostura mientras avanzo, con la cabeza gacha y el rostro ensombrecido. Mis padres me alcanzan, deseosos de acompañarme en estos duros momentos; rechazo sus intentos con un gesto categórico. Soy un animal herido que necesita un lugar apartado para lamer sus heridas en solitario.

La puerta giratoria de la entrada del hotel comienza a moverse al detectar mi presencia y, mi perfil, reflejado en el cristal atrae mi atención. Sonrío con amargura. A pesar de las circunstancias, me mantengo en pie con dignidad. Mi exterior no está tan dañado como mi interior y eso hace que mi autoestima levante un poco la cabeza. Piso el reluciente suelo de mármol de la recepción, soportando resignado las miradas de las empleadas que no saben cómo tratarme.

Y no es para menos. A sus ojos, soy el estúpido futbolista famoso que ha reservado un prestigioso complejo hotelero para celebrar su boda y, todo, para acabar rechazado por la flamante novia.

El apuro de la recepcionista al entregarme la llave de la *suite* nupcial, me provoca un repentino y violento ataque de risa. Cuando logro calmarme, suelto la pregunta que me quema la lengua:

—¿Se ha marchado?

La chica me fija con los ojos desorbitados, asintiendo levemente con la cabeza. Puedo ver en los iris azulados que se asoman entre sus pestañas encorvadas, la gran lástima que me tiene y siento rabia contra mí mismo por

no haberme quedado callado. He sufrido una vertiginosa caída, no hay necesidad de que me arrastre por el suelo.

—Sí, señor Cros —responde en tono bajito y lastimero—. La nov... Quiero decir, la señorita Medina, ha cogido el primer taxi disponible. Ni siquiera se ha molestado en quitarse el vestido de novia.

Me siento estúpido, muy, muy estúpido, ya que por una milésima de segundo albergo la esperanza de que me esté esperando para darme una explicación, para pedirme perdón. Mi corazón sangra, herido de muerte, anhelando ser reconfortado por un bálsamo reparador.

—Gracias. —Es todo lo que logro decir. Los siguientes segundos pasan con lentitud y un silencio embarazoso se forma entre nosotros. Me gustaría añadir alguna chorrada para que la empleada del hotel no se quede con mi imagen derrotada, pero es superior a mis fuerzas pensar.

—A veces, las apariencias engañan —añade ella en tono disculpatorio, deseosa de echarme un cable salvavidas, como si esa frase hecha me fuera a ayudar en algo.

—A veces, pero no siempre —respondo con amargura.

La recepcionista me entrega la llave y, para alivio de ambos, damos nuestra pequeña conversación por finalizada. Reúno los pedazos rotos de mi orgullo maltrecho y me dirijo lo más digno posible al ascensor.

Mientras me subo a la tercera planta, donde se encuentra la *suite* reservada para mi noche de bodas, noto cómo el peso del mundo entero se aloja sobre mis hombros encogidos. Me quito con lentitud la pajarita que adorna el cuello almidonado de mi camisa y me desabrocho los tres botones superiores. Liberar el cuello de la presión hace que me sienta un poco mejor y me permito reflexionar sobre lo ocurrido.

María, el amor de mi vida, me ha abandonado con unas palabras duras e hirientes. Desconozco el porqué y, en este momento de crisis personal, sus razones carecen de importancia. Hay instantes en la vida en donde los hechos hablan por sí solos.

El ascensor se detiene y sus puertas se abren con un clic sonoro. Camino distraído hasta la habitación 301, que encuentro al fondo del pasillo central. Entro y cierro la puerta a mis espaldas. Apoyo mi cuerpo en ella y me tapo los ojos, aliviado. Ahí, en la intimidad de esas cuatro paredes, me siento a salvo. Sé que es una solución provisional, en algún momento tendré que dar la cara al mundo y soportar las consecuencias de ser un novio rechazado.

En algún momento. Hoy no. Mi conciencia asiente con fervor. De normal es sabia, aunque por ahora no tiene ninguna teoría que sacar a relucir; por lo tanto, se abstiene de indagar dejándome tranquilo. Y yo se lo agradezco.

A continuación, reparo en una botella de champán que se está enfriando en una cubitera y me sirvo una copa. La bebo de un trago, feliz de hallar algo de alivio en el líquido burbujeante que me espolea la lengua. Me encuentro con mi imagen en el gran espejo que ocupa una pared de arriba abajo. Parezco un lobo guía; uno valiente, veloz y fuerte al que le han asestado una herida de muerte. Me acerco a él y observo con atención mi porte imponente envuelto en el impresionante traje oscuro que llevo para la ocasión. Busco respuestas en mis profundos ojos grises, que lucen tristes y desconcertados, pero no descubro ni una sola pista del porqué he sido humillado ante mi familia y amigos. Por ahora no quiero pensar en la prensa ni en los titulares. Sé que las redes arderán una buena temporada y los *paparazzi* no harán otra cosa aparte de perseguirme y recordarme el fatídico momento todos los días que me queden de vida. Siento impotencia al ver una lágrima recorrer mi mejilla. No suelo llorar nunca.

Paso al instante de la tristeza al arretrato. Por mucho que estrujo mi cerebro, no encuentro ninguna explicación plausible que me ayude a relajar mis tensados nervios.

¿Por qué me dejó de este modo? No hice más que quererla y adorarla, siempre.

Contrariado, me acerco a la caja fuerte y, tras marcar el código de acceso, la abro y saco de allí dos de mis bienes más preciados: el reloj *Lotus* de María y una moneda de un euro, regalada por ella. Aprieto la correa del reloj y lo tiro con brusquedad al suelo. La esfera brillante se hace pedazos al chocar contra la dura superficie de mármol y los restos del cristal partido se esparcen por el suelo. Invasado por los remordimientos me pongo de cuclillas, recojo los restos del reloj roto y lo vuelvo a dejar en la caja fuerte junto a la moneda de un euro, de la que tampoco soy capaz de desprenderme.

Después de verter mi furia sobre el reloj me encuentro algo más tranquilo. Me quito la chaqueta, que dejo tirada de cualquier forma en el suelo y me siento sobre el borde de la cama, con la cabeza escondida entre mis manos. Estoy entumecido y me duelen todos los huesos de mi cuerpo, como si hubiera recibido una brutal paliza. En el interior de mi pecho se

forma un vacío que no para de agrandarse. Un repentino arrebató me hace marcar su número para llamarla. Una lágrima solitaria comienza a rodar por mi mejilla al escuchar el pitido propio de un móvil apagado. No puedo ser más patético ni intentándolo con todas mis fuerzas. Debo alejarla de mi mente.

«No es el fin del mundo», me consuelo a mí mismo, tratando de salir del pozo hondo y oscuro en el que estoy metido.

«No, ya sé que no lo es, pero se le asemeja bastante», me respondo con toda la amargura de la que soy capaz.

2



Estudios MediaStar, Madrid, seis meses antes

Marcos, mi representante, me hace una seña con la mano invitándome a pasar a una sala iluminada por varios focos y, rodeando mis hombros con camaradería, me suelta entusiasmado un consejo de último minuto:

—Deslúmbrales, Júnior, permite que la gente te conozca tal y cómo eres. Tu padre era bueno; quizás, el mejor, aunque su carácter un tanto peculiar, no lo dejaba conectar con sus fans. Tú tienes el don de la cercanía; a ti te amarán y te respetarán, si les das la oportunidad. —Está efusivo, sus intensos ojos azules brillan con fuerza, cree en lo que dice y lo cree de verdad. Quisiera compartir su optimismo, aunque mi perfil contenido me invita a ser prudente. Parece que lee la gran pregunta que hormiguea en la punta de mi lengua así que se apresura en calmarme mientras me da un abrazo rápido y me guiña el ojo—. Todo lo que tienes que hacer es ser tú mismo.

—No me gusta exponerme. —Gesticulo con las manos para dar más valor a mis inseguridades—. Las entrevistas en directo son un arma de doble filo; aparte, tú me conoces, sabes lo tímido que soy. Mi padre es carismático, divertido y tiene una respuesta ingeniosa para todo; en cambio, yo...

—Es indudable que Cristian es un personaje de diez, pero le falta calidez; su carrera tuvo luces y sombras por haberse mostrado distante y frío con sus seguidores. No tienes por qué ser como él, nadie espera que seas su copia. Hazme caso, muchacho, te conozco desde que eras un embrión, posees un corazón de oro y, eso, es lo que más aprecian las masas.

Lo dice con tanta elocuencia y entusiasmo que termino por creerle. Suspiro lentamente y aguanto paciente la palmadita consoladora que me da en la espalda y, aun cuando sigo teniendo ganas de lamentarme para toda la eternidad, guardo la compostura y asiento.

Marcos es, prácticamente, parte de mi familia, siendo el representante e íntimo confidente de mi padre, Cristian Cros, de toda la vida. Desde que tengo uso de razón ha sido una figura activa en mi vida y, tras convertirme en futbolista, ha tomado el mando de mis asuntos legales. Merece un voto de confianza y pienso dárselo. Si él cree que es bueno hacer una entrevista

en directo antes de mi presentación oficial por el Real Madrid, pues así debe de ser. Me conoce bien y sabe que le haré caso.

Al momento, observo cómo una chica joven, vestida con un mono vaquero desgastado y una camiseta sin mangas, llama nuestra atención con un gesto. Nos acercamos a ella; con un apretón de manos se presenta como la ayudante de plató. Acto seguido, nos muestra el camino a seguir. Marcos, el muy cabrón, finaliza su tarea y se despide de mí, guiñándome, por enésima vez hoy, el ojo. No me queda más remedio que seguir los pasos de la joven, que me llevan al escenario televisivo destinado al encuentro.

Nada más llegar, soy recibido por la periodista encargada de entrevistarme. Intercambiamos un par de trivialidades para romper el hielo y conectar. Es una mujer de unos treinta años, bastante atractiva. Tiene una mirada avispada y su voz suena decidida al presentarse: «Ana Cantos, periodista deportiva». Me da la mano con firmeza intentando ganar mi confianza y espera paciente mis primeras palabras. Me siento raro porque intuyo que debe de saber más cosas sobre mí que yo mismo, pero de todos modos cumplo con el formalismo exigido. Mi voz suena algo forzada y tensa, aunque menos de lo que yo pensaba.

—Cristian Cros Júnior, futbolista del Real Madrid.

«A los periodistas hay que mantenerlos lejos de ti —es el gran lema de mi padre que, a lo largo de su carrera futbolística, ha tenido bastantes encontronazos con la prensa—, pero si no hay más remedio, atiéndelos lo mejor que puedas, porque entre una buena imagen y una pésima, hay una línea muy fina, que ellos pueden traspasar con mucha facilidad».

Ana me invita a sentarme en un sillón de cuero situado ante una mesita de cristal, un tanto incómoda, ya que no tiene la altura suficiente para apoyar las manos. Me siento, tratando de parecer relajado, aun cuando todos los nervios de mi cuerpo están en modo *on*. La anfitriona me sonrío con franqueza, mostrándome con un gesto que, en menos de un minuto, entraremos en directo. Se acaricia su larga melena de color castaño rojizo ofreciendo un talante tranquilo como si estuviera a punto de tomar un café con un amigo y no de iniciar una entrevista, retransmitida en *prime time* en una importante cadena nacional.

Una luz roja parpadea un par de veces, indicativo de que las cámaras ya están emitiendo la señal. La reportera dobla los papeles que ha estado hojeando y, mirándome de frente, comienza el interrogatorio:

—Buenos días y bienvenido, señor Cros. Me gustaría comenzar esta entrevista agradeciendo su presencia en este plató. Sé que ha hecho un gran esfuerzo para atender a los medios y ofrecernos una cita en directo, a tan solo unas horas de su presentación en el Bernabéu.

Ante ese amable recibimiento, preparo mi perfil bueno, inspiro hondo y la premio con una de mis armas más letales: mi sonrisa.

—El placer es mío, encantado de estar aquí. Soy feliz de haber regresado a mis orígenes, gracias por invitarme.

Ana asiente con energía, complacida ante mi educada respuesta. Se cruza las piernas con gesto pausado y se muerde el labio inferior de forma disimulada, señal de que mi atractivo no le pasa desapercibido. Me molesta su interés personal, ya que doy y exijo profesionalidad en todo lo que hago.

—Su nombre es Cristian Cros Júnior; sin embargo, es conocido como Júnior. ¿Es algo que le molesta o, por el contrario, le hace sentirse único y especial?

Me apoyo sobre el respaldo de la silla en actitud relajada preparándome para contar la historia de mi nombre. No tenía previsto salirme de los cánones futbolísticos, pero la pregunta me agrada y, recordando los consejos de Marcos, decido abrir mi corazón.

—Es de todos sabido que mi nacimiento fue un tanto especial. —La mirada curiosa de la reportera brilla con codicia, sorprendida ante mi predisposición a contar cosas íntimas. Hago una pausa y tomo un sorbo de agua de un vaso que hay sobre la mesa. A continuación, intercambio una corta mirada con ella y continúo—. Hace poco más de veinte años, mi padre recurrió a la ciencia para tener un hijo. Contrató un vientre de alquiler y unos óvulos a la carta y, nueve meses más tarde, nací en una clínica de Kiev, siendo el hijo deseado de mi padre. Él decidió que nos llamásemos igual, aunque en la práctica resultó un tanto complicado, así que para poder diferenciarnos comenzó a llamarme Cristian Júnior y, con el paso del tiempo, me quedé simplemente en «Júnior». De niño, tuve algunos disgustos en el colegio, del tipo «Júnior significa algo pequeño y nunca crecerá», pero la entrada en mi vida de mi madre biológica, hizo que esas tonterías infantiles me afectasen lo menos posible.

Ana me observa asombrada, al parecer, le cuesta creer que el único hijo de una estrella de fútbol mundial haya sufrido acoso y burlas en su infancia. Es visible cómo su lado periodístico quisiera indagar en esa dirección, pero

su parte humana se resiste, así que se limita a mirarme sorprendida al tiempo que me obsequia con una sonrisa cálida y comprensiva. Siento que debo añadir alguna chorrada para cerrar ese capítulo familiar, así que opto por seguir la línea de la verdad.

—Respondiendo a tu pregunta, asumo mi nombre con naturalidad, ni me siento único ni me displace. Es... parte de mí. Ser conocido como Júnior me aporta personalidad, permitiéndome separarme del gran mito que fue mi padre. No, definitivamente, Júnior no es tan malo, al fin y al cabo.

Mi timbre de voz suena algo divertido y, el pequeño hoyuelo que se forma en mi mejilla izquierda al sonreír, la deja embelesada. La reportera necesita un par de segundos para reconducir la entrevista; aunque, al ser una periodista experimentada, logra pasar con rapidez a la siguiente fase de su asalto.

—¡Qué tierno y original! Ya que ha mencionado sus interesantes orígenes, permítame hacer un breve resumen sobre ellos para que nuestros telespectadores más jóvenes recuerden su historia.

Acepto, un tanto arrepentido por mi momento de debilidad, aunque es tarde para lamentarme. Ella busca con la mirada la cámara más cercana y, tras localizarla, gira su rostro hacia ella.

—Júnior tiene nacionalidad española, aunque ha vivido desde que era un niño en Inglaterra. Fue concebido por gestación subrogada y criado hasta los cinco años por su padre, el famoso futbolista Cristian Cros, con la ayuda de la madre natural y de su abuela paterna, María. Cuando tuvo edad para comprender las cosas, Júnior comenzó a interesarse por su origen mostrando el deseo de conocer a su madre biológica por lo que su padre movió cielo y tierra para encontrarla. Minerva Martín, resultó ser la afortunada donante de los óvulos utilizados para su concepción, una mujer muy especial, médico pediatra de tan solo veinticinco años.

Me siento cada vez más incómodo al tener que presenciar ese resumen sobre mi familia y mi nacimiento. Mi historia es de dominio público, lo sé, pero mi padre nunca habló abiertamente de ello. Ana percibe mi malestar y decide poner punto y final, no antes de sacar a relucir el final feliz de mis progenitores.

—¡Qué historia más romántica tuvieron sus padres! Se conocieron por ser los padres biológicos del mismo niño y acabaron enamorándose y

casándose. —Suspira de forma teatral y lanza una mirada cargada de felicidad a la cámara.

—Así es —freno su entusiasmo con sequedad para abandonar, de una vez por todas, el pantano de mi familia. Cambio mi postura corporal ofreciendo un perfil serio y distante. Mi estrategia funciona, puesto que la reportera consulta su reloj y se dirige al tema de interés futbolístico.

—Dentro de dos horas será presentado de forma oficial ante miles de aficionados como delantero del Real Madrid. ¿Qué siente al saber que formará parte del mismo club que le dio a su padre la gloria y tantos títulos valiosos? Dos generaciones y un mismo destino.

Es una pregunta sencilla y, al mismo tiempo, difícil de contestar. Ordeno con rapidez algunas ideas en mi mente; aunque, finalmente, dejo mis emociones fluir.

—Siento un enorme respeto; ser el hijo de una gran estrella mundial, como lo fue mi padre, me carga de una enorme responsabilidad. —Me vengo arriba poseído por una buena dosis de optimismo. Noto el pulso acelerarse en mis venas y la adrenalina recorrer mi sangre. No pretendo engañar a nadie, ser jugador del Real Madrid es mi sueño desde niño y así deseo trasmitírselo a la gente—. Como es lógico, los aficionados esperan mi mejor versión y no quiero, ni puedo, defraudarlos. Formar parte de la plantilla blanca me llena de felicidad y orgullo; el Real Madrid es el mejor club del mundo, deseo poner mi granito de arena para hacer historia, traer títulos y alegría a nuestros seguidores.

El entusiasmo comienza a bullir en mi interior y decido culminar mi presentación con una nota divertida:

—Y, por supuesto, vender muchas camisetas —añado con una sonrisa de complicidad.

Puedo ver en los ojos chispeantes de la periodista que mi discurso posee los ingredientes necesarios para llegar al corazón de los telespectadores.

Me crezco ante la grandeza del momento, aunque todavía me cueste asimilar el hecho que me encuentre en la cima del deporte rey. Juego al fútbol desde que tengo uso de razón y di mis primeros pasos en un club infantil de Valencia. Poco después, me mudé con mis padres a Londres y me incorporé en el equipo benjamín del Chelsea, uno de los últimos destinos de mi padre. A los dieciséis años, los clubes europeos comenzaron a mostrar interés por mí y acepté la mejor oferta, que vino del Manchester


United, donde hice seis buenas temporadas. Antes de finalizar mi contrato, recibí una propuesta inmejorable del Real Madrid. He firmado con ellos por ocho temporadas y, faltan tan solo unas horas para que luzca el número 9 en el dorsal de la camiseta blanca. Me encuentro en mi mejor momento futbolístico y espero afirmarme y consolidarme como una de las promesas del deporte rey actual. Y todos estos sueños se plasmaron antes de que cumplir los 23 años. Estoy orgulloso de mí mismo y, aun cuando hay voces malintencionadas que afirman que me encuentro en la cima por ser el hijo de mi padre, debo decirles que tuve que esforzarme el doble para destacar, porque no se me exigía ser bueno, se me exigía ser el mejor, precisamente por ser hijo de quién era.

Seguimos hablando de fútbol, metas y proyectos. Antes de terminar, los realizadores me dedican un bonito vídeo montaje con mis mejores jugadas y, para qué mentir, ¡me encanta!

Salgo del plató, animado y me dejo conducir al estadio donde seré presentado ante los aficionados blancos, que, según me informan, han llenado las gradas del Bernabéu, a la espera de ver a la nueva estrella.

«Júnior, ¡ese eres tú!», aplaude mi voz interior extasiada.

«Júnior, ¡ese soy yo!», admito cohibido y, por primera vez en mucho tiempo, me concedo el lujo de sentirme orgulloso del hombre en el que me he convertido.



3

Juan

Prisión de Soto del Real, el mismo día

La ventana estrecha, custodiada por varios barrotes de hierro, da a un patio cerrado que no permite la entrada de la luz solar. En consecuencia, la sala de visitas del centro penitenciario ofrece un aspecto lóbrego y huele a humedad. Sigo los pasos del agente de seguridad arrastrando mi evidente cojera, recuerdo de mis años pasados entre rejas. Hace tiempo que cumplí mi condena, nueve años ya, para ser exactos; sin embargo, alguna que otra vez me paso para ver a Xia, mi íntimo amigo, lo único bueno de mis ocho años de encierro. Me siento en la silla y, mientras espero paciente la llegada de mi excompañero de celda, me asaltan los recuerdos y no puedo evitar ponerme de mal humor.

«No debí haber venido», me reprendo para mis adentros, pero justo entonces, Xia hace su aparición y me sonrío desde la distancia. Se acerca con paso lento, típico de los presos que llevan muchos años encerrados y, su rostro, normalmente inexpresivo, da señales de alegría ante mi presencia. Lleva quince años viviendo entre rejas y yo soy el único ser humano que se digna a visitarlo puesto que es chino y no tiene familia en España. De todos modos, aun cuando la hubiera tenido, el secuestro y el posterior asesinato que cometió no lo ayudarían a ser el santo devoto de nadie. A ojos ajenos, puede pasar por un individuo repugnante, frío y despiadado; pero nadie conoce las razones que lo han llevado a ser quien es. Ambos nos parecemos bastante, somos dos hombres solitarios que, simplemente, han tenido mala suerte en la vida. No creo en la teoría que defiende que los seres humanos son buenos o malos; en mi opinión, todos tenemos pequeñas partes de las dos caras y las desarrollamos en función de las circunstancias vividas. Nadie sueña de pequeño con convertirse en asesino ni se prepara, física y emocionalmente, para serlo algún día. Yo no llegué a matar, aunque sí estuve muy cerca. Todos los recuerdos de mis años pasados en la misma celda con Xia me emocionan y me sermoneo para mis adentros por haberme olvidado de él.

—Juan, pensaba que ya no vendrías —me dice a modo de saludo y no le culpo por su reproche velado. Sé de buena tinta que es un hombre parco, de pocas palabras, que procura ir directo al grano. Además, no le falta razón, cada vez que vuelvo a pisar la cárcel me prometo que será la última.

—No me gusta este agujero, espero que lo entiendas —me sincero, puesto que la amistad entre el chino y yo tiene sus pilares en la franqueza. Nuestra conexión surgió del silencio, de verdades soltadas a la cara sin ninguna medida de protección. O dicho de otro modo, ninguno de los dos tuvo ningún reparo en mostrarle al otro sus verdaderos pensamientos.

—A pesar de eso, estás aquí. —Xia entrecierra los ojos, ya de por sí pequeños, formando dos líneas delgadas, un tanto amenazantes. Es su manera de preguntarme el motivo de mi visita tras ocho largos meses de ausencia. A modo de respuesta, busco en el interior del bolsillo de mi abrigo y saco una invitación de papel que desdoble con cuidado y se la doy. El guardia de seguridad se acerca unos pasos y, tras echar un vistazo, accede a que mi amigo se quede la nota.

—Gran presentación del futbolista Júnior en el estadio de Bernabéu. Grada VIP —lee mi amigo en voz alta al tiempo que me mira desconcertado y me devuelve la invitación—. ¿Quién leches es Júnior? —pregunta, finalmente, con la sombra de la curiosidad dibujada en su rostro.

Me tomo un tiempo antes de contestar. Es una pregunta difícil porque Júnior provocó, desde antes de nacer, mi mayor desgracia. Es el principio del mal que ha llevado mi vida al abismo. Y cuando mi mente daba las primeras señales de querer olvidarse de él, acude a mi terreno para desterrar el hacha de guerra.

—Júnior es el hombre que ha robado mi vida —resumo lo mejor que puedo el significado de su nombre. Noto cómo los músculos de mi cara se tensan y la rabia me invade expandiéndose por mi cuerpo.

Xia se rasca la barbilla, al parecer no sabe qué decir. Nos quedamos enmudecidos un buen rato y, justo cuando pienso en levantarme para marcharme, me toca las manos con timidez y me da un suave apretón. Es la mayor muestra de apoyo que es capaz de ofrecerme y, viniendo de parte de un hombre frío y reservado como él, significa un mundo. Me emociono tanto que siento la garganta agarrotada y las lágrimas a punto de inundar mis ojos.

—¿Tienes un plan? —me pregunta con sencillez, una vez hemos superado nuestro relámpago de afecto.

—No lo tengo —reconozco con amargura—. Quiero infligirle un daño, pero no uno físico, sino emocional, uno que lo derrumbe, que destruya su

reputación y, de paso, que lleve a sus padres por la calle de la amargura. Necesito un plan magistral, algo realmente bueno.

—Entonces piensa con calma. Sigue sus pasos, todo el mundo tiene un talón de Aquiles en algún lado, busca el de Júnior y cuando lo encuentres, ataca sin piedad —me aconseja el chino con voz pausada.

Suspiro y cierro los ojos complacido ante los ánimos recibidos. Mi excompañero de celda se preocupa por mí, es un buen amigo.

—He comenzado a investigarlo en la sombra, dentro de poco cumple veintitrés años. Es un joven bastante aburrido y formal. Por ahora no hay nada interesante: es sano, deportista, no se droga, no tiene novia ni mujeres para pasar el rato, no bebe ni tiene adicciones de ningún tipo. Demasiado limpio para el siglo en el que vivimos.

—No te desanimes, nadie expone las miserias de su vida y, menos, la gente pública. Sigue buscando, es sabido que los que menos aparentan más mierda ocultan bajo el brazo. —El guardia de seguridad se acerca, indicando con un gesto que los diez minutos de visita han llegado a su fin. Xia no discute la orden, simplemente se levanta de la silla y se marcha sin despedirse.

Salgo de la prisión, pensativo. Por un lado, estoy entusiasmado, mi amigo, aun cuando no ha dicho ni ha hecho gran cosa, me ha insuflado la energía necesaria para seguir adelante con mi plan. Muchos otros en su lugar me hubieran soltado trivialidades del tipo: «el chaval no tiene ninguna culpa, olvídale y sigue lo que te queda de vida en paz».

Pero Xia es un camarada leal y su mente retorcida ha comprendido enseguida mi necesidad de venganza. Aquellos a los que se les arrebatan los sueños, comprenden de un modo asombroso el deseo de desquite personal. No todo es blanco y negro en la vida, hay matices que a la mayoría de los mortales les pasan inadvertidos.

Mientras conduzco por la autopista en dirección al Bernabéu, bajo la ventanilla y dejo que el aire fresco me azote la cara. Me encuentro revigorizado por dentro, como si hubiese despertado de un largo sueño. Un coche me adelanta por la derecha y el conductor, un chico joven de unos veinte años, me saca el dedo corazón y me hace unos gestos despreciables con la cara. No me rebajo a su altura y paso de él, demasiado absorto en mis pensamientos.

Llego al estadio bastante malhumorado puesto que las calles están atiborradas de gente y, el centro de Madrid, prácticamente cortado. Y todo para que el insufrible «hijo de papá» tenga su momento de gloria. Me abro paso como puedo, la cojera que arrastro me obliga a avanzar con lentitud. Fantaseo con la idea de que en alguna parte de las gradas estén presentes sus padres. Y, sobre todo, quiero que esté ella. Minerva. La mujer que nunca pude olvidar.

Cierro los ojos con dolor al recordarla. La sigo en las redes sociales y sé casi todo sobre su vida, pero llevo dieciséis años sin verla en persona. Tras convertirse en la esposa de Cros, se volvió del todo inaccesible y, aun cuando busqué durante años la manera de acercarme a ella, no fui capaz de encontrarla.

Hasta ahora. La llegada de su adorado hijo biológico a Madrid lo ha cambiado todo. Ha abierto las puertas de par en par invitándome de forma tácita a retomar mi plan. Estoy preparado para luchar. Daré pasos pequeños pero efectivos. Con estos alentadores pensamientos rondándome por la cabeza, saco del interior de mi bolsillo la carísima entrada VIP que adquirí hace unos días y la contemplo absorto en mis pensamientos. La imagen de Minerva vuelve a colarse en mi mente.

«Es una traidora, no debería importarte».

Es la eterna lucha que se da en mi interior con respecto a Minerva. Soy consciente que, en vez de sentir por ella esa mezcla de «amor rencor» que me quema por dentro, debería odiarla y detestarla.

«Lo intentaste, pero ha salido mal».

Cierto, lo hice, aunque en ningún momento, he logrado que me fuera indiferente. Es como una cruz que llevo sobre mis espaldas sabiendo que nunca me liberaré de su peso. Una cruz pesada. Mi cruz.

Antes de sentarme en el lugar asignado saco de mi bandolera una gorra oscura y me la coloco sobre la cabeza. Estoy bastante envejecido para mis cincuenta y nueve años y el paso por la cárcel me dejó una mejilla rajada y un par de arrugas muy marcadas en la frente. No creo que ella fuese capaz de reconocerme si me tuviera delante pero, ante la duda, prefiero tomar medidas de protección. Estoy tenso y el ruido que hacen dos niños sentados en los brazos de sus padres, en la fila de delante, me saca de mis casillas. Me pregunto por qué la gente tiene la necesidad de llevar a críos tan

pequeños a ese tipo de eventos cuando, de todos modos, no se enteran de nada.

«Para molestar a los demás», me respondo malhumorado. Me giro y le pongo mala cara al hombre que no se digna en soltar ni una pequeña disculpa.

De pronto, la ruidosa música cesa y el presentador del evento hace su aparición en el medio del campo, subido a un escenario improvisado, sobre el cual se posan multitud de focos.

—Queridos madridistas, ha llegado el momento que todos estábamos esperando con ilusión. Hoy es un día histórico porque hemos conseguido que un hijo de esta casa vuelva a su hogar. Tengo el enorme placer de presentaros a la futura estrella blanca —el tono de su voz sube en intensidad y dice extasiado—: Con todos nosotros... ¡Júnior!

Los focos se mueven a lo ancho de todo el estadio hasta que localizan una figura vestida con la equipación blanca, luciendo el número 9 en el dorso.

Y lo que a continuación ocurre hace que me quede sobrecogido.

Los noventa mil aficionados gritan su nombre y el eco de sus voces elevan la palabra Júnior hasta el cielo. Es una locura colectiva, un recibimiento cargado de amor y buenas vibraciones. Los simpatizantes del club blanco lo aman y eso hace que mi odio hacia su persona crezca a pasos agigantados.

Sube al escenario y los reflectores se posan en él. Lo observo con gesto crítico, y desde mi lugar privilegiado, veo que tiene una figura envidiable, es alto y atlético como su padre. Levanta las manos en alto y saluda de buen agrado a la gente. Los monitores instalados en el estadio muestran un primer plano de su cara y me tomo mi tiempo para analizarlo. Se le ve nervioso, hasta un tanto tímido y eso hace que piense en Minerva. Ha heredado de ella su mirada melancólica y su humildad.

«Es listo como ella, tiene ese algo que atrae».

No alardea ni saca pecho como hacía su padre en sus días de gloria, sino que se mantiene con los pies en la tierra, dejando a las masas sacar sus propias conclusiones.

Y las masas son fáciles de influenciar porque enloquecen cuando la nueva estrella hace su primer saludo poniendo la mano a la altura del corazón.

«¡Júnior corazón, serás nuestro campeón! », es el grito que se propaga con la velocidad de un rayo entre los aficionados y, en pocos segundos, las masas claman ese eslogan con las manos puestas en el pecho.

Un llamativo color escarlata se apodera de mis ojos, el color del enfado y la venganza. Ojalá se pareciese a su padre y fuese un estúpido engreído. No soporto admitir que, a costa de mi sufrimiento, los Cros solo hayan obtenido ganancias. Me han robado a Minerva. Esa evidencia me obliga a respirar con dificultad y me levanto de mi asiento, ajeno a los protestas de las personas a las que estoy molestando con mi precipitada retirada. Me niego a presenciar más aquello porque comprendo que Júnior ha obtenido en su debut los dos valores más preciados a los que puede aspirar un ser humano: reconocimiento y admiración.

Me veo a mí mismo muy pequeño e insignificante en comparación con él y la tarea que tengo por delante se me antoja gigantesca. Me pregunto, un tanto abatido, de qué manera lograré derruir su gran mito.

«El talón de Aquiles», retumba en mis oídos el sabio consejo de Xia. ¿Dónde demonios lo tendrá?

Con esa pregunta flotando en mi mente abandono el estadio y me dirijo hacia mi casa.

4



Mi amigo de la infancia

La céntrica cafetería White, un viernes a mediodía, está de por sí repleta de gente y, esa mañana en concreto, todavía más. A pesar de estar atiborrada, en el ambiente no se escucha el zumbido de voces habitual, ya que todas las miradas están puestas en la gran pantalla colgada en la pared principal, que reproduce en directo la presentación oficial de Júnior, jugador estrella del club merengue. Su figura suscita mucho interés, por ser hijo de la conocida exestrella blanca, Cristian Cros, que dio en su día muchas alegrías a los madridistas. Nadie quiere perderse el primer discurso de su vástago, que pisa fuerte los talones de su célebre padre.

Mis compañeros de oficina y yo, nos sentamos en nuestra mesa habitual, aunque, debido al aforo, no lo hacemos como otros días, sino que empleados y jefes compartimos mantel. Es la primera vez que tengo el honor de comer en compañía del equipo directivo del Banco BTT, entidad donde trabajo desde hace unos meses.

—María, pásame la sal —me pide el señor Ríos, uno de los jefes presentes en la comida. Estoy tan absorta en mirar a Júnior que no le respondo de inmediato. ¿Hace cuánto, que no lo veo? ¿Diez años o más? El niño delgadito y tímido de antaño, de grandes ojos grises y acentuada timidez, se ha convertido en un hombre. «¡Cuánto ha cambiado!»

Me sobresalto al escuchar mi nombre y regreso con celeridad al presente.

—Perdón, estaba... —balbuceo algo ininteligible y noto cómo las mejillas adquieren un intenso rubor —. Estaba mirando la tele.

—Jefe, Júnior tiene potencial si ha conquistado con tanta facilidad a nuestra compañera más seria —ironiza otro compañero, al que he bautizado en mi mente con el sobrenombre de «gilipollas número uno». Es uno de los coordinadores Sénior más prepotentes e insufribles del banco. Supervisa mi trabajo de forma personal, encargándose para que mis jornadas laborales estén cargadas de responsabilidades que nadie más quiere asumir.

Sus colegas encuentran la broma divertida y se ríen, regresando sus miradas al protagonista del día. Me pongo colorada, sin saber qué contestar a eso. Quisiera alardear delante del imbécil de mi compañero, decirle que conozco personalmente a Júnior y, que durante seis largos años fuimos al mismo colegio de Londres. No obstante, me quedo callada porque mi época

dorada en donde me codeaba con gente de su nivel ha quedado en el olvido y, una parte de mí, duda de que alguna vez tuviera una vida despreocupada y feliz.

—Ahora que lo pienso —indica el señor Ríos con voz pausada—, ese tío acaba de llegar a España, sería una excelente apuesta para nuestro banco. — Abre una aplicación financiera en el móvil y, al cabo de un rato, añade en tono admirativo—: ¡Treinta y cinco millones y subiendo!

Los otros integrantes de la cúpula directiva le prestan máxima atención, como si la fortuna del futbolista tuviese una bombilla fluorescente que los atrajese como un imán. Es la poderosa llamada del dinero ya que es de todos sabido que el empleado que consiga un cliente así se aseguraría un puesto permanente en el banco y un sueldo superior a los cuatro mil euros al mes, por no hablar de las succulentas comisiones que recibiría cada vez que consiguiera venderle algún producto financiero como planes de pensiones, de ahorros, inversiones fijas o variables, etc.

Comienzan a conversar animados, buscando en sus agendas de clientes importantes, alguno de peso que les pueda allanar el camino hasta Júnior. Yo permanezco callada pues apenas llevo un mes trabajando en el banco, aparte de las prácticas; soy una empleada base sin voz ni voto que cobro un sueldo de mil cincuenta euros al mes. De normal, no almuerzo con ellos, pero hoy la situación ha hecho que las mesas de los empleados base se juntasen con la de los directivos. A mí y a mis cuatro compañeras no nos ha quedado más remedio que fingir entusiasmo por el honor concedido, aun cuando eso ha significado pasar nuestra hora libre, estresadas, tiasas y en guardia.

—Señores, ¡presten atención! —Los astutos ojos del señor Ríos nos abarcan a todos con intensidad. Está en modo *on*, dispuesto a atraer a nuestra entidad al pez gordo del Bernabéu. Repiquetea con los dedos en la superficie lustrosa de la mesa al tiempo que la maquinaria de su cerebro funciona a plena intensidad—. Somos el segundo mayor banco de España. Debemos conquistar a ese futbolista como sea. ¿Ideas?

El trozo de carne de pavo que acabo de meterme en la boca se me resiste y casi me atraganto cuando lo engullo prácticamente sin masticar. La llamada del dinero ha conseguido quitar el apetito a los jefes que están dispuestos a sacrificar la muy deseada hora de la comida y convertirla en una reunión habitual, pero las cinco empleadas base que nos hemos visto

obligadas a comer con ellos no pintamos nada en esta reunión. Aun así debemos estar atentas a la conversación, porque sería de mala educación seguir comiendo cuando los directivos planean el futuro del banco.

Bebo un sorbo de Coca-Cola y centro de nuevo la atención en la televisión. En este instante, Júnior se lleva la mano a la altura del corazón en señal de saludo. Se escuchan oleadas de ovaciones, los aficionados le devuelven el gesto tocándose la parte izquierda del pecho. Noto una conexión muy fuerte con el que fuera mi amigo en la infancia y me siento orgullosa del hombre en el que se ha convertido. Me pregunto si se acordará de mí. *La femme fatale* que convive conmigo pega un salto de alegría ante esa posibilidad pero, hasta ella en su inocencia, sabe que es muy poco probable que me recuerde.

El señor León, otro integrante de la cúpula de los jefes al que he bautizado como «el gilipollas número dos», se mueve inquieto en la silla y dice con prepotencia:

—La cuenta de Cros debería llevarla yo, soy el más antiguo y me faltan menos de cien clientes para obtener un nuevo ascenso.

Me rio para mis adentros de su ingenuidad, es un hombre competitivo; aunque, nada inteligente; hasta una persona inexperta como yo, sabe que antes de provocar una guerra interna de intereses, un buen gestor debería acercar posturas con sus compañeros para atraer al cliente. Me parece increíble que peleen entre ellos por puro humo.

—Para llevar a Cros, primero deberías hablar inglés, compañero —le suelta con maldad el gilipollas número uno.

La sorpresa se extiende sobre mi rostro y hago un esfuerzo para disimular. Es de locos, los responsables de las cuentas más importantes del banco desenvainan sus afiladas espadas por algo que no es, siquiera, probable que pase algún día.

Se encaran con las miradas, dispuestos a avasallarse entre ellos a causa de un cliente ficticio. No sé en qué momento decido ser partícipe de esa conversación, pero las palabras salen de mi boca y no puedo hacer nada para detenerlas.

—Júnior habla perfectamente español. Nació en Kiev, pero vivió en España hasta cumplir los seis años. Además, en casa, él y su familia hablan en castellano.

Todos mis compañeros se giran hacia mí y me miran, como si acabara de quitarme la camisa que llevo puesta y me quedase en sujetador. Están presenciando asombrados cómo una empleada base ha osado meterse en las altas esferas bancarias hablando de Júnior como si lo conociera.

El gilipollas número uno, tras el desconcierto inicial, hace un gesto despectivo hacia mí, señal que nada de lo que yo tenga que decir puede ser relevante. En su rostro aparece una expresión molesta de puro fastidio.

—La prensa rosa dice muchas tonterías, María. No deberías prestarle atención. Emplea tu tiempo en algo mejor como, por ejemplo, ojear revistas de economía. Es improbable que avances en tu carrera más allá del puesto base que ostentas ahora, pero sería recomendable que estés informada, para ayudar a tu superior, en caso de que te necesite algún día. Cosa improbable, claro está.

Sería conveniente quedarme callada, pero mi genio se ha despertado y no puedo hacer nada para detenerlo.

—No leo prensa rosa —contesto con toda la educación de la que soy capaz—. Dije lo de antes porque conozco al señor Cros, en persona —añado con un sutil tono triunfador.

La femme fatale que hay en mí salta preocupada de su escondite haciéndome señales desesperadas, advirtiéndome de que no debería presumir de algo que ocurrió hace mucho, en la prehistoria cuando ambos frecuentábamos los cursos de primaria. Parece que me esté lanzando una advertencia del tipo: «Una cosa es ir a la misma clase y otra, muy distinta, es presumir de que lo conoces en la actualidad». Sé que tiene razón, por supuesto, aunque la mirada sorprendida del jefe Sénior Experto habla por sí sola. Ha pescado un delgado hilo de esperanza y no tardará en tirar de él para ver adónde lo lleva.

—Conoces a Júnior, ¿de forma personal? —me pregunta asombrado cuando se recupera de la impresión, alternando su mirada del televisor, en donde el foco de su interés saluda a la afición con las manos en alto, a mí —. ¿De qué?

La femme fatale se esconde en el rincón más oscuro que encuentra y me deja sola ante el peligro. Los ojos del señor Ríos se han convertido en dos esferas enormes que brillan ante mí impacientes. No me queda otra que aclararme la voz y contestar, resignada:

—Sí, así es. Estudiamos en el mismo colegio en Londres. Durante seis cursos. Después mi familia y yo nos mudamos a Suiza y, años más tarde, nos afincamos en Madrid.

—¿Sigues manteniendo algún tipo de contacto con él? —se interesa el jefe al tiempo que teclea con rapidez en su agenda táctil, a todas luces maquinando un plan, uno donde yo soy la principal protagonista.

Mi conciencia me señala con el dedo recriminándome con seriedad: «Has tenido tu pequeño momento de gloria, es hora de regresar a tus aposentos, bella Cenicienta; de lo contrario, te buscarás un problema. Mira a tu alrededor, esto es un mundo de alfas, los jefes Sénior están a punto de engullirte viva por darte importancia ante el señor Ríos. Sé que tiene razón, pero sus miradas cargadas de superioridad me empujan a hacer justo lo contrario.

—Claro, hablamos de vez en cuando —respondo evasiva, divertida ante los gestos de asombro de los machos alfas que no dan crédito a que entre la chica nueva y la estrella de la tele puede haber alguna correlación.

Ante esa afirmación, el señor Ríos da un golpe decisivo en la mesa. Parece haber tomado una decisión. Me mira con detenimiento como si fuera la primera vez que me viera.

—¿Cuál es tu apellido, María?

Mi conciencia no quiere presenciar el marrón que, a todas luces, está a punto de caerme encima. Me armo de valor y contesto:

—Medina, señor. Me llamo María Medina. Mi padre era militar inglés y la desgracia hizo que falleciera en una misión humanitaria en Siria. Después de eso, mi abuela paterna nos quitó su apellido a mi hermano pequeño y a mí, así que adoptamos el de mi madre, que es argentina.

Asiente con la cabeza, le importa un comino mi intensa vida familiar, aunque tiene el suficiente saber estar para dejarme terminar.

—¿Cuánto tiempo llevas trabajando con nosotros?

—Cuatro meses, señor. Empecé con un contrato en prácticas y hace un mes me contrataron de forma temporal.

—¿Licenciada en ADE?

—Sí, señor, me licencié esta primavera.

—¿Hablas inglés?

La respuesta es obvia, pero le contesto de todos modos.

—Por supuesto, soy bilingüe; cómo le dije antes mi padre era inglés y viví en Londres hasta cumplir los doce años. Aparte, hablo francés, alemán y español.

—Muy bien —me felicita, complacido—. Tienes un buen currículum y, aun cuando no posees la experiencia de tus compañeros, acabas de ganarte la cuenta del señor Cros.

Parpadeo confundida. ¿Cómo que acabo de ganarme la cuenta del señor Cros? ¡Si no es nuestro cliente! Los cinco jefes Sénior me observan asombrados, puedo ver el odio reflejado en sus miradas. A sus ojos, soy una ladrona que acaba de robar el proyecto más importante del banco. Les da lo mismo que el proyecto no exista.

—Pero señor... —trato de poner algo de coherencia en esa locura—. Le recuerdo que el señor Cros no es cliente de nuestro banco.

El aludido consulta su reloj con el ceño fruncido y da la pausa por terminada, sin importarle que no hayamos terminado de comer. Se levanta de su silla haciendo un gesto hacia el resto, señal de que debemos seguir su ejemplo. Mira en mi dirección y da un último toque a mi lapidación pública.

—Cierto. El señor Cros no es nuestro cliente... todavía. Pero, por tu bien, confío en que lo sea pronto. Trae a Júnior a este banco y serás nombrada coordinadora Sénior Pro con todos los beneficios que este cargo aportan.

La femme fatale sale de su ensimismamiento. Nunca en sus veintitrés años de vida ha soñado con la posibilidad de ser una jefa Pro. Mira por encima del hombro a los cinco alfas y se parte de la impresión al comprender que podría ser su dirigente en breve. Casi se desmaya al imaginarse lo mucho que podrían cambiar las cosas si eso aconteciera. Por no hablar de los beneficios económicos que acompañarían al cargo.

Se me presenta la oportunidad de oro para solucionar todos mis problemas. Mi hermano podría estudiar en un buen colegio y me permitiría el lujo de pagar a una enfermera para que cuidara de mi madre. Mi silencio prolongado, hace que el señor Ríos me dé un empujón final.

—Dos semanas. Tienes dos semanas para lograrlo. —Ese ultimátum hace que mi alegría se esfume de mi cuerpo tan rápido como ha aparecido. Las palabras de mi superior contienen una amenaza velada. Algo del tipo: «Si no lo haces, estás despedida».

Asiento con la cabeza, totalmente incapaz de hablar. Lo único que puedo pensar es: ¿Cómo conseguiré dar con Júnior? Y en el hipotético caso de que lo logre, y él tenga la suficiente memoria para recordarme, ¿cómo podré convencerlo de invertir su dinero en nuestro banco?

Salimos del local, tras pagar la cuenta, y nos dirigimos a nuestro lugar de trabajo. Mis compañeras que no han tenido la oportunidad de abrir la boca durante el almuerzo, parlotean animadas sobre el último concierto de Pablo López. Estoy tan absorta en mis pensamientos que no sigo la conversación. La cabeza me da vueltas en mi empeño de visualizar la misión que tengo por delante.

«No lo conseguiré, es del todo imposible», concluyo para mis adentros mientras me dirijo pensativa a mi cubículo y me dispongo a tramitar la montaña de seguros de vida que me espera sobre el escritorio.

Mi conciencia asiente, apenada por mi situación. Le gustaría animarme pero no tiene argumentos. *La femme fatale* se desvanece en el horizonte dándome a entender que ese no es asunto suyo, de ninguna de las maneras. A ella le gustaría ir al concierto de Pablo López para desmelenarse. Aunque, en el fondo de su ser, debe admitir que convertirse en la jefa de los cinco alfas, no estaría nada mal.

No señora, nada, pero que nada mal.

5



En búsqueda de Júnior

Conduzco a velocidad media los treinta kilómetros que separan mi lugar de trabajo de mi casa, situada en Majadahonda. Tengo la mente tan dispersa que avanzo de forma automática, sin ser consciente de la ruta que estoy tomando. La carretera pasa por delante de mis ojos, una sucesión de curvas asfaltadas, que se ensanchan y se estrechan dependiendo del paisaje. Unos enormes carteles coloridos publicitan un nuevo perfume femenino al cual no le presto ni la menor atención. Estoy enfadada conmigo misma por la metedura de pata que he cometido a la hora de comer. Me prometo ser más prudente de ahora en adelante y sopesar mejor las palabras que salen de mi boca. Debería ser más sensata, no es la primera vez que mi lengua, suelta, me causa problemas.

 Mi conciencia asiente con amargura. «Deberías», parece aconsejarme.

La difícil situación personal que estoy atravesando se irá al precipicio si me quedo sin trabajo. Ante esa posibilidad, suspiro hondo y bajo la ventanilla para que el aire fresco mitigue mi desesperación. No puedo evitar pensar en mi padre y, por una milésima de segundo, fantaseo con la idea que no hubiera fallecido aquel fatídico tres de diciembre.

Mis progenitores se enamoraron locamente y comenzaron a vivir juntos al mes de conocerse. Mi madre dejó su Argentina natal y se trasladó a Londres, con el corazón lleno de amor y buenas vibraciones. La familia de mi padre, al ser adinerada y conservadora, no vio con buenos ojos que su primogénito se dejase cazar por una cualquiera —como la llamaban cada vez que tenían ocasión— y se opusieron al enlace. Por aquel entonces, mi padre estaba en lo más alto de su carrera militar y, para no arrastrar problemas políticos ni familiares, no contrajo matrimonio con mi madre. «Total, es solo un papel», decía. Vivíamos en una bonita casa al sur de Londres y asistía a un carísimo colegio, donde estudiaban muchos hijos de famosos. Cuando tenía ocho años vino al mundo mi hermano pequeño, John, que ensombreció un poco nuestra felicidad por los continuos problemas de salud que padeció desde muy pequeño.

El curso de mi plácida vida empezó a cambiar nada más finalizar primaria. A mi padre lo destinaron a Suiza, donde debía dirigir a un grupo de militares de las fuerzas especiales que actuaban en los países en guerra.

Fue difícil dejar mi casa, el colegio y separarme de mis amigos. Para mi madre lo fue todavía más, puesto que en Suiza carecía de amistades y, por lo tanto, se veía obligada a quedarse largos días encerrada en casa sin nada en que entretenerse. Nosotros, los niños, nos íbamos al colegio y mi padre pasaba largas temporadas en el campamento militar.

Fue antes de cumplir los trece años cuando me convertí en la adulta de la casa; mi madre comenzó a beber, según sus excusas, para superar la soledad que la rodeaba, y mi hermano salía de un hospital para entrar en otro, debido a los problemas respiratorios que padecía. Recuerdo con mucho dolor esa época, sobre todo, por el desenlace final ya que un día recibimos un sobre en donde se nos informaba que el mayor John Smith había fallecido en la última misión en la que había participado. Nunca lo volvimos a ver ni tuvimos una tumba donde llorar su muerte. Simplemente, se fue y nos dejó en los brazos de la desesperación.

No quiero revivir ese día que ha quedado grabado en mi corazón para siempre y me limpio con el dorso de la mano las amargas lágrimas que recorren mis mejillas. No me permito a mí misma llorar y, de tanto evitarlo, me he convertido en una experta en desviar la mente de esa dolorosa época.

Reduzco de forma paulatina la velocidad al advertir la silueta de mi casa perfilarse en el horizonte y me invade el malestar al percatarme del estado lamentable de la misma. Se trata de una vivienda muy descuidada que necesita arreglos con urgencia. El tejado tiene algunos agujeros por donde la lluvia se abre paso con facilidad y no quiero ni acordarme de la fachada y el jardín. Esta vivienda es propiedad de la hermana de mi madre que nos la dejó por caridad porque tras el fallecimiento de mi padre, nos quedamos en la calle.

Este es otro mal recuerdo que no deseo profundizar. Quisiera tener un candado mágico que me permitiese encerrar todo el mal de mi vida para que no me siga haciendo daño. Aparco el coche en frente de la casa y me apresuro a entrar tratando de poner buena cara. La señora Olga, voluntaria del ayuntamiento que está cuidando de mi madre en mi ausencia, me recibe de buen agrado.

—Niña, debes de estar muy cansada. Mírate, te has quedado en los huesos. Si tienes hambre, he preparado sopa para cenar. —Me lanza una mirada lastimera y se levanta del sofá con cierta dificultad. Da pequeños pasos en dirección a la cama de mi madre y, tras echar un vistazo a su

cuerpo dormido, añade en voz baja—: Ha estado ausente durante todo el día. Apenas ha tomado dos cucharas de sopa y un poco de agua.

Mi madre sufre depresión crónica con episodios de demencia como resultado de la muerte de mi padre y el consecuente derrumbe de nuestra familia. La mayor parte del tiempo está sumida en su mundo y nuestra situación económica no ayuda a que su estado sufra alguna mejoría.

—Gracias por su ayuda, señora Olga. En cuanto me incrementen el sueldo le pagaré por sus servicios. Se lo prometo.

La imagen de Júnior y de su considerable cuenta llega de improvisto a mi mente. La aparto de un manotazo. No quiero mejorar mi situación a expensas de nadie ni apoyar mi futuro en decisiones que no dependen de mí, aunque pensándolo bien no hago daño a nadie si intento convencerlo para que invierta su dinero en BTT. La *femme fatale* percibe mi decaimiento y decide darme un empujón para animarme. Soy el sustento de mi familia y no puedo permitirme el lujo de deprimirme. Yo no.

Tal vez no es una mala idea intentar dar con Júnior, después de todo. El BTT es el segundo mayor banco de España y, es previsible que Júnior, al ser un recién llegado a la ciudad, necesite un lugar donde depositar sus ahorros. De acuerdo, puede que no me confíe los treinta y cinco millones que tiene, pero alguna cantidad menor, quizás sí. Soy una chica lista, solo necesito un buen plan y convencerlo. Aunque, primero, tendría que encontrarlo, claro. Y rezar para que se acuerde de mí.

—No te apures, niña. A mí me gusta ayudar —dice la señora Olga dándome una palmadita consoladora en el brazo. Sabe que muchos meses no consigo llegar a fin de mes en condiciones y eso que no paro de trabajar y de gastar cada céntimo con moderación.

Se despide de mí y camina con pesadez hacia su casa, situada a cinco minutos de la nuestra. La buena mujer es algo así como mi familiar más cercano y nadie, aparte de ella, me echa una mano con la difícil situación por la que estoy atravesando. La hermana de mi madre vive en Mallorca y solo viene a vernos una vez al año. Nos ha dado un lugar para vivir y, le parece que ya nos ayuda bastante, tal como afirma a la menor ocasión.

Una vez que la señora Olga se ha marchado, me quito los zapatos y cambio la ropa que suelo llevar a la oficina por unas mallas cómodas, de color azul marino, y una camiseta básica, en tono parecido. Me suelto el pelo y, tras peinármelo con los dedos, me lo recojo en una coleta alta. Me

apetece tomar una infusión de plantas, pero antes decido ver a mi hermano. Acudo a su habitación y lo encuentro sumido en su mundo digital. Lleva los cascos puestos y no se percata de mi presencia. Experimento el deseo de regañarlo, bien podría emplear su tiempo en algo más útil, pero recuerdo los largos periodos que ha pasado en el hospital y me reprimo.

—¿Qué haces? —le pregunto, al tiempo que le revuelvo el cabello y le aparto los cascos de su cabeza. Me siento sobre el apoyabrazos de su silla y le doy un beso cariñoso en la frente.

—Nada —me contesta secamente con la vista pegada al ordenador.

Cuando un adolescente contesta «nada», en realidad quiere decir «déjame en paz, pesada».

—¿Tienes hambre? —insisto, en mi intento de mantener una mínima conversación con él. Me duele verlo tan distante.

—Por ahora, no. —Sacude la cabeza y sigue con el juego, acomodándose de nuevo los cascos sobre las orejas y poniendo atención en el juego.

Me inquieta su situación, aparte de ir al colegio, no sale de casa ni tiene amigos. Sus problemas respiratorios están controlados por ahora, pero está incapacitado para correr o hacer cualquier otra actividad física, de modo que su único entretenimiento son los juegos virtuales. Allí, en su mundo con sus amigos virtuales, parece contento.

«Te preocupa todo hoy», me regaña mi conciencia, un poco cansada de mi negatividad. «Date un respiro, búscate un novio para desahogarte».

«Cierto», me rio con amargura, «debería hacerlo».

Al cabo de un momento, me dirijo a la cocina y pongo en marcha la tetera para prepararme un saludable té verde con jengibre. A continuación, me llevo la taza humeante a mi dormitorio y, una vez sentada delante del portátil, tecleo la única palabra que ronda en mi cabeza desde la hora de la comida: «Júnior».

Pincho en la primera foto de cuerpo entero que sale en Google y no puedo evitar soltar un suspiro. Aumento la foto y la contemplo con atención. En esa instantánea, posa para publicitar una marca de trajes masculinos. Está apoyado en un poste y mira fijamente a la cámara. Tiene una figura impresionante, de piernas largas, hombros bien formados —pero sin exagerar— y elegantes facciones. Viste un traje de marca en tono gris claro, combinado con una moderna camiseta blanca que le queda de

escándalo. Al pie de la foto, aparece un breve texto, aclarando que ese traje pertenece a la colección de primavera de su propia marca: Júnior Style.

La *femme fatale*, mi conciencia y yo estamos boquiabiertas. Y eso no ocurre muy a menudo, ya que es, casi imposible, que nos pongamos de acuerdo en algo.

Sonrío embelesada al sentirme observada por sus profundos ojos, de un intenso color de plata fundida, y refreno mis ganas de alborotarle su corto cabello castaño claro.

Mis pensamientos vuelan hasta nuestro primer encuentro; yo acababa de llegar al aula de mi clase de primero de primaria y me lo encontré, al lado de la puerta, sin atreverse a entrar, aterrado ante su primer día. Tenía la misma mirada grisácea, profunda y brillante provista de unas ligeras sombras de timidez. Ser el nuevo no es fácil para nadie, ni siquiera para él, aun cuando era el hijo de una importante estrella de fútbol. Acudí en su ayuda de inmediato, infundiéndole los ánimos necesarios para que entrara. Su cara se iluminó al encontrar apoyo en mi presencia y el resto vino solo. Lo presenté a mis compañeros y su pequeña crisis de identidad quedó en el olvido.

Espero que se acuerde de esto...

«Y yo», suspira la *femme fatale*, aunque las dos tenemos nuestras dudas.

Sigo leyendo un artículo sobre su trayectoria profesional; Júnior comenzó su carrera futbolística en la liga inglesa a los dieciséis años, tras firmar su primer contrato.

Suelto un sonoro silbido de admiración. Es el único hijo del famosísimo futbolista Cristian Cros y, a pesar de ello, ha volado del nido a una edad muy precoz. Eso me hace tener esperanzas con respeto a él. Me está dando una buena impresión porque, no parece haberse convertido en un engreído egocéntrico, sino todo lo contrario.

Agarro mi móvil y pongo su nombre en el buscador de Instagram. Me sorprende la escandalosa cantidad de seguidores que tiene. ¡Cuarenta y cinco millones!

Esa indecente cifra hace que mis ánimos decaigan.

«¿Qué son cuarenta y cinco millones de personas? Lo encontraré en un abrir y cerrar de ojos», me consuelo para mis adentros.

Mi conciencia decide que ha llegado la hora de poner algo de orden en esta locura que se va apoderando de mi persona.

«No flipes, jovencita, es del todo imposible que te conteste al mensaje privado que le estás escribiendo, tras haberte sumado a su cuenta oficial como seguidora».

No le hago caso y redacto el siguiente mensaje:

Júnior, soy María, tu excompañera de clase de Londres. Sí, esa, la que se fue con su familia a la guerra. Te he visto por la tele, yo también vivo en Madrid y me haría mucha ilusión volver a verte. Escíbeme por privado en cuanto puedas. Gracias. Un beso.

Releo el mensaje un par de veces antes de enviarlo y, finalmente, tomo la decisión de borrar lo del beso final y cambiarlo por un apropiado «Un abrazo». Tras ese pequeño ajuste de último minuto, le doy al botón de enviar y me quedo con el terminal en la mano, ansiosa de recibir noticias tuyas. Para aguantar la espera, me preparo un capuchino vienés coronado por una pirámide de nata montada. Lo tomo a pequeños sorbos que me saben a gloria bendita. De tanto en tanto compruebo los mensajes recibidos, pero como era de esperar no recibo contestación alguna, ni esa noche ni en los días siguientes.

«No darás con él de ese modo, es una aguja en un pajar», afirma mi conciencia cada vez que me observa verificar mis mensajes privados de Instagram.

«Solo tengo una aguja en el pajar, pero no pienso rendirme, soy una muchacha confiada y, por qué no reconocerlo... algo desesperada, también».

6
Junior

A decorative graphic featuring the number '6' at the top and the word 'Junior' in a cursive font below it. The text is surrounded by several soccer balls of varying sizes, arranged in a circular pattern around the central text.

El amor de mi vida

Salgo de la preparación física semanal, de buen humor. El entrenador, un hombre de mediana edad, paciente y educado se esfuerza para que mi adaptación sea de lo más natural posible. El ambiente no es tan rígido como en Inglaterra y, aun cuando mis compañeros de equipo y yo trabajamos al mismo ritmo o puede que incluso más intenso, es todo más llevadero y fácil de asimilar. La acogida recibida me tiene entusiasmado y vivo prácticamente en una burbuja desde que realicé mi presentación formal ante los aficionados blancos. Estoy contento de haber elegido al Madrid, mi felicidad es contagiosa ya que todo lo que me rodea parece teñido de un intenso color rosa.

—¡Ey, Júnior! —escucho la voz de un compañero, llamándome. Voy de camino hacia el garaje para recoger mi coche pero detengo mis pasos y espero paciente a Unay, un joven brasileño de mi misma edad, que juega como defensa central desde hace poco. Se para a menos de un metro de mí y dice con jovialidad, bajándose la bolsa de deporte del hombro—. Mi hermano es un gran admirador tuyo y desea conocerte. ¿Podrías pasarte un momento por el recinto del agente de seguridad? Estará allí esperándote...

—Pues, claro, hombre. Eso ni se pregunta —le contesto al instante, complacido. Casi nunca desairo a ningún fan, me colma de alegría hacer a la gente feliz—. Estaré encantado. ¿También es futbolista?

—Todavía no, pero lo será algún día, es su sueño.

Chocamos las manos y nos despedidos puesto que nuestros coches tienen plazas en diferentes parcelas. Admiro desde la distancia mi reluciente deportivo plateado, con cristales tintados y modernos adornos refulgentes en las llantas y la adrenalina comienza a recorrer mis venas. Una vez instalado en el asiento de cuero me dirijo al exterior del garaje, rumbo al lugar indicado por Unay. Aparco el coche junto a la barra de seguridad y acudo al recinto.

No es la primera vez que un fan incondicional se echa a llorar de emoción cuando le doy un abrazo cariñoso; aunque, en esta ocasión me siento incómodo al tratarse del hermano de un compañero. Le firmo la camiseta blanca que lleva mi nombre y mi número de jugador impreso en el dorso y le prometo invitarle algún día, junto a su hermano, a tomar algo en

mi casa. Cuando la tenga, porque de momento estoy alojado en un hotel, todavía no he decidido donde fijar mi residencia ni tuve tiempo para buscar un inmueble que se ajuste a mis necesidades.

A la caseta del vigilante llegan otros dos compañeros y, entre todos, le gastamos unas bromas de lo más divertidas. El hombre está sonriente, no puede creerse la buena suerte de tener a tantas estrellas blancas en su humilde morada. Quiere ofrecernos algo, pero no sabe muy bien el qué. Somos deportistas sanos que no bebemos alcohol, ni refrescos ni café.

—De haber sabido que vendríaís —se lamenta apurado, mientras va de allí para allá en un estado de visible agitación—, habría comprado algo para ofreceros. Por favor, al menos, dejadme que os immortalice con mi móvil para que pueda presumir delante de mis amigos. De lo contrario... ¿quién va a creerme?

Nos hacemos varias fotos con él y, entre bromas y risas, nos despedimos. A punto de salir, el vigilante, llamado Manuel, me detiene en la puerta.

—Júnior, hay una cosa que quiero comentarte. Es una tontería, pero aun así, deseo que lo sepas. El otro día vino aquí una morenita a buscarte. Bastante mona, alta, esbelta, no sé, parecía una chica con clase. Le dije que no era permitido esperarte a la salida. No insistió; no obstante, me dio la impresión de estar desesperada por encontrarte así que acepté el papel donde apuntó su número de teléfono. Por si la querías llamar y tal...

Mis compañeros empiezan a burlarse gastando bromas escabrosas. Me siento incómodo porque las chicas no se me dan demasiado bien y el fervor de mis colegas es bastante intenso. Me he criado entre ingleses y tengo un carácter un tanto reservado, me cuesta seguir el ritmo y adaptarme al estilo desenfadado de la gente local.

—Claro que lo buscan, don Manuel —interviene otro compañero llamado, Danilo dándole un apretón cariñoso en el hombro—. Este chico es tan atractivo que me gusta hasta a mí. —Suelta una sonora carcajada y los demás lo imitan—. La próxima vez, ni te molestes en guardar ningún teléfono, títalo sin más, hombre; de lo contrario, se correrá la voz y las mujeres invadirán tu caseta.

—Sí, sí, eso mismo iba a hacer —se defiende él, de inmediato. Es obvio que no quiere que nos llevemos una mala impresión de su buen criterio—, pero la chica en cuestión dijo algo que me dejó pensativo.

No sé por qué, pero al escuchar aquello me siento atravesado por un presentimiento extraño. Mis músculos se tensan y mi respiración se acelera.

—¿Qué fue lo que te dijo? —pregunto, aparentando estar de broma, aunque tengo todos las terminaciones nerviosas en estado *on*.

—Que habéis sido compañeros de primaria en Londres y que acaba de regresar de la guerra.

Aquella simple explicación hace que me quede sin habla. Literalmente. La sonrisa se desvanece de mi rostro, dejo de respirar ignorando las carcajadas de mis compañeros. Necesito unos segundos para recuperarme de la impresión. Desde que tengo doce años, fantaseo con recibir una noticia cómo esta. María fue mi mundo entero en mis inicios en Londres. Traté de localizarla en las redes, tanto sociales como profesionales, aunque nunca conseguí saber nada de ella. Hasta contraté a un investigador privado pero no descubrió nada relacionado con su nombre. Soñé infinidad de veces con ella, especulando con su imagen del ahora. De las fiestas escolares que pasamos juntos conservo cientos de fotografías y supongo que, la niña morenita de flequillo recto y avispados ojos oscuros, debe de haberse convertido en una jovencita esbelta y hermosa. No hay nada en el mundo que desee más que volver a verla. Recuerdo que su padre era militar y fue destinado a Suiza para formar un grupo de agentes especializados para zonas de combates. Por aquel entonces, cuando ella nos lo contó, nos sentimos muy tristes. Todos los compañeros vertimos lágrimas amargas cuando María, en su inocencia, nos anunció que su familia y ella dejaban Londres para marcharse a la guerra. En mi casa esta frase ha quedado para el recuerdo siendo una de las anécdotas favoritas de mi padre. Cada vez que tiene ocasión, se burla indicando que mi amor se marchó a la guerra para nunca volver. Con esos pensamientos en la cabeza me acerco al vigilante, quien de pronto ha cobrado un interés abismal para mí, y le pregunto con el corazón en un puño:

—La chica... ¿Se acuerda si la chica se llamaba María?

El hombre asiente, un tanto desconcertado, ante mi actitud. Noto como mi corazón da unas alegres volteretas en el pecho y la adrenalina recorre mis venas como si condujera a doscientos por hora. Aún recuerdo las palabras que me dijo la última vez que la vi.

«Júnior, eres uno de mis mejores amigos, seguro que en unos años volveré, no estás triste».

Nos dimos un abrazo rápido de despedida puesto que no era el único que deseaba decirle adiós, todos los compañeros de clase esperaban colocados en fila para darle un último saludo.

—¿Puede buscar el papel que le entregó, por favor? —le pido al vigilante cuando me recupero de la conmoción. La voz me sale estrangulada y las piernas me tiemblan. Me apoyo en el borde de su escritorio con el corazón rebosante de optimismo. Ante la posibilidad de volver a saber de ella, me invade una inmensa alegría. La felicidad me dura poco ya que el rostro, un tanto contraído, de don Manuel me devuelve con brusquedad a la realidad.

«No, no puede ser que haya encontrado a María para volver a perderla», grita una voz impotente en mi cabeza.

Don Manuel se pone a rebuscar de forma frenética en una caja que guarda todo tipo de papeles. Los esparce sobre su mesa de trabajo tratando de encontrar el dichoso teléfono. Yo me acerco y recojo algunos apuntes que, en su afán de complacerme, deja caer en el suelo. El hombre está rojo como un tomate maduro y no sabe cómo dar con el objeto de mi interés. Mis compañeros se arriman también, deseosos de ser útiles, pero tras largos minutos de búsqueda infructuosa, damos al número de María por desaparecido.

—Lo siento, Júnior, debe de haberse traspapelado o la señora de la limpieza...

—Por favor, siga buscando —le suplico, esperanzado. No quiero tomar en cuenta la posibilidad del fracaso. Al cabo de un rato, la nota de María sigue sin aparecer y no me queda otra que rendirme ante la evidencia. Le tiendo al hombre mi tarjeta de visita y le digo con amabilidad—: Aquí tiene mi número, si encuentra el de María, por favor, llámeme. No importa la hora.

—Claro, no te preocupes, lo siento mucho, de haber sabido...

—No pasa nada, no podía saberlo —le tranquilizo ya que salta a la vista el gran sofoco que lleva encima.

Al cabo de un rato nos despedimos de don Manuel y regresamos a nuestros coches, un tanto deprimidos.

—¿Quién es esta chica que te importa tanto? —me pregunta uno de mis compañeros, colmado de curiosidad.

Las palabras salen solas de mi boca sin necesidad de pasarlas por el filtro del cerebro.

—Esta chica es el amor de mi vida. Y llevo más de diez años sin saber nada de ella.



En búsqueda de María

Acelero como un poseso por las calles de Madrid. Por suerte, mi deportivo ligero adelanta con destreza a los otros coches que circulan en el mismo sentido que yo y llego al hotel donde estoy alojado en tiempo record. Mientras espero que un aparcacoches se encargue de mi vehículo llamo a Flavia, mi jefa de prensa actual, y le pido que se reúna conmigo de inmediato.

—Señor Cros, ¿seguro que su urgencia no puede esperar hasta mañana? —me pregunta extrañada al advertir que le pido una reunión a las ocho de la tarde.

—No, no puede —le contesto en un tono serio que no admite negativa—. Por favor, llévate a todo el equipo, si es posible. Pagaré lo que sea, necesito que me echáis una mano con un asunto sumamente importante para mí.

Flavia no se hace de rogar y me promete llegar en unos quince minutos.

Mientras tanto, yo subo a mi apartamento situado en la primera planta del lujoso hotel Hilton —no me gustan las alturas— y, nada más entrar, me pongo a mirar mi cuenta de Instagram formulando diferentes combinaciones con el nombre y el apellido de María. No es la primera vez que lo hago sin obtener resultados, pero lo intento de todos modos. Le mando un privado a Alan para interesarme si a él le contactó. María es muy presente en nuestras conversaciones, la recordamos los dos con mucho cariño. Se extraña ante mi pregunta y me asegura no saber nada de ella. Verifico los privados recibidos en los últimos días pero desisto de inmediato; es una misión insostenible, tengo varios miles de mensaje recibidos solo en las últimas horas.

Flavia llega a la hora acordada acompañada por dos hombres y un jovencito de unos quince años, que se ruboriza ante mi presencia, a todas luces, impresionado por conocerme en persona. La jefa de prensa me los presenta como parte de su equipo aclarándome en tono bajo que, su reciente adquisición, es un verdadero crack, capaz de encontrar hasta lo que no existe.

Sus palabras consiguen animarme. Observo como los dos técnicos sacan una flota de ordenadores y los conectan a la red wifi del hotel. Acto seguido toman nota de la información facilitada y se ponen a buscar en mis redes,

conectándolo todo a una gran pantalla para que pueda presenciarlo y reconocer, si se da el caso, a la mujer que busco.

Me miran de reojo; al parecer, no comprenden porque un hombre que recibe miles de mensajes al día de mujeres de todos los tipos, colores y razas, busca enloquecido a una en concreto.

El jovencito, llamado Cons, crea un algoritmo con el nombre de María y filtra todos los privados recibidos en los últimos diez días. El número inicial se reduce de forma considerable, mi equipo debe encontrar su hipotético recado entre mil cuatrocientos mensajes privados. Eso es mejor que los veintitrés mil quinientos del principio de la búsqueda. Nunca el dicho «quien no se anima es porque no quiere» me ha parecido más acertado.

Me propongo ser útil y sacó de la nevera varias latas de Coca-Cola y algunas botellas de agua mineral. Las reparto entre los presentes y, mientras me tomo una *Perrier*, observo asombrado los mensajes que me envían mis fans. Hay fotos de chicas desnudas, de hombres en posiciones provocadoras, mensajes en varios idiomas desde el japonés hasta el árabe. Otros contienen canciones, recetas de cocina, invitaciones a cine, a restaurantes y diversas fiestas. Hasta hay una invitación a la Luna enviada por una multimillonaria hindú. Me quedo boquiabierto ante esa variedad y, por qué no decirlo, un poco complacido, es agradable levantar pasiones ante gente tan dispar.

Dos horas más tarde, seguimos en el mismo punto de partida. Si en un principio la tarea parecía algo divertida, tras horas de búsqueda infructuosa, nos sentimos frustrados y desanimados. Son más de las once de la noche y el cansancio del equipo es más que evidente, sé que muy pronto la búsqueda cesará. Pero no quiero dar la orden todavía, deseo encontrarla. Presiento en lo más hondo de mi ser que me necesita; un sentimiento que nunca he experimentado antes. Cierro los ojos y, aun cuando no sé cómo es físicamente, soy capaz de visualizarla.

De pronto, una luz divina ilumina mi cerebro. No poseo muchos datos de tecnología, lo básico para desenvolverme en mí día a día, pero decido probar suerte.

—Cons —me dirijo al jovencito en cuanto la reciente idea toma forma en mi cabeza—. ¿Qué te parece si probamos un algoritmo nuevo?

El chico levanta la vista del ordenador prestándome atención.

—¿De cuantas palabras? —se interesa, resuelto a hacerse útil.

—Tres palabras. Probemos: María, guerra, Londres.

—No es mucho, pero puedo intentarlo —me asegura la joven promesa informática al tiempo que se pone a teclear con dedos rápidos.

La situación es tan tensa que noto un peso enorme asentarse sobre mis hombros. Nunca en mi vida he estado más ansioso. Flavia se levanta de la silla, deseosa de poner su granito de arena, pero no encuentra nada que hacer y vuelve a ocupar su sitio. Yo doy otro trago a mi botella de *Perrier*, no por tener sed sino por estar ocupado en algo.

Para nuestra sorpresa el algoritmo da resultado y los mil cuatrocientos mensajes filtrados se reducen a cuatro.

¡Cuatro! Estoy a punto de sufrir un paro cardíaco. Me cuesta respirar, tengo los ojos y los cinco sentidos puestos en la gran pantalla digital, a la espera del desenlace.

Los primeros mensajes que abrimos provienen de dos mujeres que residen en Londres que se llaman María Guerra, el tercero es una marca de caviar y, el último, está enviado de una cuenta española que pertenece a una tal, María Medina. Mis ánimos decaen porque no conozco a ninguna de las tres. El apellido de la mujer que busco es Smith. Los técnicos agrandan la pequeña imagen de la última chica para que pueda verla físicamente. La foto es algo borrosa, pero en cuanto Cons le da nitidez, comprendo que la expresión de su rostro me es familiar. Esa mirada avispada, brillante y despierta solo puede ser la suya.

A continuación, los técnicos abren el mensaje recibido de esta cuenta días atrás y mi corazón deja de latir. Oleadas de felicidad agitan mi interior, estoy tan eufórico que abrazo efusivo a Flavia y a todo su equipo.

—¡Es ella! —exclamo entusiasmado—. ¡La hemos encontrado! Seguid la cuenta y enviadle un mensaje —pido con insistencia.

—Claro, señor Cros. Ya está, cuenta seguida y añadida a favoritos para mayor comodidad. ¿Qué ponemos en el mensaje? —Flavia me mira expectante.

—Dile que soy Júnior y me alegro de que, por fin, haya regresado de la guerra. —Los cuatro pares de ojos de los especialistas en redes sociales me miran con recelo, es obvio que dudan de mi salud mental, aunque se abstienen de hacer comentarios al respecto—. Poned mi teléfono y decidle que la espero mañana a la una, aquí en el hotel. Por si acaso —justifico mi

petición—. Ah, y dad me gusta a todas sus fotografías. Ponedlas en grande, quiero verlas.

—Su cuenta no es muy activa que digamos, señor Cros, solo hay tres publicaciones —me aclara uno de los técnicos y, acto seguido, las proyecta en la gran pantalla para que yo pueda visualizarlas. Aparecen dos instantáneas de citas de vida y una foto suya cubierta casi al completo por el logo de un banco llamado BTT.

No es mucho, pero es mejor que nada.

Finalizado el trabajo, me despido del equipo técnico que se marcha de mi apartamento pasadas las dos de la madrugada. El sentido común me aconseja darme una ducha, pero no quiero despegar los ojos del móvil, a la espera de su respuesta. Finalmente, me dejo vencido por el sueño sin haberme duchado, cambiado ni recibido el esperado mensaje de María Medina.

Sueño con ella.

Tenemos de nuevo doce años y pasamos el día jugando en la piscina de la casa de mis padres. Ella lleva el pelo liso, negro y lustroso recogido en dos trenzas que le rebasan los hombros. Ha estado correteando por el jardín y tiene las mejillas sonrosadas. Es dueña de la mejor sonrisa que existe: generosa, sincera, atrayente. Se acerca al borde de la piscina y, tras hacer una voltereta un tanto complicada, pega un salto y con las manos unidas en forma de uve se sumerge en el agua. Yo le sonrío, porque si ella está conmigo, yo soy el chico más feliz del universo. De pronto, observo como su cuerpo se hunde y desaparece bajo la superficie del agua. Me rio porque pienso que está bromeando. María es así, siempre dispuesta a inventar juegos y situaciones novedosas. Es el alma de cualquier fiesta infantil.

Después de un tiempo la risa se congela en mis labios al comprender que no se trata de ninguna broma. Han pasado varios segundos desde que su cuerpo ha desaparecido de la superficie y el agua lisa y tranquila no presagia nada bueno. No dudo en sumergirme de un salto y buceo lo más rápido posible. Soy buen nadador, pero el miedo ralentiza mis movimientos. Avanzo hacia la derecha, tratando de localizarla; aunque, no lo consigo, la piscina es enorme. Doy la vuelta para verificar el tramo inexplorado y, cuando llego al otro extremo, encuentro su cuerpo al fondo de la piscina. No respira, no se mueve y me invade un pánico aterrador. Apenas me queda oxígeno, hago un esfuerzo sobrehumano para llegar hasta ella. La rodeo con

un brazo y comienzo a subir cegado por los rayos de sol que se filtran a través del agua removida por mis movimientos. María es una muchacha delgada pero su cuerpo mojado pesa muchísimo. Me cuesta sacarla a la superficie. Grito para que alguien acuda en mi ayuda, pero los alrededores de la piscina están desiertos. Las fuerzas me abandonan y mis manos resbaladizas y cansadas no pueden luchar más. Impotente, observo como su cara inconsciente rodeada de una mata de pelo oscuro se vuelve a sumergir en el agua, que parece deseosa de tragarla, de llevársela en sus entrañas. Grito tan fuerte que escucho mi propia voz. Abro los ojos de golpe. Estoy en mi cama desorientado y empapado en sudor. Enciendo la pequeña lámpara en forma de clepsidra situada en la mesita de noche y miro la hora. Son las seis de la mañana. Compruebo el móvil y pego un grito de alegría al encontrar un mensaje de ella. Lo ha mandado a las cinco cuarenta y cinco de la mañana, es madrugadora.

«Querido, Júnior. Estoy feliz de habernos encontrado. Hoy a la una acudiré al Hilton. No has especificado ningún lugar en concreto. ¿La cafetería de la planta baja te parece bien?»

Mis dedos vuelan por las teclas y escriben lo siguiente:

«Querida, María. Feliz de recibir noticias tuyas. Nos vemos en la cafetería. Un beso».



El muy deseado encuentro

Para aguantar la espera me entretengo contando una multitud de veces los metros que tiene el salón de mi apartamento. Ciento doce. No sé en qué ocupar las horas hasta el mediodía y, aun cuando intento distraerme, no hago otra cosa aparte de mirar el reloj. Nunca antes he visto pasar el tiempo con mayor lentitud. Las manillas parecen cansadas, muertas en vida y dan pasos minúsculos por la esfera circular.

«Estoy impaciente. ¡Quiero que sea ya la una!», grita el niño que habita en mi interior y al que no se le da demasiado bien esperar. Alguna cosa tenía que heredar de mi padre, aparte del talento futbolístico y la pasión por los coches. No me quejo, ser impaciente es mejor que ser tan controlador como lo es él.

Mientras las horas pasan, me entretengo cómo puedo. Dudo de todo, de la ropa que he de ponerme y del modo en que debo tratarla. Tras varias combinaciones fallidas, me decanto por un conjunto casual, fiel a mi estilo. Visto pantalones de *Levi's Vintage* y deportivas *Chuck Taylor All Star Classic*. Una fina llovizna golpea el cristal de mi ventanal por lo que completo mi vestimenta con una chaqueta finita de cuero que acentúa mi masculinidad, agregándome carácter y presencia. Es un tono algo más oscuro que el pantalón y conjunta con mis ojos. Hundo la nariz en el cuello de mi camisa de grandes bolsillos cuadrados y cuello tipo túnica, huelo bien, a ropa limpia y al sutil gel de ducha *Savage de Dior*, uno de mis favoritos.

Parezco un chico de quince años ante su primera cita formal. No quiero hacerme ilusiones, es necesario tomar en cuenta una posible decepción. En la infancia, María y yo, nos llevábamos a las mil maravillas, aunque eso no es garantía de seguir haciéndolo, nos separamos a las puertas de la adolescencia.

¿A quién quiero engañar? Mi nivel de entusiasmo está llegando a sus límites más elevados, hierbo por dentro y el corazón ha doblado su tamaño habitual. Nunca he tenido novia formal, porque la imagen de María me perseguía como una sombra. Cada vez que me sentía lo suficiente atraído por una chica como para comenzar algo serio con ella, me llevaba la impresión de engañar a María. Mi psicoanalista, a la que llamo de forma

cariñosa, «la señora Coco», tras largas y costosas horas de terapia, ha llegado a la conclusión de que se trata de un espejismo de la infancia que es muy difícil de derribar. María fue trascendental en mi vida aun cuando yo no le he sido para ella. Este pensamiento malévolamente y viperino, basado en la realidad, a pesar de ser doloroso, debe ser tomado en cuenta. Si le hubiese importado, me habría buscado en todos estos años.

«Lo ha hecho ahora». Mi ego da un paso al frente, orgulloso.

Levanto la manga de mi impecable camisa, que se ajusta a mis pectorales y enmarca mis brazos trabajados de un modo sexy pero sin exagerar, para consultar el reloj. Las doce y cuarto. Un sudor helado recorre mi columna vertebral y froto las manos de forma instintiva de la tela del pantalón. Las noto húmedas y frías. Acudo al cuarto de baño, me las lavo con jabón y dejo mi frente chocar contra el espejo, tratando de calmarme. Cierro los ojos y hago un ejercicio de respiración. Funciona a medias, estoy algo más sereno pero tengo la garganta seca. Me acerco a la nevera y, tras sacar una botella de *Perrier*, bebo un trago generoso. La presión es demasiado alta; por lo que decido llamar a Minerva para distraerme.

—Junior, cariño. —Su voz cálida y amorosa hace que me sienta mejor al instante—. Qué bien que me has llamado, anoche he soñado contigo.

—Hola, mamá —la saludo en tono afectuoso, intentando aparentar normalidad. No me apetece hablar, solo escucharla; aunque debo decirle algunas palabras para no inquietarla—. ¿Y qué soñaste? —me hago el curioso.

—No sé, cosas raras, como que estabas aquí en casa jugando en la piscina con unos amigos tuyos, y uno de ellos se ahogaba.

Me quedo helado. Minerva y yo tenemos una conexión especial, no es la primera vez que soñamos lo mismo. Estoy seguro de que el amigo del que habla es María, aunque es tan comedida que evita nombrármela. Para ella, representa una obsesión y no le gusta que siga dándole tanta importancia a alguien que realmente no forma parte de mi vida. Decido contarle la verdad.

—Yo también he soñado con ella, mamá. ¿Sabes que, por fin, la encontré?

Permanecemos un tiempo en silencio. Está emocionada, ella sabe mejor que nadie el gran poder que María ejerce en mí, a pesar de los años.

—¿La encontraste? —Su voz le sale bajita, está asombrada—. ¿Dónde? ¿Cómo?

—Es largo de contar... no te lo vas a creer pero vive aquí en Madrid, ahora en un rato hemos quedado para almorzar. Si todo va bien, te llamaré después y te lo contaré todo.

—Júnior, ¡esto es fantástico! —Se maravilla ante tan inesperada noticia —. Me alegro por ti, aunque no quiero que te hagas ilusiones. Han pasado muchos años y las personas cambian. Si no es lo que tú esperas que sea, al menos quedarás liberado. Mucha suerte, cariño. Un beso enorme.

—Gracias, mamá. Tengo que irme. Otro para ti.

Cuelgo y vuelvo a mirar, por enésima vez ese día, el reloj. Faltan diez minutos para la hora acordada. He reservado mesa en un rincón alejado de la cafetería, por lo que me dispongo a ir a la cita. Quiero llegar antes que ella, para no perderme detalle de su llegada. Estoy ansioso por ver su aspecto, su forma de caminar, de sonreír y, lo más importante, deseo presenciar cómo reacciona ante el Júnior de ahora. No me gusta echar flores a mi propio tejado pero soy consciente de que mi presencia no pasa desapercibida. No tengo nada que ver con el preadolescente de doce años, delgado y larguirucho que se despidió de ella con un tímido «adiós».

En el *hall* principal del hotel no hay mucha gente; aun así una pareja de ingleses me reconocen y me sabe mal no detenerme para saludarlos. Nos hacemos un par de fotos, mantenemos una breve conversación que deja a la pareja feliz y complacida. ¡Misión cumplida!

«¿Ves como no es para tanto?», le digo a mi padre cuando critica mi comportamiento en ese sentido. Él es muy reacio a compartir su tiempo con la gente, sobre todo si le importunan en su vida privada.

Yo soy todo lo contrario, siempre dispuesto a perder unos minutos en las entradas de los restaurantes para atender a todo aquel que desea darme un abrazo, una foto, o simplemente, estampar mi firma en alguna camiseta. Hacer regalos y aportar felicidad es más grato para mí que recibirla. He de decir que no he llegado al nivel de fama mundial de mi padre, soy conocido pero en una escala mucho menor que la suya.

«Tu fama es aceptable, ya verás cuando se vuelva absurda, no estarás tan deseoso de compartir felicidad», dice el gran Cristian Cros cuando sacamos el tema a relucir. Él es así, siempre ansioso por tener la última palabra.

Me despido de la pareja y vuelvo a mirar la hora. He perdido cuatro valiosos minutos a causa de mi carácter bondadoso, por lo que sigo avanzando por los pasillos del hotel, acelerando el paso. Me digo a mi

mismo que, esta vez no me detendré aunque coincida con el mismísimo rey de España. Piso la mullida moqueta granate de la cafetería a la una menos dos minutos. El jefe de sala me conoce bien, ya que llevo viviendo desde hace diez días en el hotel y hemos coincidido en varias ocasiones. En cuanto se percata de mi presencia me sonrío con cordialidad y me conduce a mi mesa.

De pronto, se gira hacia mí y me informa:

—La señorita Medina ha llegado hace diez minutos. Lo está esperando en la mesa que tiene reservada. He supuesto que querrán almorzar y les he preparado un rincón apartado de miradas indiscretas.

Le doy las gracias por su gesto considerado y tomo nota mental de dejarle una buena propina al salir. A continuación, me detengo en medio del local decorado en sutiles tonos púrpura y blanco tratando de abarcar con la mirada a los comensales. Nadie llama mi atención. Me da rabia que haya esperado toda la santa mañana la hora del encuentro, para terminar llegando más tarde que ella. Estoy agitado, mi corazón late muy deprisa y noto como me arde la garganta. Sigo los pasos del empleado en trance, él tuerce a la derecha, yo también, él se detiene ante un reservado íntimo, yo hago lo mismo.

Y de pronto, se aparta a un lateral y dice, dándose importancia:

—Señor Cros, señorita Medina.

Me paro en el marco de la puerta con los ojos puestos en la joven hermosa, que me observa con gesto atento y mirada cauta. Esboza una amplia sonrisa cuando me reconoce. El jefe de sala cae en la cuenta de que su presencia sobra y se retira discretamente. Avanzo un paso y trago saliva, hipnotizado. No puedo apartar los ojos de su rostro. Se pone de pie, al lado de la mesa, desconcertada ante mi silencio. Le sonrío con calidez y alargo las manos hacia ella. La examino con atención, es una versión adulta de la muchacha de doce años, aunque aparenta mucho menos de los veintitrés que tiene en realidad. Nuestras manos se tocan y vacilamos un momento antes de darnos un abrazo. Es alta, le saco menos de medio palmo y huele a una fragancia que huele divinamente. Viste con mucha sencillez, falda plisada en tono azul marino que le sobrepasa las rodillas, botas altas de cuero y un suéter ajustado de cuello vuelto, en tono beige con minúsculas formas geométricas dibujadas en la parte delantera.

—¡María! —exclamo embelesado mientras la estrecho en mis brazos con afecto. Me devuelve el abrazo, igual de entusiasmada que yo.

—Júnior, deja que te mire —me pide mientras se aparta un poco para observarme mejor—. Estás impresionante y muy... alto.

—Tú sí que estás impresionante y, muy alta, también.

Nos sonreímos con complicidad y le ofrezco una silla para sentarse. Mi corazón rebosa de optimismo y, aun cuando no quiero sepárame de ella, comprendo que no puedo retenerla en mis brazos más tiempo de lo políticamente correcto. Me bastaron un par de segundos de cercanía para saber que es justo como la he imaginado en todos estos años. No es su físico, sino la química que nuestros cuerpos desprenden con el contacto. La alegría de saber que mis instintos no me fallaron, hace que me llene de ilusión. Contengo como puedo el torbellino de emociones desatado en mi interior y digo, aparentando normalidad:

—¡Cuánto tiempo! Estoy tan feliz de verte. Ni te lo imaginas.

—Yo también me alegro mucho, Júnior. Te vi el otro día por la tele en tu presentación ante el Bernabéu. —Sus ojos brillan entusiasmados, parece realmente feliz de volver a verme. A continuación, alisa la tela del mantel con la mano, como si no fuera capaz de mantenerla quieta y prosigue exaltada—: Me he sentido orgullosa de ti, salta a la vista que la gente te quiere con locura. Siempre tuviste ese efecto en las personas, recuerdo que en el colegio, eras igual.

Sus palabras amables se convierten en un bálsamo reparador para mi alma. Mis tensados nervios se van relajando y tomo asiento en frente de ella. Estoy acalorado así que me quito la chaqueta, dejándola colgada en el respaldo de la silla. Mi camisa, blanca inmaculada, un poco ceñida a mi torso trabajado, me queda bien y noto en sus ojos un brillo apreciativo.

Nuestras miradas vuelven a encontrarse y, acompaño ese mágico momento que tanto he añorado, con mi arma más letal, mi sonrisa ladeada que hace que se me forme en la mejilla izquierda un pequeño hoyuelo.

—Eso de que todo el mundo me quiere es algo subjetivo, si fuera así, me hubieras buscado antes. —Suena a reproche porque lo es. Me pongo serio y la miro con intensidad a los ojos. He estado demasiado tiempo separado de ella y no tengo ni un segundo que perder. Quiero a María en mi vida y la quiero ya—. ¿Por qué no lo hiciste? —Rebajo un poco el tono de mi voz antes de proseguir con el interrogatorio—: Yo no he logrado dar contigo y,

créeme, lo intenté en más de una ocasión, pero tú podrías haberlo hecho, sin apenas esfuerzo.

Impactada por mis palabras abre ligeramente su boca generosa, que, por cierto, está curvada de un modo delicioso. Se coloca un mechón largo y liso detrás de la oreja y parpadea sorprendida. Se toca con los dedos uno de los pendientes pequeños en forma de estrella que lleva en las orejas que le ofrecen un cierto aire infantil. Casi no lleva maquillaje, solo un poco de rímel adorna sus largas pestañas oscuras. Reflexiona unos instantes antes de dar voz a sus pensamientos.

—¿Tú me buscaste? ¿Por qué? —Parece sorprendida y algo desarmada ante mi franqueza. La intensidad de mi mirada la perturba. Bebe un trago largo de agua y, tras dejar el vaso en la mesa, agita las manos como si no supiera qué hacer con ellas.

Ese simple gesto suyo me provoca oleadas de felicidad. Es todo tan claro y despejado que hasta un ciego puede verlo.

—Sí, María. Desde hace algunos años he tratado de encontrarte. Siempre tuviste un lugar preferente en mi vida, nunca me conformé con tu ausencia. No tengo idea de por qué María Smith no me llevó a ningún resultado.

Parpadea sorprendida ante mis confidencias.

—María Smith ya no existe —me aclara con un deje de amargura en la voz—. Soy María Medina, ahora. Algún día te lo contaré, si no te importa, hoy no quiero hablar de ello.

Le hago un gesto tranquilizador. Estoy encantado de encontrarla, se llame como se llame. Me trae sin cuidado su cambio de apellido. Habrá tiempo de confesiones.

—Está bien, hablaremos de eso en otro momento. Ahora quiero hacerte una pregunta, pero es preciso que seas sincera. Veo que mueves mucho las manos como si no supieras que hacer con ellas. ¿Tienes la impresión de que son demasiado largas? ¿De qué te pesan en exceso?

Mis preguntas, bastantes extrañas, provocan perplejidad en su rostro. Me entran ganas de reír al intuir el rumbo de sus pensamientos. Es indudable de que pone en tela de juicio mi salud mental. No le doy tregua y sigo taladrándola con mis insistentes ojos grises. Alargo el brazo por encima del mantel y, apartando a un lado el arreglo de rosas blancas colocado justo en el centro de la mesa, le toco una de las muñecas. Noto su pulso acelerarse y ante mi contacto siento como se tensa. Baja la vista hacia sus manos

inquietas y comprende, por fin, el significado de mis palabras. Abre mucho sus ojos oscuros como la noche y, por primera vez desde que nos conocemos, me mira del modo que yo quiero que me mire. Agita la cabeza y dice en voz baja, casi asustada:

—Es cierto, cuando estoy nerviosa, mis manos me pesan más de lo normal.

—A mí me pasa exactamente lo mismo. ¿Entiendes ahora por qué quería encontrarte?

Frunce el ceño y me mira confundida. No pilla mi indirecta por lo que decido ser franco, consumido por el deseo de que sepa lo importante que es para mí. Establecemos contacto visual y, cuando obtengo su completa atención, le hago la declaración del siglo que, para ser sincero, me sorprende hasta a mí.

—María, estoy feliz de encontrarte porque tú eres la chica de mis sueños.

Despega muchísimo los parpados, claramente asombrada. Sus labios generosos, se entreabren por la impresión y parece sopesar dos posibilidades: o bien piensa que estoy fuera de mis cabales o comienza a asimilar mi interés personal por ella.

9



Buenas vibraciones

No salgo de mi asombro, ni yo ni la *femme fatale* que convive conmigo. He acudido a ver a Júnior con la guardia baja, esperando encontrar un tipo algo engreído que me mire por encima del hombro al tiempo que se dedique a recordar viejos tiempos de nuestra época estudiantil. Se acordó de mí, cosa que me agradó bastante, y parece realmente contento de verme. La velada tiene buenas vibraciones y la conversación fluye en armonía. Estoy animada y, por primera vez desde que me he metido en el turbio asunto de sus finanzas, pienso que, sacar adelante el proyecto y conseguir un buen acuerdo, es posible.

Sin embargo, al poco tiempo de sentarnos, comprendo que Júnior no es, para nada, del modo que yo me lo imaginé. Es mucho más normal e humilde que la mayoría de los hombres que he conocido hasta la fecha. No aparta los ojos de mí, como si yo fuera alguna belleza extraordinaria y absorbe con atención todas las palabras que salen de mi boca. De tanto en tanto, roza mi mano colocada encima de la mesa y me sonrío de un modo adorable. No doy crédito al hecho de que Júnior me haga cumplidos subidos de tono, tratando de seducirme.

¿Tratando? Mi conciencia arquea una ceja perfectamente depilada y me observa con incredulidad. Me hago la tonta y la ignoro, aunque mi garganta seca y mi pulso frenético hablan por mí. La evidencia de lo que está sucediendo me toma por sorpresa: Júnior me envía claras señales de admiración y yo estoy encantada de recibirlas, aun cuando no comprendo el visible interés que muestra mi excompañero de primaria ante mi persona. Me mira fijamente, todo él es intenso, muy intenso, dando la impresión de haber esperado esta cita largos años. Cosa ridícula, lo sé, ¿a quién quiero engañar? A saber cómo son las mujeres que llaman su atención. La única explicación que se me ocurre es que sienta hacia mí algún tipo de fantasía oculta, la gente de éxito como él, puede experimentar gustos y preferencias muy absurdas.

La *femme fatale* se siente dolida ante esa hipótesis hiriente, pero no le queda más remedio que darme la razón. Y no quiero ni acordarme de la desastrosa situación que estoy atravesando. Y que atravesaré para siempre, puesto que la enfermedad de mi madre no es probable que se cure nunca y

mi hermano será mi responsabilidad hasta que logre mantenerse por sí solo. Y para que eso pase, el sol deberá de hacer bastantes apariciones en lo alto del cielo. ¿Quién deseará en su vida una mujer simple cómo yo y con una mochila tan pesada a sus espaldas? Un tipo como Júnior, desde luego, no.

Mientras esas reflexiones cruzan mi mente, su mirada grisácea me quema desde el otro lado de la mesa que por cierto, es bastante estrecha, provocando que nuestras respiraciones se aceleren con la cercanía. Busca tener contacto conmigo a cada rato, rozándome las manos en cuanto tiene ocasión.

Toda esa repentina atención me altera y hay momentos en los que pierdo el hilo de la conversación. Cuando terminamos de comer el salmón a la plancha con guarnición de espárragos, el camarero retira nuestros platos con gestos impecables. Pedimos postre, unos trozos enormes de pastel de zanahoria adornados por unas nubes esponjosas de crema montada.

Mientras saboreo el delicioso pastel contemplo a Júnior por encima del borde ondulado de mi copa y pienso que es mucho más guapo en persona que por televisión. Tiene algo en su forma de mirar que te desarma. Sus ojos son espectaculares, grises, profundos, coronados por encorvadas pestañas oscuras y todas sus facciones son armoniosas. Cuando sonrío se forma en su mejilla izquierda un pequeño hoyuelo que te hace desear acariciarle justo en ese lugar.

Me considero una mujer con los pies bien anclados en el suelo, no caigo de bruces con mucha facilidad pero, debo reconocer que Junior es igual de apetecible que un helado de fresa plagado por diminutas virutas de menta en un caluroso día de verano. Abandono el rumbo de mis pensamientos al observar cómo alarga su mano para coger la mía. No es la primera vez que lo hace, aunque en esta ocasión me toca de un modo íntimo, casi pasional. Me roza la piel con el pulgar provocando que un fuerte calambrazo me recorra a lo largo de toda la columna vertebral. Me tenso de forma involuntaria cuando nuestras miradas se encuentran; es más que visible que experimentamos la misma tensión sexual.

—Nunca he dejado de pensar en ti —declara efusivo cercado con sus dedos el contorno de mi muñeca—. No puedes imaginarte cuanto me afectó tu marcha a Suiza. Recuerdo con claridad el primer día que te conocí. Era el recién llegado a un nuevo colegio. Mis padres atravesaban graves dificultades y yo, a pesar de mi corta edad, comprendí que lo último que

necesitaban era que me quejase de mi suerte. Así que no lo hice, dándoles a entender que cambiarme de país y de escuela no me suponía ningún drama. En realidad, estaba aterrorizado ante todos los cambios que se me echaron encima de la noche a la mañana.

Lo miro boquiabierto. Júnior parece realmente afectado y yo no sé qué decirle. Hace una breve pausa, toma un sorbo de agua mineral y sigue abriendo su corazón ante mí.

—Recuerdo que al llegar delante de la puerta de la clase me topé con unos niños que se peleaban entre ellos gritando fuertemente. No me atreví a entrar, el suelo de la clase se asemejaba a brasas encendidas para mí. Tampoco podía regresar, mis padres ya se habían marchado, así que me quedé apoyado en el marco esperando, aterrado, algún milagro que me sacase de ese bloqueo. Y fue entonces cuando llegaste tú. Ahora desde la lejanía lo veo cómo una aparición divina. Eras todo coraje, ímpetu y valentía. Me tomaste de la mano y pisaste junto a mí las brasas encendidas, sin importarte que esa lucha no te incumbía.

Es tan dulce y tierno que me entran ganas de abrazarlo. Sea lo que sea lo que pretende hacer conmigo va demasiado deprisa. Regreso a la realidad abandonando la nube donde estoy subida y rompo el contacto físico entre nosotros, apartando mi mano de la suya.

—Júnior, éramos unos críos y tú le das demasiada importancia. En realidad, no hice nada fuera del otro mundo, solo me limité a presentarte a los demás. El resto lo hiciste tú. Gracias por guardar unos recuerdos tan bonitos de mí, pero sinceramente, no me los merezco.

Ante mi muestra de humildad, él endereza la espalda en la silla y se mira las manos, pensativo.

—No fue la única vez que me salvaste de mí mismo —continúa su discurso y sus ojos abrasadores vuelven a buscar los míos—. Quiero que sepas que significas para mí un sueño hecho realidad. Algo que guardas en tu interior, con ganas, ilusión y esperanza. Estoy muy feliz de haberte encontrado.

¿Soy un sueño hecho realidad? ¿Para Júnior? Estoy demasiado perpleja para opinar sobre eso. *La femme fatale*, que normalmente cae rendida ante el primer cumplido, tampoco se lo cree.

Júnior, ajeno a mis desvariaciones, se lleva mi mano a los labios y la besa con delicadeza. Se me eriza el vello en el brazo al notar sus labios

acariciar el lugar donde late mi pulso. No son imaginaciones mías, Júnior me está seduciendo. Ha sacado la artillería pesada de los sentimientos profundos y ahora se lanza a actuar. Mi toma por sorpresa y no me quedan argumentos para frenar sus avances. La arrebatadora entrada de Júnior en mi vida se asemeja a un bombón relleno de crema de avellanas que, tras caer de improviso en mi boca, me pide saborearlo. Trato de contener las ganas de comérmelo pensando en las calorías, pero es superior a mis fuerzas resistirme. Ni yo ni nadie en mi lugar, tendría ninguna posibilidad de negarse a un tipo como él.

No sé si son imaginaciones mías pero en el reservado hace demasiado calor y mi mente comienza a nublarse. No me importa ya ni el banco, ni el trabajo, ni las grietas del tejado de mi casa. No quiero saber qué tipo de interés tiene Júnior en mí, porque no me creo del todo que fuera alguien tan importante para él. Es un guaperas de primera, un tipo en la cima del éxito, es imposible que albergue sentimientos hacia mí tras diez años sin haber mantenido ningún contacto. Sopeso la posibilidad de que se trate de una cuenta pendiente del pasado. Conectamos muy bien siendo niños; quizás, desea saber qué se siente al hacer el amor con una antigua compañera de clase. Todos los famosos tienen sus rarezas, y esa puede que sea la suya. Como fuera, decido dar pie a sus avances.

A la femme fatale le entusiasma la idea, no se opone a mi deseo de dejar que surja lo que tiene que surgir entre nosotros, pero mi conciencia se lleva las manos a la cabeza. Trata de llegar hasta mí deseosa de pararme los pies. No puedo dejarme llevar, sería un grave error.

Sonrío con amargura porque mi vida entera parece una sucesión de errores. Hace demasiado tiempo que no pienso en mí, nunca doy prioridad a mis deseos. ¿Qué tiene de malo hacerlo alguna vez? Mientras toda esa lucha se explaya a gusto en mi cabeza, mis barreras racionales se derrumban. Júnior me mira con deseo, su lenguaje corporal me habla, revelándome que anhela lo mismo que yo. No hay lugar para el cómo, cuándo, ni mucho menos, para las consecuencias.

No son necesarias las palabras, simplemente nos ponemos de pie y acortamos la distancia entre nosotros. Júnior posiciona las palmas de sus manos a los dos lados de mi cara y acerca su boca a la mía. Me va a besar y, aunque se me fuera la vida en ello, no tengo voluntad para pararlo. Contengo la respiración al sentir sus manos frías y algo temblorosas,

contrastando con sus labios, que parecen arder sobre las mías. Cierro los ojos extasiada y me dejo llevar por el suave contacto de nuestros labios. Nos besamos al principio con timidez, degustándonos dulcemente. Siento el sabor de Júnior en mi boca y me estremezco cuando su lengua penetra con firmeza a través de mis labios. Sus manos recorren con delicadeza el perfil de mi espalda, suben despacio y se enredan entre los mechones sueltos de mi pelo. Nuestros cuerpos se comprimen y me abrazo a él atraída por el calor que desprende su torso vigoroso pegado completamente al mío. Finalmente, Júnior, tiene algo más de coherencia que yo y aparta su boca de la mía. Remata nuestro primer contacto plantando un beso afectuoso en mi frente y sus dedos largos y fríos me acarician la mejilla con ternura. Me enloquecen los cambios de rumbo que me transportan de la ardiente pasión al dulce cuidado y siento que las piernas dejan de responderme, al borde del derrumbamiento. Hace demasiado tiempo que nadie me besa con esa intensidad ni me acaricia con tanta afecto. Soy yo la que cuida a los demás; de lo normal, la vida no tiene esos detalles conmigo. Tiemblo ante la cascada de sentimientos encontrados que recorren mi interior. Nunca, nadie me había hecho experimentar ese cúmulo de emociones, tan diferentes entre sí. Júnior por su parte, irradia felicidad, como si el beso que nos acabamos de dar fuera lo mejor que le ha pasado en mucho tiempo.

Tras este repentino contacto íntimo, las aguas vuelven a su cauce. Imagino que él se hace los mismos reproches que yo, ya que no da señales de querer llevar más allá los avances amorosos. ¿Entonces qué ha significado ese beso tan abrasador y pasional? ¿Por qué lo hizo? La *femme fatale* está confundida y bastante dolida. Una pequeña parte de ella piensa que no ha estado a la altura.

Júnior no tiene intención de dar nuestro encuentro por finalizado, se acomoda en su silla y retomamos nuestra charla amistosa. Comienza a hacerme preguntas sobre mi situación familiar y mi ausencia. Le contesto a medias porque mi vida no tiene nada destacable, es más bien aburrida y monótona.

Sus preguntas son cada vez más directas y personales, así que le doy algunos detalles sobre mi trabajo en BTT y le cuento por encima mi situación familiar. Llega la nota de pago a la que Junior pide que se le cargue en su cuenta. No acepta mi ofrecimiento de abonar mi parte. Aprovecho la interrupción y cambio con habilidad el foco de su interés y le

pregunto por su vida en Madrid. Esto me da un respiro ya que nos conduce de forma natural a hablar sobre antiguos compañeros y nos distrae del beso impulsivo que nos acabamos de dar.

Se hace tarde y debemos marcharnos; él tiene entrenamiento y yo necesito regresar al trabajo. He pedido tres horas libres, motivando ante mi jefe que las aprovecharía para acercar posturas con el señor Cros.

Y sí, he acercado posturas, pero corporales, en vez de comerciales. Dios, ni siquiera hice el intento de sacarle el tema. Y, sinceramente, no veo cómo podría hacerlo después de ceder ante sus encantos. Ya no soy la querida amiga que le pide un favor, ni soy la amante fogosa que, tras echar un polvo, se atreve a planteárselo.

Me acompaña hasta el lugar donde tengo aparcado el coche y, en el último tramo del camino, me toma de la mano. No es la primera vez que voy cogida de la mano con alguien; aunque, la sensación que me producen sus dedos al cerrarse en torno a los míos, es desconcertante, como si un asentamiento de mil mariposas emprendiese el vuelo al mismo tiempo en la boca de mi estómago.

«Necesito sexo», me consuelo a mí misma a modo de explicación ante el fuerte impacto que deja Júnior en mí. Llevo muchos meses sin acostarme con nadie y toda la tensión del trabajo me está afectando. ¿Si no, por qué narices me he besado con mi excompañero de primaria con el cual no me une ninguna relación?

Nos detenemos junto al coche y, para mi desconcierto, Júnior da la impresión de no querer separarse de mí. Ni yo misma sé de donde saco esas conclusiones tan disparatadas.

Me apoyo en el lateral del coche y Júnior se abraza a mí. Me toma por sorpresa al plantar un beso corto en mis labios.

Su actitud me confunde. ¿Me besa en pleno centro de Madrid? Nos pueden ver. Mejor dicho, lo pueden ver a él porque a mí no me conoce nadie. Parece totalmente fuera de sí, como si no le importara ni lo más mínimo la posibilidad de acabar pillado por algún paparazzi. Me pregunto si es así de descuidado y esta es su forma de comportarse con todas las chicas que le gustan. Entonces, ¿por qué apenas hay material de ese tipo en las redes sociales? He buscado «Júnior y novias» en Google sin encontrar ni una sola foto en este sentido.

—¿Te veo esta noche? —me pregunta con dulzura mientras me mira fijamente a los ojos—. Terminó a las ocho, una hora después podríamos cenar, si quieres.

Frunzo el ceño, extrañada. ¿Son las tres y quiere volver a verme a las nueve? No entiendo nada. Decido apartar de mi mente todo el desconcierto que me provoca su petición y pongo las cartas sobre la mesa.

—Júnior, ¿qué quieres de mí? Estuvo bien vernos para recordar viejos tiempos, pero deberíamos dejarlo allí. No tiene sentido lo que me acabas de pedir. Quedar de tanto en tanto, sería aceptable, vernos dos veces en el mismo día, es como mínimo, sorprendente.

Su gesto es indescifrable, puede significar cualquier cosa. Sonríe de esa forma ladeada, seductora que quita el sentido. El hoyuelo que se le forma en la mejilla izquierda me deja fuera de juego y no puedo hacer otra cosa aparte de admirarlo embobada. A plena luz del día sus ojos tienen unos matices espectaculares, brillantes cómo si fuesen plata líquida en movimiento y sus dientes blancos, armoniosos hacen un contraste delicioso con su tez morena. El pelo corto está un tanto alborotado por el viento y los rayos del sol hacen unos reflejos increíbles en los mechones castaños cortados a la moda. Y todo este espectáculo ocurre a pocos milímetros de mí. *La femme fatale* se desmaya de felicidad a cada cinco minutos pero yo no sucumbo ante sus encantos. Me mantengo firme colocándome sobre el rostro una máscara de protección. Si nuestro entorno fuese una selva salvaje yo sería el animal que sobreviviría más tiempo porque la vida me enseñó a ser dura cuando lo necesito.

—¡Cómo he extrañado esa mirada tuya inquisitoria! —declara con emoción en la voz—. En nuestra infancia me observabas del mismo modo cuando algo no era de tu agrado. Y me encanta que sigas queriendo encontrar el sentido a todo.

—No es mi intención encontrarle sentido a todo, Júnior, solo a las cosas que me afectan directamente. Y lo que acaba de pasar entre nosotros, me tiene intrigada. No logro comprenderte, por favor no juegues conmigo. Te recuerdo que no tenemos once años. ¿Qué quieres de mí? —Una ráfaga de aire desordena mi cabello y trato de ponerlo en su sitio apartándolo de la cara. Tras una breve pausa, añado en tono suave—: Nos hemos besado y eso significa que ya no estamos en el umbral de la amistad. Tampoco en el...

—Te quiero a ti —me interrumpe él, un tanto contrariado por no haberlo comprendido antes. Toda yo estoy enmudecida.

¿Qué me quiere a mí? ¿En qué sentido?

Él se aleja un paso de mi coche, dándome la oportunidad de abrir la puerta y montarme en el interior. Aturdida bajo un poco el cristal de la ventanilla y le hago un gesto de despedida con la mano, evitando mirarlo a los ojos. Titubeo antes de decidir qué dirección tomar. Pongo la primera marcha y sigo el camino recto. Cuando considero que me he alejado lo suficiente hago un vistazo al espejo retrovisor. Él no se ha movido de sitio, sigue de pie y al captar mi mirada me hace un gesto con la mano, señal de que me llamará.

10



El plan A cliente VIP

Llego a mi trabajo media hora más tarde y me dirijo de forma automática a mi cubículo, situado en el rincón más apartado del banco, compuesto por una mesa sencilla colocada entre dos paredes estrechas, iluminado por un gran foco que me cansa la vista y me hace lucir una mirada llorosa y enrojecida durante todo el día. No me apetece hacer nada, pero la montaña de seguros de vida sin tramitar apilada sobre mi escritorio, estimula mis sentidos. El rostro de Júnior se cuele entre los papeles esparcidos sobre mi mesa, pero trato de obviarlo. No puedo dejarme atrapar por sus dotes seductivas, aunque todos mis sentidos están alertos, deseando esa dulce persuasión. Cierro los ojos y revivo el pasional beso que nos dimos en el reservado de la cafetería. Me quedo en trance, hipnotizada y las últimas palabras que me dijo avivan mi fuego interno todavía más.

«Te quiero a ti».

Mis fantasías se esfuman al notar una mano posarse en mi hombro. Al no haberme percatado de ninguna presencia, me giro y me encuentro con el señor Ríos, quien me observa expectante.

—¿Y bien? —me pregunta ansioso—. ¿Qué pasó con Júnior?

Por un momento se me olvida la misión encomendada y me sorprendo ante su pregunta. ¿Cómo puede él saber lo que hicimos? Su mirada atenta hace que me reponga con rapidez y le contesto con la voz más serena que encuentre en las redecillas de mi memoria.

—Hemos almorzado juntos, todo controlado, señor.

Es obvio que mi respuesta no le satisface; entorna hacia mí sus astutos ojos del color de las castañas maduras y prosigue en tono interrogante:

—¿Lo tenemos, entonces?

—Todavía no, pero la reunión de hoy ha ido realmente bien. Seguro que en la próxima...

Ante mis insignificantes avances sus ánimos decaen de forma evidente, aunque el esfuerzo que hace en no recriminarme es visible, puesto que me necesita motivada. Cierra la carpeta que está sobre mi escritorio, añadiendo con amabilidad:

—Deja de perder tu tiempo con eso, pásale las tareas de ese tipo al señor Díaz. —La sorpresa cruza mi rostro al decodificar sus palabras. El señor

Díaz, no es ni más ni menos que el imbécil número uno que cree que no tengo posibilidades de ascender jamás más allá de empleada base—. Como muy pronto serás la nueva encargada Júnior, de ahora en adelante, los seguros le corresponderán a él.

Abro mucho los ojos porque dudo que al señalado, que por ahora es mi jefe directo, le apetezca, a estas alturas de su vida, hacer mis tareas. Y no quiero ni pensar en las consecuencias, en caso de que fracase en la misión asignada.

El señor Ríos se adelanta ante mi visible desconcierto y comienza a recoger las carpetas de mi escritorio, amontonándolas en una bandeja de plástico.

—Debes acostumbrarte a mandar María, es imprescindible para que puedas desempeñarte bien en tu futuro puesto. Tienes entre las manos una oportunidad de oro, no la desperdicies.

La presión que verte sobre mí es abrumadora. Aun cuando utiliza palabras amables que parecen hablar en mi favor, lo que realmente hace, es darme un ultimátum. Ante mi silencio da por terminada nuestra pequeña reunión.

—Esta vez yo lo haré por ti, tranquila lo de mandar es como ir en bici, al principio parece complicado, pero una vez que le has cogido el tranquillo, rueda solo. —Me sorprende que compare las dos cosas, a mi forma de ver, no tienen nada en común. No puedo no preguntarme si sabe ir en bici—. Ahora quiero que te pases por la secretaria y que pidas el plan A, cliente VIP. Luego acude a mi despacho para que te firme el contrato que te parezca pertinente.

No sé de qué me habla, es la primera noticia que tengo sobre ese plan, pero me abstengo de decírselo por si es algún paquete importante del banco que debería conocer. Asiento con la cabeza, como si entendiera a la perfección lo que me está pidiendo y me apresuro en cumplir la orden. Dios, parezco una necia de tanto confirmar con gestos. Hago el ademán de marcharme cuando pone su mano derecha en mi brazo, demandando mi completa atención.

—María, elije el paquete que más te guste, para un cliente como el señor Cros no hay restricciones. ¿Entendido?

—Claro, así lo haré, señor —le contesto con eficiencia, feliz de encontrar por fin mi voz. Camino apresurada en dirección a la secretaria, no quiero

estar cerca cuando el coordinador Sénior Experto le encargue a mi jefe directo que haga mis tareas. A la *femme fatale* le gustaría echar un vistazo, pero ni modo, tenemos cosas más importantes que atender, la diversión puede esperar.

La secretaría general del BTT queda situada en la planta quinta del edificio. En los cuatro meses que llevo trabajando nunca la he pisado, por lo que tardo un rato en ubicarla. La recepcionista que atiende detrás de un mostrador reluciente me recibe con gesto enfurruñado. Tiene más o menos la misma edad que yo y una presencia deslumbrante, es alta, rubia de hermosos ojos azules y viste con mucho estilo.

Tras indicarle el motivo de mi visita cambia su semblante y me sonrío con admiración; al parecer, ese dichoso paquete es bastante poderoso. Me invita con cortesía a acomodarme en un moderno sillón de terciopelo, color menta y me ofrece un café. El lugar es pulcro y ordenado y huele a una suave combinación de azahar y rosas blancas. Una música relajante acaricia mis oídos haciéndome la espera más que agradable.

Mientras aguardo, contemplo los techos altos, relucidos, los grandes ventanales por donde la luz entra a raudales, sintiendo un poco de envidia al comparar ese hermoso entorno con mi rincón oscuro y húmedo dónde paso las siete horas de trabajo diarias.

—Señorita Medina, ¡felicidades! —me saluda una mujer de unos cuarenta y tantos que aparece de la nada. Tiene un porte majestuoso, salta a la vista que tiene un cargo importante. Viste de manera impecable con un traje chaqueta de color claro. Me tiende una mano aristocrática, de largos dedos y manicura pintada en suaves tonos pastel, a la que yo estrecho con determinación—. No sabía que te ascendieron tan pronto.

Me ruborizo y me apresuro en aclararle mi estatus.

—Todavía no lo han hecho. Confío en ganármelo pronto.

—Seguro que sí —me anima ella, sonriéndome con afecto—. Si vienes a por el plan A cliente VIP, es que te han asignado un cliente extremadamente importante. Toma, aquí lo tienes.

Me entrega una carpeta abultada, recogido entre unas portadas de plástico, de un atrayente color dorado.

—Bueno, el cliente «asignado» —hago la señal de entrecomillado para aclarar la situación—, todavía no pertenece a nuestro banco. Debo convencerlo —aclaro, un tanto cohibida. Siento, como si de algún modo

todos los empleados del banco se han confabulado para presionarme. No me gusta recibir halagos inmerecidos.

La secretaria levanta una ceja bien dibujada y su pequeña frente se ondula ligeramente ante mi azoramiento.

—Ofrécele el plan A, variante cuatro —me aconseja en tono profesional antes de dar nuestra pequeña reunión por terminada—. Mucha suerte, señorita Medina —me desea antes de despedirse.

Le agradezco su consejo y me apresuro a regresar a mi escritorio para hojear el expediente. Me muero de curiosidad por saber en qué consiste el dichoso plan.

Es casi de noche cuando abandono el banco, puesto que destripar la variante A cliente VIP ha costado varias horas de trabajo. No es de extrañar que no supiera lo que es, en la facultad nadie te menciona tales tretas comerciales.

Si alguien me hubiera preguntado en qué consistía este plan, hubiese contestado: es un paquete de medidas necesarias para respaldar un acuerdo comercial significativo entre el banco y un potencial cliente importante. No obstante, a mi forma de ver la vida, el dichoso plan no es otra cosa que un soborno. El refrán que dice «el dinero se junta con dinero y los piojos con otros piojos» nunca me ha parecido más acertado.

El plan A Cliente VIP radica en un ofrecimiento por parte del banco de varias opciones para que un cliente importante traiga sus ahorros y sus ingresos a esa entidad. Hay varios escalones, siendo el VIP el más alto. En base a esto le puedo ofrecer a Júnior una mansión para vivir por tiempo ilimitado, a su libre elección de las cuatro disponibles además de un coche y un paquete vacacional, o una renta mensual, pactada entre ambas partes, completamente gratis. A cambio él tendría que depositar en una cuenta BTT diez millones de euros o más y comprometerse a una permanencia de al menos cinco años.

Con los deberes aprendidos abandono el banco, animada. El Plan A, aun cuando no es santo de mi devoción, es una buena moneda de cambio para atraer a clientes importantes y la posibilidad de tener la cuenta de Júnior me parece cada vez más cercana. Me prometo a mí misma sacarle el tema a la primera oportunidad que tenga. Con esa oferta entre manos, todo se reduce a un simple intercambio comercial, no tengo por qué hacerme molestos juicios de conciencia.

Llego a casa y me ocupo de mi madre que, según la señora Olga, ha pasado un mal día. Tras muchas insistencias, logró alimentarla con un poco de guisado de patatas y algo de fruta antes de volver a refugiarse en su mundo. Últimamente ha dejado de hablarme, se queda mirándome de un modo vacío, como si no me reconociera. Intento no pensar demasiado en ello, para que no me afecte a nivel emocional, aunque me duele su completa falta de atención y cariño hacia mi hermano y hacia a mí. Hago malabares para mantener nuestra pequeña familia en equilibrio con mi madre sumida en un mundo y John en el suyo. Es un peso importante que sobrecarga mis hombros, quitándome las pocas ilusiones de tener algún día una vida normal, en donde al regresar a casa del trabajo le importase a alguien como me fue.

Mi hermano contesta de forma monosilábica a las preguntas rutinarias que le hago y después de cenar una ensalada de pasta me refugio en mi dormitorio para pensar. Son las nueve pasadas y siento decepción al ver que Júnior no me llama ni me envía mensaje alguno.

Trato de consolarme haciéndome la dura, pero cuando las manillas del reloj marcan las diez de la noche estoy tan tensa que me duelen hasta las pestañas de tanto pensar en él.

La *femme fatale* no se atreve a salir de su escondite y mi conciencia me mira con altanería, mandadme un mensaje en mayúsculas del tipo: «Te lo dije».

A las diez y cuarto me dejo vencer por la impaciencia y marco su número. Me niego a escuchar la voz chillona de mi razón cuando me salta el contestador de voz.

11



El trato

El entrenamiento de hoy no parece tener fin. Estoy ansioso por marcharme por lo que mi concentración vive sus horas más bajas. Me he equivocado en algunos pases, incluso he fallado un penalti. Mis compañeros observan callados mi falta de motivación y tratan de facilitarme el juego. No da resultado puesto que, a cada rato, dejo de prestarles atención para centrarme en el gran reloj electrónico que marca la hora desde un panel iluminado colocado en el campo. Cuando son las ocho, hora de finalizar, me entran ganas de gritarlo a los cuatro vientos. Todas y cada una de las terminaciones nerviosas de mi ser parecen vibrar ante las expectativas del futuro luminoso que se abre ante mí. No pienso en otra cosa que no sea llegar a los vestuarios para llamar a María y escuchar su voz. De pronto mi vida ha cobrado sentido, ya no soy un alma mecida por el viento, una hoja de roble que flota a la deriva, según la dirección del viento. Por primera vez en mucho tiempo destrono mi pasión por el fútbol y la relego a un muy honorable segundo puesto.

Para mi fastidio la ley de Murphy se cuele en mi glorioso presente para amargarme la existencia. Mi entrenador, el Tito, como lo llamamos cariñosamente, quiere darnos una charla motivadora sobre los deberes y las responsabilidades de un futbolista de élite. No puedo escabullirme y por lo tanto debo retrasar mis planes. Lo escucho a medias con la vista pegada en el reloj. Las ocho y veinte. Mi nivel de tensión es bastante elevado, finjo prestarle atención aun cuando mis pensamientos están vagando por otros rumbos, reviviendo el beso de la cafetería. Fue tan precioso, natural y burbujeante como me lo imaginé a lo largo de los años. Fue perfecto. Y me muero de ganas por repetirlo. Ella todavía no comprende lo que significa para mí ni sabe que es la mujer de mi vida.

A las nueve menos cuarto, Tito deja de darnos la lata y abandonamos el campo. Me dirijo a mi taquilla y, para mi sorpresa, la bolsa de aseo personal y las demás pertenencias no están donde las había dejado. Reclamo la presencia del responsable, que aparece ante mí colmado de preocupación y comienza las averiguaciones pertinentes. Un cuarto de hora más tarde me informa que alguien me las robó.

—Lo siento mucho, Júnior, el recinto está protegido, hay cámaras por todas partes, no me explico quién pudo haber entrado.

Está realmente angustiado por la situación y, aun cuando este nuevo retraso fastidia mis planes, le resto importancia al asunto y tranquilizo al hombre que no sabe dónde meterse de lo mal que lo está pasando. No me preocupa el terminal, tengo varios de reserva en casa, lo que me tiene angustiado es que no cumpliré mi promesa de llamar a María.

Sobre las diez de la noche, con la ayuda de mi jefa de prensa, Flavia, que a pesar de la hora tardía y los inconvenientes, se encargó de obtener un duplicado de tarjeta, tengo el teléfono funcional pero mi mala racha aún no se da por finalizada. Al parecer, en la noche anterior guardé el teléfono de María en la memoria del móvil y no en la tarjeta SIM, así que en base a esto, no puedo llamarla porque he perdido su número.

Me siento imbécil. No, rectifico, imbécil es poco para la poca estima que me tengo ahora mismo. Gasto mi último cartucho y le escribo un mensaje por Instagram pero no recibo ninguna respuesta. Enfadado conmigo mismo, me doy una ducha rápida y me tumbo en la cama vencido por el cansancio.

Al día siguiente me levanto temprano. Compruebo el móvil y me desanimo al no encontrar noticias de ella. Necesito hacer algo al respecto así que, nada más vestirme y desayunar, me dirijo hacia el banco BTT, donde me dijo que trabajaba.

Mi actitud es un tanto ansiosa, la razón me aconseja esperar aunque la simple posibilidad de que interprete mi silencio como una falta de interés me aterra. Lo último que me apetece tras el esfuerzo que me costó encontrarla, es volver a perderla. O que no se tome en serio mi interés por ella.

Llego al banco alrededor de las once de la mañana. Sé lo arriesgado que puede llegar a ser presentarme en hora punta en un lugar abierto al público, pero lo hago de igual modo. Me coloco alrededor del cuello una bufanda a juego con mi camisa vaquera y agacho en todo momento la mirada. De todos modos, llevo poco tiempo en Madrid y mi rostro no es muy conocido todavía. Rezo para mis adentros para que no me encuentre con ningún aficionado merengue al tiempo que hago cola delante de la recepción como cualquier otro cliente normal. Llegado mi turno pido con calma reunirme con la señorita María Medida por un tema personal. Para mi alivio, la recepcionista garrapatea mi nombre en un papel de forma automática sin

darle ninguna importancia y hace la llamada correspondiente. Me indica con un gesto que me sienta en una sala habilitada para este fin y obedezco, contento por no haber despertado el interés de los presentes.

Un tiempo después, escucho unos pasos acercarse. Un hombre trajeado, pasado de los treinta, de escasos cabellos rubios y mirada inteligente entra en la sala y cierra la puerta a sus espaldas. Me sonrío con cordialidad estrechándome la mano en actitud amistosa y se presenta como el señor Andrés Ríos, manager Sénior Experto.

—Señor Cros, ¡qué alegría verlo por aquí! —exclama como si nuestro encuentro fuese de lo más deseado. Imagino que no se le escapa el detalle de mi cara que está totalmente desencajada, no conozco a este hombre de nada ni comprendo su efusión—. No se quede allí sentado, pase a mi despacho por favor. Habednos avisado de que vendría, le hubiésemos facilitado la entrada por la puerta VIP.

Lo miro atónito, no logro relacionar sus palabras ni conmigo ni con el propósito de mi visita. El hombre abandona la estancia pidiéndome que le acompañe. Avanza con paso decidido y yo le sigo confuso. Tras doblar una esquina, abre la puerta de un enorme despacho soleado de techos altos y grandes ventanales que dan a la calle principal. Me invita con un gesto cortés a entrar y me ofrece una silla para sentarme. Su comportamiento es de lo más extraño, lo único que acude a mi mente para justificarlo es que se ha equivocado de persona. Decido sacarle del error cuándo lo observo acercarse a un pequeño bar que tiene habilitado en un rincón de su despacho.

—Me temo que se ha confundido de persona —le comento, deseoso de poner punto final a aquella extraña situación—. No sé quién es usted, estoy aquí porque necesito hablar con la señorita María Medina. Quizá la recepcionista no ha tomado bien la nota...

El señor Ríos, lejos de dar nuestro encuentro por terminado, me sonrío servicial al tiempo que asiente como si fuese el narrador de la historia y yo un simple personaje sin voz ni voto.

—No se preocupe, ella vendrá si no quiere cerrar el trato directamente conmigo, como ya le dije soy el manager...

¿El trato? ¿Qué trato?

Frunzo el ceño contrariado, mi nivel de ansia se eleva de modo fulminante. Me quito la bufanda con gesto brusco y le contesto con toda la

educación de la que soy capaz, dadas las circunstancias:

—Señor...Ríos, no sé de qué habla. Mi único objetivo es ver a María, por un tema personal. Si es mucha molestia, ahora que estamos en horario laboral, esperaré...

El hombre parece, de pronto, acobardado. Levanta la mano derecha haciendo una seña tranquilizante y, mostrándome una mueca amistosa, prosigue:

—Entiendo. Quiere que la señorita Medina se ocupe de usted en persona. Muy bien, la llamaré ahora mismo —claudica y, acercándose a su escritorio, pulsa un botón que le comunica con su secretaria a la que le pide que avise a la aludida.

Sus palabras son sorprendentes, hasta al punto de no tener sentido. ¿Que yo quiero que ella se ocupe de mí? Pues claro que quiero, pero seguramente no del modo que ese hombre imagina.

Mientras esperamos la llegada de María se instaura un profundo e incómodo silencio entre nosotros. Yo no tengo nada que decirle y él parece agobiado ante mi presencia. Se mueve de un lado para otro indeciso, provocándome dolor de cabeza con su nerviosismo. Me masajeo la sien, deseoso de quitarme de encima a este personaje insólito. De pronto me mira atento, es evidente que una idea nueva ha iluminado su cerebro. Se interesa con exagerado entusiasmo si deseo tomar algo:

—¿Una copita de cava?

¿Este hombre bromea? ¿A las once de la mañana? Mi asombro es tan evidente que asiente con la cabeza, señal que ha comprendido mi rechazo sin necesidad de palabras. Observa con atención el interior de su pequeño bar y añade en tono servicial:

—¿Coca-Cola, tal vez?

—Gracias, pero no tomo bebidas con gas, ni mucho menos alcohol, por la mañana.

Esta situación comienza a ponerme nervioso de verdad. El señor Ríos me mira de reojo y sigue en su empeño de ofrecerme algo, aunque no sabe muy bien el qué. Decido echarle una mano para dar por finalizada esa extraña cortesía, de la que sé por propia experiencia que no me libraré si no queda satisfecha.

—Le agradecería un vaso de agua mineral —le pido con educación. Al instante la cara del manager Sénior resplandece y, cogiendo una botellita de

plástico de una estantería, me la ofrece, aliviado.

Escuchamos un golpeteo y, acto seguido, aparece en el marco de la puerta el rostro serio de María. Viste un pantalón clásico de color azul marino combinado con una camisa blanca, impecable. Lleva el pelo recogido en una larga cola de caballo y los mismos pendientes infantiles del día anterior. Se queda boquiabierta cuando sus ojos se encuentran con los míos. Está tan sorprendida de verme sentado enfrente de su jefe que no es capaz de reaccionar.

—María, pasa por favor —la invita el manager con amabilidad—. El señor Cros desea cerrar el trato contigo, así que os dejo para que ultiméis todos los detalles.

A pesar de tener el pelo negro intenso, su tez es blanquecina, y en este instante, luce mortalmente pálida. Rehúye mi mirada y asiente soltando unas palabras ininteligibles. Su jefe se marcha y me entran ganas de cantar «bingo», ya que no veía la hora de quedarme a solas con ella.

¿De qué trato estaría hablando su jefe? No tengo ni la menor idea.

Recuerdo el motivo de mi visita y me pongo de pie, deseoso de explicarle mi ausencia de la tarde anterior.

12



Doble confusión

—Lo siento —decimos los dos al mismo tiempo, tras unos instantes incómodos en los cuales no sabemos por dónde cortar el hielo.

Ella levanta una ceja, desconcertada y yo la contemplo con gesto interrogante. Estamos de pie, a escasos metros el uno del otro. Puedo oler su perfume, una mezcla de flores frescas que me atrae como un imán. Me reprimo las ganas de tocarla porque el gesto serio de su cara me invita a ser prudente. Me pregunto si está enfadada por no haberla llamado, así que me apresuro en explicarle la situación.

—Siento no haberte llamado anoche —aclaro la parte de *mea culpa*—. Me robaron el móvil en los vestuarios mientras entrenaba. Por eso...

—Júnior, no debiste molestarte en venir hasta aquí. Lamento que te quedarás sin móvil. ¿Quieres tomar algo? Veo que mi jefe ya te ha ofrecido agua. Siéntate por favor.

Me habla con educación, a todas luces, trata de retomar el control de la situación. Por alguna razón que solo ella conoce está tensa y en guardia cómo si mi presencia le hubiese provocado un inconveniente.

Al momento llega a mi mente un pensamiento venenoso que hace que el corazón me dé un insólito vuelco en el pecho. Su actitud distante es clara señal de que no se alegra de verme. Mi impetuosa visita no está interpretada como una acción romántica, bien intencionada, sino todo lo contrario. Puede que esté saliendo con alguien de la oficina, quizá el mismísimo señor Ríos. Cegado por los celos tomo en cuenta la posibilidad de que el corazón de María no esté libre y la simple eventualidad me aterra.

Tomo asiento pensativo. Si el corazón de María está ocupado todos mis sueños, que protejo y cuido como si de un cáliz sagrado se tratase, se desmoronarían como un castillo de naipes.

Ella se acomoda en el sillón de su jefe y deja sobre la mesa un expediente voluminoso que no me había percatado que sostenía en la mano.

—Siento que te hayas enterado de este modo —dice, tras un instante de silencio. Golpea con el dedo índice la superficie lisa de la carpeta y en su rostro se aloja una expresión de pesar—. Tenía intención de contártelo estos días, solo estaba esperando el momento adecuado.

Ya está, lo acaba de reconocer. Tiene a otra persona en su vida. Esa inesperada evidencia provoca una profunda herida en mi interior. La miro resentido aun cuando sé que no tengo ningún derecho de recriminarle. María es importante para mí aun cuando yo no lo soy, ni lo he sido nunca para ella. Es una mujer independiente, dueña de su vida, no está obligada a corresponder a mis sentimientos por muy intensos que fueran. Un silencio tenso se instala entre nosotros.

—Entiendo —acepto mi derrota, abatido.

Ante mi decaimiento, ella se levanta de su asiento y se acerca a mí. Parece mortificada. Apoya su cuerpo en el borde de la mesa y me mira fijamente, con una mezcla de deseo y desolación.

—No te estoy utilizando, si eso es lo que piensas. El día de tu presentación te vimos por la tele y les dije a mis superiores que te conocía. Una cosa llevó a la otra y me pidieron...

—¿Qué?! —exclamo perplejo—. ¿De qué hablas?

Ahora la confundida es ella. No sé por qué pero intuyo que algo bueno se avecina, noto la buena energía flotar en el aire. Está tan cerca de mí que no puedo evitar cogerle la mano. Su muñeca estrecha y delicada huele a una intensa fragancia floral.

La noto tensarse, aunque no retira su mano. Me mira a los ojos con franqueza y exhala el aire retenido en sus pulmones.

—Creí que mi jefe te lo había contado. Me encomendó la misión de convencerte para que seas nuestro cliente. Uno VIP, por supuesto —añade ruborizada y retira su mano de entre las mías—. No sería gratuito, nuestro banco posee un paquete muy atractivo para estos casos. Aquí tengo el...

—¿Que qué?

Paso en cuestión de minutos por los altibajos propios de una montaña rusa. No sé si lo que me acaba de contar me alivia o me afonda más en mi burbuja de infelicidad. Otro pensamiento viperino me asalta para rematar mis dudas: no te buscó porque deseara verte, lo hizo por puro interés. Soy incapaz de saber cuál de las dos situaciones me produce más amargura. Las palabras de mi padre llegan a mis oídos y, aunque trato de obviarlas, me infligen daño de igual modo:

«A lo largo del camino se acercarán a ti muchas personas y la mayoría lo harán por interés. Algunas veces, querrán tu influencia, otras tantas, tu dinero o tus contactos. Debes estar preparado y no dejarte engañar».

La posibilidad de ser para María un «interés comercial» me toma por sorpresa. Lo aceptaría de cualquier otra persona pero no de ella. La tengo subida en un pedestal, mi María perfecta que ocupa mis pensamientos desde la infancia. Por unos instantes dejo de mirarla. No estoy enfadado, aunque sí dolido. Recuerdo el beso y me siento con derecho de reclamarle.

—Ayer en la cafetería correspondiste a mi beso —le reprocho con voz calmada al tiempo que la contemplo con insistencia—. ¿Por qué lo hiciste? ¿Formaba parte de tu plan para convencerme?

Su cara adquiere al momento el tono de una remolacha madura. Traga con dificultad, visiblemente afectada, aunque me sostiene la mirada con valentía. Estamos los dos tensionados y la potente atracción sexual que hay entre nosotros se hace evidente. Me acaricia la mejilla con delicadeza.

—Tienes razón en estar enfadado, desde tu punto de vista, el asunto se ve feo. Pero te aseguro que, en realidad, no lo es. Te iba a comentar la propuesta en cuanto tuviera oportunidad. No era plan de presentarme ante ti y soltarte el rollo del banco. Fue agradable revivir viejos tiempos, me sentí cómoda en tu compañía. Si no hubiera surgido... el beso, te lo habría contado. Si te besé fue porque no supe resistirme. Sabes tan bien cómo yo que fue una atracción repentina, algo que no pudimos controlar.

Sus palabras me reconfortan aunque las dudas persisten en mi mente. Sigo callado y me limito a observarla fijamente. Noto un remolino de nervios en la boca de mi estómago y los ojos me arden por la intensidad del momento.

—Yo no beso a cualquiera e imagino que tú tampoco. Eres especial para mí, me gustaría saber si lo soy yo para ti.

El rostro de María resplandece, no hay duda que mi declaración de intenciones ha sido de su agrado.

—Desde ayer no paro de darle vueltas a todo, la buena química que hay entre nosotros, lo que he sentido al besarte... Sé que es una locura, nos acabamos de conocer, como quien dice, pero me siento... cómo si fuéramos... me siento atraída por ti —declara con determinación y, esta última afirmación, hace que me eleve un par de centímetros sobre la superficie del suelo.

Apenas doy crédito a sus palabras. Mi historia con ella no habita solo en mi cabeza sino que tiene perspectivas de futuro. ¡Se siente atraída por mí! Lo repito un par de veces en mi mente para que se me quede grabada para

toda la eternidad. La desconfianza se borra de mi corazón llevándose con ella todas las dudas que pude albergar. Dejamos de estar tensos y nos sonreímos. María cubre mis mejillas con sus manos que son frías al tacto y me provocan una quemazón en la sangre. Cierro los ojos cuando sus labios suaves y dulces se posan sobre los míos. Mis ojos cerrados hacen que los sentidos se me multipliquen. Nos besamos con lentitud, contenidos y con delicadeza, felices por haber superado nuestro primer bache. Las llamas del infierno quedan atrás y la agradable brisa de la dicha se vierte sobre nosotros. Necesito sentirla y abrazarla por lo que me pongo de pie sin despegar los labios de los suyos y la atraigo hacia mi cuerpo. Ella responde a mis avances entregada. Mis dedos rozan su cuello y mi lengua acaricia el interior suave e húmedo de su dulce boca. María se abraza a mí y hunde las manos en mi pelo. El beso se vuelve cada vez más pasional, tanto que nos olvidamos del lugar donde nos encontramos.

La realidad se impone y nos separamos con pesar. Los labios hinchados de María y su cabello alborotado le ofrecen un aspecto delicioso. Se arregla el pelo con rapidez y se alisa con la mano su camisa arrugada debido a nuestro reciente abrazo. Se le ve distraída, se esfuerza en regresar al estatus de empleada eficiente de minutos atrás. En cuanto lo hace, decido preguntarle por el ofrecimiento del banco.

—Ahora que las dudas han quedado aclaradas, cuéntame de que va la propuesta —le pido de buen humor. Estoy burbujeando por dentro, sé que si me pidiera la luna, se la regalaría sin dudar. Si está en mi mano hacerle un favor ¿por qué no?

—Júnior, tal vez no sea buena idea mezclar un beso con un trato comercial —me pide, insegura.

—Déjame a mí que lo decida, por favor.

La sombra de la palabra «interés» permanece en mi cabeza pero la ahuyento y presto máxima atención a la explicación que me ofrece.

13



El oro atrae más oro y los piojos más piojos

—¿Podemos visitar las casas ahora mismo? —se interesa Júnior nada más terminar de revisar la información relativa a las propiedades. Está tan exaltado que me contagia con su entusiasmo.

No se me ocurre un plan mejor que abandonar el banco en plena hora punta y dar una vuelta por Madrid con Júnior en busca de su casa perfecta. Hago una llamada rápida a mi jefe y le informo que el señor Cros desea visitar las tres propiedades incluidas en el plan A. Es buena señal porque estamos dando los primeros pasos hacia nuestro objetivo. Si alguna de esas viviendas fuese de su agrado y se la quedase, se convertiría de forma automática en nuestro cliente. Esto se traduciría en prosperidad y renombre para BTT, puesto que el capital del banco se vería incrementado con al menos diez millones de euros. También habría, a la larga, un aumento de clientes adicionales ya que muchos aficionados tienden a copiar detalles de la vida de sus ídolos y, con seguridad, querrán depositar el dinero en el mismo lugar que Júnior.

El oro atrae más oro y los piojos más piojos, es así de simple y de eficaz.

No quiero acariciar todavía el éxito que parece asomarse por todas las esquinas, aunque no hago daño a nadie visualizándolo. Si Júnior se convierte en mi cliente, daré un empujón inmenso a mi carrera. Los responsables del banco me subirían de categoría, me incrementarían el sueldo y tendría un sinfín de beneficios adicionales, como dietas pagadas, días libres, vehículo de empresa y respeto. Me convertiré de la noche a la mañana a en la jefa de mis cinco jefes directos. Ante esa última posibilidad *la femme fatale* se eleva a las nubes y, por ahora, no da señales de querer regresar a tierra firme. Todo parece ir sobre ruedas aunque, por ahora, son simples especulaciones, no hay nada definitivo. La llave de mi éxito la tiene Júnior y, aun cuando hubo algo de confusión y desconfianza entre nosotros, parece haberse quedado en el olvido.

Unos minutos más tarde recibo la autorización pertinente junto a las llaves de las tres propiedades que queremos visitar. Mi superior me da el resto del día libre para ponerme a la completa disposición del cliente, o sea, el guaperas de Júnior, que hoy parece sacado de una revista de moda masculina, con su moderno pantalón caqui, su cinturón de cuero color

canela y su camisa vaquera un poco remangada y bien ajustada sobre su torso perfilado. Intento no dejarme enredar por sus danzarines ojos grises que no pierden la oportunidad de conectar con los míos, cada vez que se le ofrece la ocasión.

Una vez obtenido el beneplácito de mi jefe, abandonamos BTT por una puerta trasera y nos sentimos como dos estudiantes que hacen novillos en el colegio. Cogidos de la mano recorremos la distancia existente entre el banco y el coche de Júnior aparcado en las proximidades, un reluciente deportivo de color gris plateado y ponemos rumbo a la propiedad de Las Rozas.

«No te ilusiones demasiado», me aconseja mi conciencia, celosa de mi felicidad. No le hago caso, estoy cansada de ella y de sus sermones. Por una vez en mi vida quiero lanzarme a la piscina, arriesgarme, jugármelo al todo o nada... Y sobre todo, anhelo vivir el momento. La felicidad toca todos los días a las puertas de la gente, se disfraza de amor, dinero, éxito, quizás ha llegado la hora de que toque por fin a la mía. ¿Qué tendría de malo si las cosas fuesen fáciles para mí alguna vez? Es posible que el universo, en su inmensa sabiduría, tenga un listado de personas pendientes a las que regalarles un poco de felicidad. Quizás haya llegado mi turno. Estos pensamientos benévolos hacen que me llene de buenas vibraciones y mi positivismo se respira en cada poro de mi piel.

El sol brilla con intensidad en lo alto del cielo y una imaginaria canción de amor suena en mi cabeza. Júnior baja la capota del vehículo y reímos encantados cuando el aire nos abraza y nos revuelve el pelo y la ropa, debido a la brisa. Conduce relajado, manipulando el volante únicamente con su mano izquierda, teniendo a la otra enlazada con la mía. Sé que debería reprenderle por conducir de ese modo pero la calidez de su mano sobre la mía es tan placentera que me mantengo callada, disfrutando de ese increíble relámpago que vivo a su lado.

Júnior me sonrío mientras estamos parados en un semáforo. Una rubia impresionante detiene el vehículo a su lado y lo mira con insistencia por encima de sus llamativas gafas de sol, pero él no le presta ni la menor atención, hecho que llena de dulces mariposas la boca de mi estómago y hace que *la femme fatale* se alimente de una buena dosis de autoestima. Le devuelvo la sonrisa tan entusiasmada como él y me quito la chaqueta. Analizo de forma disimulada la camisa que llevo por debajo y me relajo al

advertir que por suerte está planchada y el impecable color blanco me sienta realmente bien. Es mediodía y, aun cuando estamos en pleno invierno, el sol brilla en todo su esplendor y la temperatura es agradable. De fondo sueña la voz desgarrada de un conocido cantante de rock, que se afana en coger el tono más alto acompañado por los acordes estridentes de una guitarra eléctrica.

Cuando el color del semáforo cambia a verde, reanudamos la marcha y nos deslizamos por la carretera en una sucesión de curvas y camino llano. El sol me hace agradables cosquillas en la cara por lo que me protejo con mis gafas de sol y hago un pequeño resumen de mi segundo día pasado en compañía de Júnior. Contra todo pronóstico mi propuesta comercial ha llamado su atención puesto que necesita una casa.

—Los próximos cuatro años, como mínimo, viviré aquí en Madrid. No es mi sueño permanecer para siempre en un hotel. Lo hago por ahora porque nadie de mi familia puede acompañarme para buscarme un hogar y, solo, no me apetece hacerlo.

Me cuesta creer que hable en serio; intuyo que se disfraza de necesidad para ponérmelo fácil. Me convence a medias pero doy su explicación por válida. Aunque a las mujeres nos cueste comprender el carácter simple y sin complicaciones de los hombres, de tanto en tanto, debemos aflojar la presión que ejercemos sobre ellos. La mayoría de las veces, los hombres dicen justamente lo que piensan y, nosotras, nos pasamos la vida tratando de destripar sus palabras. Júnior vive solo en Madrid, acaba de aterrizar como quien dice, es lógico que se tome las cosas con tranquilidad. Además, él es así, no le resulta del todo fácil adaptarse a entornos nuevos. Me visto con mi traje de ejecutiva base y le ofrezco el plan A cliente VIP, variante 4. Por el momento no quiere un coche, ya posee un deportivo y un todoterreno, no le interesa viajar ni quiere una bonificación económica pero acepta de inmediato ver las tres propiedades incluidas en dicho acuerdo. Miramos las ubicaciones y los detalles correspondientes a cada propiedad y las tres viviendas encajan con sus exigencias: están situadas en urbanizaciones de lujo, cuentan con seguridad privada y con suficiente terreno para ofrecerle privacidad. Una de ellas se convierte en mi favorita puesto que está situada en *Las Rozas*, una urbanización ubicada a tan solo veinte minutos de mi casa.

¿Y tú por qué quieres que viva cerca de ti?, me reprendo tan pronto como advierto el rumbo de mis pensamientos. Vale, nos hemos dado un beso, admito que fueron dos, pero esto no significa que deba ilusionarme. Solo conozco el envoltorio de este hombre... es brillante, atrayente, deseable, aunque no tengo ni idea de cómo es por dentro, qué tipo de persona es. No te tires a la piscina si no sabes nadar, jovencita, me aconsejo una voz en mi cabeza a la que finjo no escuchar.

Hay poco tráfico por lo que llegamos a nuestro destino sin mayores complicaciones. Desde fuera, podemos parecer una pareja de recién casados en búsqueda de su hogar. Júnior aparca su esplendoroso deportivo en la puerta de la propiedad y hacemos el resto del camino a pie contemplando curiosos el exterior de la misma. Una gran pared de piedra cincelada, cubierta por una muralla de hiedra perfectamente cortada, nos impide ver el interior. Es buena señal porque Júnior ve en ese detalle una muestra de privacidad.

Abro la puerta de hierro con algo de dificultad y rezo para mis adentros para que la casa no esté demasiado descuidada ya que el informe dice que lleva al menos un año desocupada. No lo digo en voz alta pero me gustaría que fuera del agrado de Júnior ya que de este modo vivirá cerca de mí.

Ante ese deseo oculto, mi conciencia despierta de golpe. Está malhumorada, se siente desatendida. Yo que nunca doy un paso, sin antes consultárselo, llevo veinticuatro horas pasando olímpicamente de ella y de sus sermones. Me escanea de arriba abajo lanzándome una larga lista de señales de interrogación. Por ahora me niego escucharla. Sé que más tarde, en cuanto estemos a solas, se explayará a gusto conmigo. Me señalará los errores cometidos y me castigará con duros juicios de sabiduría. Me dirá grandes verdades a la cara y puede que hasta me haga llorar. Pero todo esto ocurrirá después.

Accedemos al interior del recinto y recorremos con paso lento la importante distancia que hay entre la entrada y el edificio de cuatro plantas, tratando de quedarnos con todos los detalles.

Estudio rápidamente la ficha del inmueble y me visto con el traje de comercial inmobiliaria, dispuesta a impresionar a mi cliente, quien parece más interesado en contemplarme a mí que los alrededores.

«Tú flipas, María».

Mi conciencia saca humo por las orejas, deseosa de bajarme de mi ola de fantasía. No sé ni yo misma de dónde saco el valor para ignorarla. Ella es la sabia, la que rige mi vida con mano de hierro, desde que tengo edad para razonar me tiene encerrada en un círculo de responsabilidades que ni puedo ni debo obviar. Nunca me dejó libertad para elegir. Y lo que es más desconcertante es que jamás me rebelé ni traté de evadirme. Hasta ahora.

Regreso mi atención a Júnior y le explico las características principales de la casa. Tiene una nada despreciable superficie de setecientos metros cuadrados construidos sobre parcela y dos mil metros más dedicados a un espectacular jardín que está en la actualidad un tanto descuidado. El informe del registro de la propiedad revela que la vivienda es de reciente construcción, habiendo pertenecido por un periodo de dos años a un famoso actor que la entregó al banco como parte de sus deudas. La mansión impone con su altura, es una edificación clásica construida en líneas rectas y simétricas, de fachada blanca y elegantes acabados en tonos oscuros. Dispone de cuatro dormitorios, aunque cuenta con la posibilidad de ampliar su número, cinco baños, salón, cocina y una preciosa sala de fiestas.

—Entonces, me puedo quedar con la casa si deposito en vuestro banco al menos diez millones, ¿lo he entendido bien? —se interesa Júnior, tras mi informe exhaustivo de agente inmobiliaria en acción. Observo que sus ojos brillan encantados, muestra previsible de que le satisface lo que está viendo.

—Sí, podrás vivir aquí el tiempo que decidas ser nuestro cliente, para siempre si así lo consideras. No obstante, te darán la posibilidad de comprarla y marcharte algún día, si ese fuera tu deseo, la propiedad se tasó en su día, allá por el 2018 en tres millones ochocientos mil, pero ahora su precio en el mercado es mayor. Si la quisieras comprar, sería un buen momento, el banco está ansioso por pescarte, mi jefe estará más que encantado en darte todas las facilidades del mundo.

—Tendré que consultarlo con Marcos, mi representante, es la persona encargada de mis finanzas y mis otros temas legales. Sé que las ganancias que obtendré de ahora en adelante serán ingresadas en un banco de aquí, pero no tengo ni idea del paradero del resto de mi dinero. En todo caso, me imagino que no habrá ningún problema en juntar diez millones.

No puedo evitar poner los ojos en blanco ante ese chocante comentario. Diez millones de euros son una fortuna, una persona normal necesitaría como mínimo diez vidas para ganar ese dinero, sin mencionar los años que

destinaría en ahorrarlos. Me abstengo de comentarlo con él ya que su actitud inocente y bastante alejada de la realidad cotidiana me induce pensar que no es consciente del alcance de sus palabras. Es el único hijo del futbolista mejor pagado del planeta, nació y se crió en un mundo protegido, al alcance de muy pocos, es un producto de su medio de vida. Y en su medio de vida, diez millones no son para tanto.

Subimos los cinco escalones de mármol que custodian la entrada de la casa y observo los alrededores desde lo alto de la escalera. Uno de los mayores atractivos de la propiedad es el amplio jardín compuesto por distintos tipos de árboles soberbios repartidos por toda la parcela. Allí y allá hay arbustos bajos recortados en distintas formas, aunque ahora lucen un aspecto abandonado. A lo lejos se entrevé una zona *chill out* y una gran piscina al aire libre, rodeada por algunas tumbonas desordenadas a causa del viento.

—¿Listo para ver el interior? —le pregunto con las llaves a punto de encajar en la cerradura de la puerta. Asiente y me ayuda a abrirla, ya que está algo rígida. No llego a pisar el suelo del interior cuando noto como sus manos se pasan por detrás de mi espalda y me toma en sus brazos.

—¿Qué haces? ¡Déjame! —finjo forcejear aunque no deseo que me suelte todavía. Estoy con la cabeza pegada a su torso y la calidez de su cuerpo unida al olor de su perfume me atrae como un imán. Se está bien en sus brazos y yo deseo permanecer allí al menos un rato más. No sé lo que hice para merecer esta ración de felicidad con la que la vida me sorprende y tampoco siento el deseo de analizarlo a fondo. Solo anhelo dejarme llevar por esa placentera ola, me lleve donde me lleve.

—Tienes que pasar el umbral en mis brazos —me informa con gesto serio como si no pudiéramos haberlo hecho de otro modo—. Por si decides algún día venirte a vivir aquí, conmigo. —Me obsequia con su inconfundible sonrisa ladeada y, ante sus palabras yo me desintegro, me rompo en miles de partículas, convencida de que jamás retomaré mi estado actual.

—Quieres que me venga a vivir contigo, ¿algún día? —Lo miro conmocionada, incapaz de salir de mi asombro ni yo ni *la femme fatale* que ha despertado de su estado de felicidad absoluta y asiente vehemente con la cabeza—. Sí, claro y... ¿qué más? ¿Me pondrías un anillo en el dedo? —

Sonríó con amargura, sopesando en mi mente si el guaperas de mi excompañero de primaria se encuentra en todos sus cabales.

—¡Nada me haría más feliz! —exclama para mi sorpresa.

Aquella declaración de intenciones me hace reír.

—¿Pasaste todos los controles médicos antes de ingresar en el Madrid?
¿O el psiquiátrico lo han dejado para otro día?

Es su turno para reír.

—El fútbol se me da de maravilla, para el club eso es más que suficiente. Mis camisetas se venden como churros y los contratos publicitarios no hacen más que crecer. Además, la gente me quiere. ¿Qué más da si estoy loco de atar?

Se le ve feliz, relajado y de buen humor. Me mira de ese modo suyo particular y sé que volverá a besarme. Debería poner punto final a ese tonto y seguir con la presentación de la casa pero mis manos y mis piernas dejan de obedecerme. La placidez se coloca en mi interior y todo mi ser está al borde del precipicio. Advierte que estoy alterada y me da el envite final para caer rendida ante sus encantos para toda la eternidad. Inclina su cabeza y pega sus labios sobre los míos. Igual que en la mañana, se toma su tiempo en acariciarme y abrirme con paciencia los labios preparándose el terreno para que su lengua insistente penetre en el interior de mi boca. Estoy ansiosa, excitada, totalmente fuera de mí. Me aprieta a él y, cambiando un poco el ángulo del beso, tanteo introducir mi lengua en su boca. Me recibe de buen agrado y las dejamos explorarse, tantearse, enredarse, mientras que nuestros labios sellan un beso de lo más pasional. Cuando me baja al suelo, me cuesta retomar el control de mi cuerpo. Comienzo a acostumbrarme a sus repentinas muestras de pasión aunque no dejan de tomarme por sorpresa. Me remata con su beso en la frente, marca Júnior, y regresamos nuestras atenciones al gran salón al que hemos accedido. Estamos prácticamente cegados por la gran cantidad de luz que tiene esa diáfana estancia gracias a sus enormes ventanales.

—Los espacios abiertos son constantes en la vivienda. Me gusta — declara al tiempo que se acerca a una ventana y la abre un poco. Una ráfaga de aire fresco penetra en el interior y hace volar la sábana blanca que cubre el único sofá que hay en toda la estancia.

Mientras tanto, yo aparto otra puerta y accedo a la cocina que está totalmente equipada con una isla reluciente en el centro y un amplio

ventanal que da directamente a una de las zonas del jardín. El estado general del interior es bueno, se ha mantenido bien a pesar de llevar un año deshabitado. Júnior queda fascinado con el extenso gimnasio cubierto, equipado con todo tipo de aparatos y colchonetas.

—Me la quedo —anuncia tajante al tiempo que se sienta en el reposabrazos del sofá. Me hace una señal con la mano para que me acerque—. He visto lo suficiente. Me gusta. En principio no deseo comprarla, antes quiero vivir aquí para sentir sus vibraciones.

—Júnior, no hemos visto todavía los dormitorios ni las plantas principales —me escandalizo ante esa falta de rigor por su parte. Nadie en su sano juicio se queda una propiedad sin analizarla en profundidad—. Una casa no se mide por sus fantásticas vibraciones sino por los cómodos dormitorios que uno necesita para descansar.

—Cierto —me coge de la mano y me atrae a sus brazos, terminando por darme otro beso dulce en los labios. ¿Es el cuarto o el quinto? Empiezo a perderles la cuenta—. Si son importantes para ti, entonces iremos a verlos.

Me aparto de él y le miro con el ceño fruncido, mi seña particular de estar contrariada.

—Júnior, los dormitorios no son importantes para mí, lo serán para ti, guaperas, ya que tú dormirás aquí y no yo.

—¿Me acabas de llamar guaperas? —pone una adorable cara de estar escandalizado.

¿De toda mi reprimenda se ha quedado con eso?

—Eres imposible, Júnior. —Levanto las manos por encima de mi cabeza, cediendo ante su encanto natural—. Me rindo. Haz lo que quieras.

—No se me ocurre un plan mejor que visitar esos dormitorios contigo —declara socarrón y, tras cogerme de la mano, accedemos a través de la moderna escalera de mármol regida por una barandilla de cristal que reúne el brillo espectacular de los rayos de sol que entran a raudales por el gran ventanal.

14



Felicidad compartida

María y yo estamos sentados en una mesa apartada en un modesto restaurante de la urbanización Las Rozas. Es una pequeña joya en peligro de desaparición, según cuenta ella que conoce el lugar, famoso por guisar el mejor cocido madrileño de la ciudad. A mi forma de ver la vida es un tanto extraño con su decoración recargada que mezcla la típica barra de acero enorme, con vitrinas de cristal, neones y un logo brillante.

No soy muy de comer platos típicos, a lo largo de mi existencia mi alimentación se limitó a comidas a base de proteínas, sin muchos aderezos ni florituras, pero accedo porque intuyo que le hace ilusión que lo pruebe.

María se ausenta unos instantes, tiene que hacer una llamada a su casa y yo comienzo a reflexionar sobre lo que hemos ido haciendo a lo largo de la mañana. Estoy impaciente por cerrar el trato con el banco, no obstante, antes debo hablar con Marcos para informarle de mis intenciones. No tenía previsto mudarme a una casa, por el momento mi apartamento del hotel Hilton satisface todas mis necesidades, pero la oportunidad de tener un lugar propio en donde ella pueda estar conmigo se me hace imperiosa. Es curioso lo mucho que cambian las prioridades de un ser humano de un día para otro. Hace poco ni me planteaba comprar una propiedad en Madrid y, la entrada de María en mi vida, hace que desee adquirir una con todas mis fuerzas.

María. Solo de pensar en ella se me iluminan los ojos. En apenas un par de días pasó de ser una obsesión para convertirse en pura necesidad. No quiero separarme de ella, es como una droga que se ha metido en mi cuerpo y no puedo ni quiero hacer nada para desintoxicarme.

Un tiempo después regresa a la mesa y, mirándola de cerca, noto en su cara un atisbo de preocupación. Intento llegar hasta ella pero no se abre ante mí, me cuenta por encima que su madre está enferma aunque no me da más detalles y yo no insisto. Es obvio que no quiere hablar del tema y decido respetarlo.

Un cocinero ataviado con una impecable chaquetilla blanca se acerca a nuestra mesa y deposita sobre ella una gran bandeja repleta de patatas, zanahorias, legumbres, jamón, carne de ternera y pollo entre otros ingredientes que contiene el famoso cocido y un tazón de sopa que debemos

tomar como primer plato. Nos explica el *modus preparandi* del cocido que, según nos cuenta, ha tenido más de dos horas en cocción a fuego lento.

No entiendo su afán de complacernos pero sospecho que mi coche, aparcado delante del pequeño restaurante, le indujo a creer que puedo ser alguien importante. Tomo nota mental para moverme en el futuro en un vehículo menos llamativo si no quiero llamar la atención. De momento, estoy protegido ante las masas, asocian mi figura con el equipamiento blanco del Madrid y con el número 9, pero no me reconocen fuera de este contexto. Tengo libertad de moverme como una persona completamente normal y deseo que este aspecto no cambie nunca. No hay nada más valioso que la libertad. María me toca el brazo animándome a probar la comida.

Casi no doy crédito al hecho de que me encuentro delante de un plato de lo más común, en compañía de la única mujer que sabe cómo hacerme feliz. En realidad, no debe hacer nada, su simple presencia me carga de buenas vibraciones y serenidad. Revivo los momentos íntimos que compartimos ese mismo día. Somos fuego y pasión, pólvora y explosión. Sueño despierto con algo más intenso.

Regreso la atención a la mesa y observo que ha llegado el momento de tomarme la sopa. Odio la sopa; si bien accedo a ingerirla ante las insistencias de María. Me trago unas cucharas por cortesía y disimulo tener muchas ganas de probar el plato principal, aunque no estoy seguro de que me guste, tampoco. No por ser quisquilloso con la comida sino por no haber probado nunca alimentos de ese tipo.

—¡No te gusta la sopa! —exclama ella, tocándose la frente, señal que lo ha recordado. Me sonrío afectuosa—. Recuerdo que en el comedor del cole la dejabas de lado. Lo siento, habérmelo contado. No tienes por qué decirme a todo que sí, Júnior. Hay algo que pasa entre nosotros, aun no sé si jugamos a las casitas o experimentamos nuestros límites, pero no es preciso que seas tan cuidadoso conmigo, me tomo bien que se me paren los pies de vez en cuando.

Sé que es una tontería pero estoy complacido que ella recuerde este detalle tan personal sobre mí. Aparto el plato y tomo un trago de agua mineral mirándola por encima del borde de mi vaso.

—Tienes buena memoria, pero no te preocupes, los platos típicos los hubiera probado de todos modos, algún día. De lo normal, mi dieta es un tanto estricta, carnes a la plancha, legumbres al vapor, ensaladas variadas,

arroces deshidratados y poco más. Casi no toco los postres, salvo excepciones, como el delicioso helado que probé ayer contigo.

Mi chica —me siento eufórico cuando mi mente se refiere a ella en esos términos— me observa desde el otro lado de la mesa con una mezcla de pesar y ternura. Nunca cuestioné mi estilo de vida ni me preocupó lo estricto que pudo llegar a ser porque es algo con lo que nací. Mi padre, Cristian, al ser deportista de élite respeta unas pautas muy precisas en todos los sentidos: dieta, sueño, descanso, entrenamiento y, yo, simplemente he seguido su ejemplo.

Me pongo unos pocos garbanzos en el plato y un trozo de carne de ternera. Lo adrezo con pimienta negra y aceite de oliva y lo rocío con algo de vinagre de Módena. El sabor es espectacular y devoro el contenido con muchas ganas. Ella picotea revolviendo la comida en el plato; no parece que sea muy comedora. La noto preocupada, como si su mente vagase por rumbos lejanos.

—¿Qué fue de María Smith? —le pregunto de improviso porque es algo que me tiene intrigado ya que ese era su apellido de estudiante.

La veo palidecer como si no supiera muy bien por donde comenzar. Deja el tenedor y el cuchillo cruzados sobre el borde del plato y acerca el vaso de Coca-Cola a sus labios. Pienso para mis adentros que este refresco no debe de ser nada sano pero me abstengo en comentarlo.

—Smith era el apellido de mi padre. Él y mi madre nunca se casaron y cuando falleció en una misión humanitaria en Siria, mi abuela paterna decidió quitárnoslo a mi hermano y a mí.

Es una historia muy triste, lo veo en sus ojos angustiados. Me arrepiento de haber sacado un tema tan doloroso.

—¿Por qué hizo algo así? —quiero saber intrigado.

—Por dinero —contesta con amargura. Tras el fallecimiento de un mando militar, como fue el caso de mi padre, el estado ofrece una cantidad de dinero compensatoria a la familia y una pensión. Mi abuela decidió que ella lo necesitaba más que nosotros.

—¡Increíble! —Me siento enfadado con esa señora sin conocerla de nada. Por un instante recuerdo la voz suave y cariñosa de mi abuela, y no cabe en mi cabeza que ninguna abuela del mundo pudiera llegar a mostrarse tan cruel con sus propios nietos.

—Sí, lo es —asiente con la mirada perdida. Es muy visible que el pasado dejó grietas hondas en su interior que todavía no están curadas.

—¿Y por qué las autoridades lo consintieron? Me refiero a que no debería de ser nada fácil hacer una cosa así.

—Mi madre no ha luchado por nuestros derechos. Simplemente ha dejado que ocurra refugiándose en los tranquilizantes y en un mundo paralelo del cual no logra salir. En las vistas del tribunal no quiso siquiera usar su turno de palabra. Yo nací en Buenos Aires, por aquel entonces, mis padres vivían allí y, al no pertenecer a la Comunidad Europea fue fácil para mi abuela demostrar que en realidad no era su hija. Mi hermano nació en Londres, así que logró al menos una pequeña pensión, pero el apellido le fue retirado igualmente.

Alargo la mano y toco la suya. Está temblando. Le doy un suave apretón y la contemplo con afecto. Los ojos le brillan abnegados en lágrimas. Es la primera vez en mi vida que la veo llorar. Deseo con todo mi corazón que sea la última.

—Lo siento mucho —trato de consolarla apretándole la mano que a su vez se agarra a la mía—. Tuvo que ser muy duro.

—Lo fue. —Su tono es tajante, señal de que no quiere seguir hablando de ese doloroso episodio de su vida. Retira su mano y se limpia las lágrimas que surcan sus mejillas con una servilleta de papel que hay sobre la mesa.

Un camarero uniformado se acerca a nuestra mesa y comienza a recoger los platos sucios y los restos del cocido. Lanza unas miradas furtivas en dirección hacia mí, señal que le resulto familiar, aunque al no reconocerme se aleja con la duda dibujada en el rostro.

—¿Qué pasó después? Os quedasteis sin padre, sin apellido y sin dinero. Tengo entendido que la vida en Suiza es muy cara.

—Duramos un mes tras el fallecimiento de mi padre. Por aquel entonces yo tenía quince años, suficiente edad para comprenderlo todo pero escasa para ayudar en nada. Fueron tiempos difíciles, me tocó tomar el timón del barco de algún modo. Vinimos a Madrid porque una hermana de mi madre tenía una casa aquí y nos la dejó para vivir. Es la casa donde residimos actualmente. Fin de la historia.

—¿Ahora estáis bien? Me refiero a nivel económico. —El simple pensamiento de que ella pudiera pasar estrecheces me encoge el corazón.

—Más o menos —responde evasiva—. Ya que hablamos de este tema hay algo que quiero comentarte con respeto al acuerdo que firmarás con el banco.

Su rostro adquiere un matiz grave. Se toca la cara con nerviosismo y aparta un mechón de la frente, colocándolo detrás de la oreja.

—Claro, dime.

—Soy economista, pero en BTT trabajo como empleada base, es decir que ocupo uno de los últimos escalones. Cobro poco y hago las tareas que nadie más quiere hacer. Si te convirtieras en nuestro cliente tendría... ciertos beneficios. —Los colores suben a sus mejillas por lo que hace una breve pausa y toma un sorbo de vino. Da la impresión de estar apurada ante lo que sea que tiene que contarme así que salto en su ayuda.

—¿Qué te preocupa?

Respira hondo y me desvela sus inquietudes.

—Me subirán de categoría y sueldo.

—¡Eso es fantástico! —exclamo, sin entender muy bien donde está el drama.

—Sí, lo es, supongo. —Trata de sonreír aunque su rostro permanece tenso—. Me preocupa que el interés esté presente entre nosotros.

—El interés está en todas partes, María. —Por fin logro comprenderla, le preocupa que yo pueda verla cómo a una interesada. La observo con cierta emoción disimulada. No tiene ni idea de lo importante que es para mí—. Me satisface enormemente que saques un beneficio de este acuerdo. Es un buen trato, recuerda que yo ganaré una casa. Además, la felicidad ajena es una de mis prioridades en la vida. Estoy mucho más contento cuando doy que cuando recibo. Mi psicoanalista, la señora Coco, dice que mi tipo de personalidad encuentra paz en la felicidad compartida.

—Gracias, lo tendré en cuenta —dice, visiblemente aliviada.

—No se dan.



Los diez millones de la discordia

Mi padre me mira de arriba abajo cuando me levanto de la silla para recibirlo. Nos damos un afectuoso abrazo ya que llevamos una semana sin vernos. Marcos, que le sigue de cerca, espera paciente su turno para saludarme.

—Muchacho, ¡no te ves nada mal! —exclama con alegría, tras darme unas palmaditas cordiales a la espalda—. Madrid te sienta de maravilla. Regresar a los orígenes siempre es una buena idea.

«Si tú supieras», sonrío para mis adentros aunque no desvelo la fuente de mi felicidad.

—No me puedo quejar —contesto de buen humor y les invito con un gesto a sentarse. Pongo buena cara aunque me cuesta mantenerme sereno ante sus miradas escrutadoras. Los he reunido en uno de los restaurantes del hotel para hablarles sobre mis recientes planes y sé, que ambos, quedarán sorprendidos ante mis peticiones.

—Y, ¿cuál es la urgencia de este encuentro? —se interesa mi padre, ansioso. Se acomoda en la butaca y echa un breve vistazo a la recomendación del chef, impreso en un folleto brillante. La paciencia no está entre sus virtudes y así me lo hace saber—. Nos avisaste de un día para otro y dijiste que era sumamente importante que viniéramos los dos. Pues... aquí nos tienes. ¿Algún problema, campeón?

—Ninguno —respondo de inmediato, tratando de aparentar una tranquilidad que realmente no siento—. En absoluto. Os he llamado porque... me hace falta dinero.

La cara de mi padre se contrae y deja de prestar atención a la carta para fijar su mirada inquisitiva en mí. No entiende nada y, es comprensible, dispongo de una tarjeta que puede cubrir hasta cien mil euros al día. Marcos, sigue callado esperando juntar más información pero por su forma de removerse en la silla, sé que pronto intervendrá. Y lo hace antes de lo esperado, formulando la pregunta estrella del día.

—¿Y cuánto dinero necesitas? Si precisas nuestra aprobación debe de tratarse de una suma importante.

—Diez millones.

—¡Diez millones de euros?! —exclaman a la vez sorprendidos—. ¿Para qué demonios quieres tanto dinero? —pretende saber mi padre estupefacto—. ¿No te habrás metido en algún lio?

Inspiro una generosa bocanada de aire, dispuesto a contarles mi deseo de pertenecer al banco BTT. Preparo mi perfil bueno y los miró a ambos con franqueza a los ojos:

—Un banco de aquí me ha...

—No, Júnior —me interrumpe mi progenitor con brusquedad al entender con solo dos palabras lo que pretendo hacer—. Ya te veo venir y mi deber como padre es darte un no redondo. Eres demasiado joven y los buitres están al acecho. Yo ya he pasado por ahí, te llenan la cabeza de falsas promesas para sacarte hasta el alma. Tardaron poco en rodearte. Que llevas en Madrid, ¿tres semanas? ¿Y ya te quieren sacar diez millones? Son increíbles si piensan que pueden engañarte y tú por darles pie a que lo hagan.

Los colores suben a mi cara y noto el enfado subir en mi interior como la espuma. Me siento como un niño a la espera del consentimiento paterno para comprarse un helado. Es mi propio capital, maldita sea, ganado con el sudor de mi frente. Que me parta un rayo si voy a permitirles que me digan lo que tengo que hacer. Es mi dinero y puedo hacer con él lo que me plazca.

—Papá, creo que me habéis entendido mal, no os estoy pidiendo permiso. Si os he llamado es para...

—Júnior, muchacho —interviene Marcos en la discusión con voz sosegada, dispuesto a aplanar el conflicto. Pone una mano en actitud conciliadora sobre mi hombro y me observa con atención—. Lo que tu padre intenta decirte es que tu falta de experiencia en este terreno te puede pasar factura. Llevo encargándome de su fortuna desde el inicio de tu carrera cuidando de tus ganancias como si fueran mías. ¿Por qué no me dejas estas cuestiones a mí? ¿Tienes alguna queja sobre el manejo de tu dinero?

—No, por supuesto que no —me apresuro en tranquilizar a Marcos. Lo último que quiero es herir su orgullo—. Es un asunto personal. No se trata de inversiones, simplemente quiero depositar la cantidad que os dije en el banco BTT.

A mi padre le sale humo por la nariz y sus ojos se ponen serios pero se abstiene de hacer ningún comentario. Intercambia un gesto breve con

Marcos, y este toma de nuevo la palabra para hacerme desistir.

—Aun así, muchacho, diez millones es una suma muy importante. Hay varias incógnitas que resolver, ahora mismo tu dinero está dando un rendimiento muy importante en uno de los mejores bancos de Inglaterra, no hay ninguna necesidad...

—Dije que quería este dinero y lo dije muy en serio. —Doy un brinco a la silla y me pongo de pie. Me sorprende que opongan tanta resistencia. No pienso consentir que me traten como a un niño ni ofrecer mil explicaciones por algo que me pertenece.

—Siéntate. —Me ordena mi padre con voz amable, pero fría. Debato una milésima de segundo si obedecerle y, finalmente, lo hago y vuelvo a acomodarme en la silla. Él y yo tenemos nuestros encontronazos aunque soy su único hijo y le debo respeto. Se siente aliviado ante mi gesto educado y la expresión de su cara se suaviza. Un destello de orgullo ilumina sus ojos—: Bien, tu pequeña rabieta ha conseguido llamar mi atención, ahora cuéntame con lujo de detalles de qué va todo esto.

Y yo se lo cuento. Cuando llego a la parte que implica a María, mi padre se vuelve a inquietar.

—¿María? ¿Qué María?

Se me acelera el pulso y me resplandece la cara cada vez que pienso en ella. Se trata de algún modo de su entrada en mi familia y quiero que lo haga por la puerta grande.

—Mi amiga de la infancia, ¿te acuerdas? La que se fue con su familia a la guerra.

—Ah...esa María, entonces. —Mi buena energía contagia a mi progenitor quien me muestra al instante una generosa sonrisa. Lleva años preocupado por mi falta de interés hacia las mujeres y la posible entrada de una en mi vida le colma de entusiasmo. Da un toque decisivo en la mesa que hace que el pequeño ramo de orquídeas que está en el centro del tablero se balancee ligeramente y declara vehemente—: Haber empezado por ahí, hijo mío. Esto se merece una buena copa de champán —Busca con la mirada al camarero y le hace una seña para que se acerque—: Trae una botella del mejor champán que tengas.

—Ahora ya lo entiendo —se suma Marcos a nuestra improvisada celebración—. Estás así de contento porque... te has enamorado—. Se gira hacia mi padre visiblemente emocionado—: Quien nos lo iba a decir, ¿eh,

Cristian? Nuestro muchacho, que apenas ayer era una idea, después un embrión y, finalmente un bebé rosado de cuatro kilos de peso, se ha convertido en un hombre.

—¿Podéis no seguir hablando de mi cómo si no estuviera presente? — No hay nada que me moleste más que las eternas conversaciones relacionadas con mi nacimiento.

—Es imposible que olvidemos esta maravillosa parte. —Mi progenitor me guiña el ojo, señal de que está en un estado de humor inmejorable; la llegada de una posible novia a mi vida le hizo olvidarse de los diez millones de la discordia. Su carácter es así, un tanto volátil, con él nunca sabes lo que te vas a encontrar.

—Llámalala —me pide de repente—. Quiero conocerla.

—Ya te digo —recalca Marcos la petición—. Yo también. Me muero por saber cómo es la muchacha que robó el corazón a nuestro embrión.

Sueltan una carcajada ruidosa y yo miro el techo exasperado ante las continuas alusiones a mis principios como ser humano. No sé si presentarles a María, me llevo la impresión de haber subido a un carrusel que va demasiado deprisa. La petición me ha tomado por sorpresa y estoy indeciso. La entrada del camarero con la botella de champán me ofrece la excusa perfecta para alargar el momento de concluir. Nos sirve una copa a cada uno y chocamos efusivos los vasos.

Y de pronto, me parece una idea estupenda llamarla para que los hombres más importantes de mi vida puedan conocerla. Ella es la elegida de mi corazón y, cuanto antes esté integrada en mi círculo más cercano, mejor. En base a esos nuevos y benévolos pensamientos marco su número y la invito al restaurante.

—Vendrá, pero os advierto que no es mi novia así que guardaos vuestras bromitas para otra ocasión —les indico al observar la gran expectación que ha generado María—. Y nada de embriones y recuerdos de ese tipo —añado, tensionado.

—¿Por quién nos tomas? —se hacen los ofendidos, poniendo caras inocentes cómo si no hubieran roto jamás en sus vidas plato alguno.

Media hora más tarde presencio emocionado cómo María deslumbra con su personalidad arrolladora a mi progenitor y a mi representante. Les explica paciente los términos del contrato VIP y no oculta ante ellos los beneficios que obtendría si yo aceptase ser su cliente. Y haciendo gala de

honestidad se los mete a ambos en el bolsillo. Crea una impresión tan buena que Marcos promete comenzar cuanto antes los trámites para transferir el dinero a mi nueva cuenta BTT. Esa misma noche celebramos el acuerdo y para ser sincero hay tantas cosas que me llenan de felicidad que no sé por cual alegrarme en primer lugar: María se ha convertido en mi gestora económica por lo que la veré cada vez que me apetezca, su situación económica se aliviará y obtendrá un puesto mejor, en breve estrenaré casa muy cerca de ella y mi padre la adora. ¿Qué más podría pedir? Ah sí, una cosa se me ocurre, que llegue a ser para María tan importante como lo es ella para mí.

16



Banco BTT, al día siguiente

Hoy es un gran día. Repaso mi aspecto de arriba abajo complacida ante la imagen que me devuelve el espejo. El vestido azul marino que llevo puesto es simple, de corte recto y algo entallado ofreciéndome el punto de sobriedad que necesito. Me dejo el pelo suelto para restar algo de seriedad a mi semblante y pongo un punto de color adornando mi cuello con un bonito collar granate que hace juego con mis altos zapatos de tacón. Me coloco en la muñeca mi reloj «Lotus» de ancha correa oscura y gran esfera con números romanos y me rocío con mi fragancia favorita que huele a rosas blancas y a sueños cumplidos. Es todavía temprano, así que me acerco al cuarto de mi hermano para compartir con él las buenas noticias que acaban de tocar a mi puerta. Es un niño responsable, se está preparando la mochila concentrado en su tarea y no repara en mi presencia.

—Hola —me acerco a él y le revuelvo el pelo en actitud cariñosa. A sus catorce años es casi tan alto como yo. Se aparta, algo molesto, no suele aceptar bien las muestras de afecto—. ¿Desayunamos juntos? Tengo algo que contarte.

—Vale —acepta a regañadientes, no es que no le apetezca desayunar conmigo sino por su carácter retraído. Se encuentra en esa edad en la cual parece ley de vida aparentar contrariedad ante cualquier cosa. Recoge su abultada mochila y encamina sus pasos a la salida. Lo sigo de cerca y nos sentamos en la mesa de la cocina, donde previamente he dejado las tazas de leche, el café recién hecho y las esponjosas magdalenas de chocolate que preparó para nosotros la señora Olga.

—¿Sabes? Hoy obtendré un ascenso en el banco. He conseguido un cliente muy importante así que, a partir de ahora, mi situación cambiará radicalmente. Y, ¡lo mejor! —exclamo contenta—. ¡Me van a subir el sueldo!

John no es muy expresivo, de costumbre es como una raya lineal constante, pero ante mi entusiasmo, sus ojos resplandecen y me obsequia con una sonrisilla.

—Te lo mereces. Eres muy lista.

Un agradable calor sube por mi columna, ese cumplido suyo hace que me sienta realmente valiosa.

—Poco a poco haremos mejoras en la casa y buscaré algún modo de ayudar a mamá. Y tú podrás encontrar algún hobby, no sé, algo que realmente te apetezca hacer.

—No necesito nada —se apresura en asegurarme. Ha madurado antes de tiempo, es lo que tiene vivir con estrecheces—. Gástate el dinero en mamá, ella lo precisa más que yo.

Se me derrite el alma al verlo tan solidario y generoso. Tomo nota mental de escucharlo más a menudo. Tengo tantas responsabilidades que apenas le dedico tiempo. Miro el reloj y me apresuro en terminar mi café. Se ha hecho tarde y no quiero retrasarme.

—Termina el desayuno, voy a saludar a mamá y después te llevo al instituto. —Asiente y moja el resto de su magdalena en su tazón de leche. Yo dejo en el friegaplatos mi taza vacía y encamino mis pasos al salón. Encuentro a mi madre junto al ventanal, con la mirada puesta en algún punto lejano. Es lo mismo que hace cada día, nada más levantarse. Sentarse allí en su sillón favorito y perderse en las redes de sus recuerdos. Lleva el pelo negro desordenado y la cara sin lavar. Me acerco a ella y le doy un cariñoso abrazo. No se inmuta ante mi presencia, simplemente, sigue contemplando el horizonte.

—Mamá, hoy es un día importante para mí. En el banco...

—Tu padre tarda en aparecer —me corta con brusquedad. Frunce el ceño y me mira contrariada—. Debería haber llegado. ¿No te parece?

Toda mi alegría se esfuma al instante. Me gustaría compartir mi felicidad con ella, infundirle algo de esperanza pero no me permite ni siquiera intentarlo.

—La señora Olga llegará enseguida. Por favor hazle caso, mamá. Tienes que comer. Muy pronto arreglaremos el jardín y podrás salir a pasear.

No espero que me escuche ni que me conteste. Para mi sorpresa, acoge mis manos entre las suyas y exclama entusiasmada:

—¡Eso me gustaría mucho!

Hace una eternidad que no alberga emoción ante nada, esa pequeña muestra de emoción me llena de ilusión y le doy un beso afectuoso en la mejilla. Una ojeada breve al reloj me indica que debo apresurarme. La llevo al cuarto de baño y la ayudo a asearse, después la acomodo en la butaca y la

tapo con su manta favorita. Espero paciente la llegada de la señora Olga y, una vez que dejo a mi madre en buenas manos, me dirijo al coche junto a John.

Media hora más tarde, hago mi entrada triunfal en el banco. Ante los cambios que se avecinan estoy ilusionada y nerviosa a partes iguales. Me dirijo al despacho del señor Ríos para darle las buenas noticias. Se fricciona las manos satisfecho cuando le enseño la cuenta de mi mejor cliente: Cristian Cros Júnior. Los diez millones allí presentes le hacen sufrir una visible metamorfosis. Los ojos se le agrandan, le brillan de deseo, su frente se perla de sudor y la voz le sale agarrotada.

—¡Felicidades, María! Eres un buen fichaje para nuestro banco. No me he equivocado en depositar mi confianza en ti. Excelente trabajo. ¡Enhorabuena!

Me incomoda recibir tantos halagos, hasta me siento una especie de impostora. La cuenta de Júnior no la conseguí por méritos laborales, fue más bien un cúmulo de circunstancias, un golpe de suerte. Así se lo hago saber ya que me viene bien una subida de salario pero me resulta inmerecido recibir tantas felicitaciones.

—No te quites importancia. A partir de hoy serás coordinadora Sénior Pro y tendrás que acostumbrarte a mandar. En la vida no importan los medios, sino los resultados. Has conseguido atraer a un pez muy gordo a BTT, por ello te ganaste el respeto y el reconocimiento de todos nosotros. Disfrútalo y sigue creciendo.

A partir de ese instante, todo lo que me ocurre se asemeja a un sueño. Me hacen pasar por el despacho de recursos humanos donde firmo un nuevo contrato laboral. La cifra de mi nuevo sueldo base me deja extasiada. ¡Cuatro mil euros en bruto más comisiones! La *femme fatale* aplaude sin descanso, maquinando en la sombra la cantidad de cosas que podría hacer con tanto capital. Una vez cumplidos los trámites administrativos, me llaman de urgencia a mi primera reunión ejecutiva. El señor Ríos me presenta a los pesos pesados del banco y nombra mi nuevo cargo: coordinadora Sénior Pro.

El punto culminante del día lo pone mi cambio de despacho. Abandono para siempre mi cubículo oscuro para instalarme en un soleado despacho regido por un amplio ventanal situado en la planta de los directivos. Cuando me quedo a solas, apartada de las miradas, algo envidiosas de los demás,

me siento en mi confortable sillón de cuero, color marrón chocolate y saboreo el éxito que, de forma tan inesperada, ha llegado a mi vida. Debería estar pletórica por mi vertiginosa ascensión laboral, pero una parte de mí está colmada de un mal presentimiento, es como si intuyera que todo lo que me está pasando, no es más que una simple cortina de humo que puede desvanecerse en cualquier momento. Me asaltan los temores y la culpa, una especie de síndrome del ser humano desdichado. Un ser humano que siempre ha nadado a contracorriente y, cuando por fin se ve arrastrado río abajo, se siente desmerecedor de su buena suerte.

17



María

Una moneda de un euro

Acabo mi jornada laboral un tanto estresada. Toca asimilar los cambios y acostumbrarme a mi nuevo cargo. Me resulta difícil delegar y mandar a la gente que, hace tan solo un día atrás, hacían lo mismo conmigo. El mundo bancario es un mundo de hombres que no aceptan con gran alegría estar por debajo de una mujer. Mi edad no ayuda precisamente y mi reciente incorporación, tampoco, así que, aun cuando dispongo de una cuenta VIP y un cargo importante, me cuesta encontrar mi sitio y la forma adecuada para actuar.

Dejo los pensamientos fluir mientras recorro la distancia hacia mi hogar. La llamada de Júnior me sorprende aparcando el coche delante del supermercado que hay en las proximidades de mi casa. Se interesa por mi jornada laboral y me felicita por mi nuevo cargo.

—Esto hay que celebrarlo —declara emocionado cuando le describo lo soleado y espacioso que es mi nuevo despacho.

—Júnior, no puedo celebrar a cada hora contigo —suelto una risilla nerviosa pensando que mi comportamiento parece la de una adolescente de catorce años que por inercia dice lo contrario a lo que siente—. Tengo responsabilidades.

—¿Qué tipo de responsabilidades? —quiere saber al instante.

—Ya sabes, el día a día. Por ejemplo, en este momento estoy en un supermercado. Necesito hacer la compra. Yo no vivo en un hotel donde me lo dan todo hecho. Para que el filete de ternera esté en la sartén necesito comprarlo, primero.

—Me gustaría acompañarte.

—En hacer... ¿la compra? —mi asombro le hace reír. Oh Dios que adorable es este hombre.

—Sí, eso acabo de decir. ¿Algún problema?

—No. Ninguno. En absoluto. —Mientras le aseguro de lo encantador que sería guardar cola en la zona de los fiambres me pregunto si alguna vez ha hecho tal tarea. Lo más seguro es que no.

Unos veinte minutos más tarde aparca su reluciente deportivo junto a mi vehículo en la zona establecida. Tiene buen aspecto, se le ve relajado y feliz. Viste un pantalón informal negro de Armani, un polo blanco impoluto

y una moderna chaqueta tipo sport. Se acerca a mí y me da un beso dulce en los labios inundando mis sentidos con su perfume masculino. Después me coge la muñeca y admira mi reloj. Lo acerca a su cara y, para mi total desconcierto, hunde la nariz en la correa.

—Huele muy bien, a ti —justifica su gesto. Le brillan los ojos cuando me sorprende con una propuesta—: ¿Podemos intercambiar los relojes?

Júnior es una caja de sorpresas. Hago un rápido vistazo al potente reloj que abraza su muñeca, con seguridad debe de valer una fortuna. Teniendo uno así, ¿quiere mi Lotus? ¿Por qué? *La femme fatale* está intrigada pero me hace señas para que acepte.

Júnior se concentra en la tarea de quitarse el suyo y cuándo lo consigue me lo entrega, desvelándome el misterio de tal repentino treque.

—Cuando te eche de menos que, por cierto será a todas horas, oleré tu reloj y se me pasará un poco. Te sentiré junto a mí —finaliza la declaración del siglo con una de sus sonrisas ladeadas que forma al instante el adorable hoyuelo en su mejilla.

Me quedo boquiabierto. Es tan dulce y atractivo que quita los sentidos. Comienzo a quitarme la correa del Lotus aturdida. Me cuesta creer que pueda estar interesado en mí hasta el punto de echarme de menos. Intercambiamos los relojes y nos los colocamos en nuestras respectivas muñecas. Es difícil explicar en palabras, la avalancha de sensaciones que recorren mi cuerpo al tener en mi muñeca su reloj. Noto mis rodillas temblar, me resulta difícil mantenerme en pie. Me apoyo en la parte trasera de mi coche y de forma instintiva acerco mi muñeca a la nariz. Huele a felicidad, a sueños cumplidos, a él.

Júnior, por su parte, parece un niño con zapatos nuevos. Admira su nueva adquisición a cada rato, encantado por su gran idea. A continuación, entramos juntos al supermercado y tardo bastante en ubicarme. No tengo la lista hecha y, en este instante de felicidad absoluta, no me acuerdo de ningún alimento que necesite comprar. Nos paramos delante de los carritos de la compra y Júnior se apresura de forma caballerosa en sacar uno, pero la correa de seguridad le impide finalizar su propósito. Examina con gesto serio la cadena de metal, al parecer no sabe que hay que introducir una moneda para poder utilizarlo. Disfruto viéndolo desconcertado; no obstante, a la *femme fatale* le sabe mal dejarlo desamparado tras el bonito detalle del reloj y le echa una mano:

—Júnior, hay que introducir en la ranura del carro una moneda de un euro para poder llevártelo.

Asiente sonriente al tiempo que se mete la mano en el bolsillo interior de su chaqueta y saca la cartera con la intención de verificar su interior:

—No creo que tenga monedas; de hecho, no suelo utilizar el dinero casi nunca. No es la primera vez que voy a un súper, a Minerva le encanta perderse en las grandes superficies, pero nunca había visto un carro con monedas.

Claro, imagino que en las superficies que visita junto a su madre no hay temores de que un cliente se lleve el carrito de recuerdo. Me siento al instante poderosa reflexionando acerca de las rarezas de la vida. Un tipo como él dispone de diez millones de un día para otro pero no tiene en la cartera una moneda de un triste euro. Saco de mi propia cartera una moneda plateada y se la entrego con ceremonia:

—Tome señor, aquí le dejo una en préstamo.

La acepta de buena gana, por muy inexplicable que parezca cualquier cosa que venga de mí le provoca un enorme placer. La introduce en la ranura y, una vez desbloqueada la cadena, se hace con el control del carro. ¡Este es mi chico!, aplaudo embobada para mis adentros, como si Júnior hubiese llevado a cabo algún logro importante.

«Él no es tu chico», me recuerda una vocecita envenenada en mi cabeza.

—¡Ya lo tengo! —sonríe orgulloso como si hubiera logrado conducir un avión supersónico y no un sencillo carro de metal con la sigla del supermercado impresa en la parte delantera.

—Ya lo he visto —le felicito orgullosa al tiempo que me pongo de puntillas y le planto un beso en la mejilla.

En un estado de humor inmejorable nos dirigimos a la zona de la pescadería donde cogemos el número ochenta y cinco. Esperamos pacientes a que la señora mayor que lleva el ochenta y cuatro explique con lujo de detalles a la vendedora su receta infalible para preparar el pulpo a la gallega.

Júnior se acerca a mí y me dice en voz baja:

—Es muy instructivo ir al supermercado, la receta de la señora no pinta nada mal.

—¿Quieres que la probemos? Podríamos comprar pulpo y hacerlo para cenar. —No sé porque he dicho esto. Me arrepiento al instante. Júnior me

confunde, sus actos perturban mi buen juicio. Por el momento, él no tiene casa e ir a la mía... sería precipitado. Mi madre es impredecible, no imagino cual podría ser su reacción ya que nunca he llevado a ningún chico a cenar. Además, mi casa, lejos de ser una mansión lujosa de las que él está acostumbrado a frecuentar, es modesta. No, pensándolo bien, no me apetece que venga.

Sin embargo, es tarde para retractarme. Mi propuesta le encanta y sus ojos resplandecen contentos. Su modo de actuar me indica que le da igual el pulpo, lo único que quiere es pasar tiempo conmigo. CONMIGO. *La femme fatale* se marca unos pasos de baile, ansiosa por disfrutar de los acontecimientos que están por llegar. La poca cordura que aun sobrevive al «tsunami Júnior» me hace ver que mi domicilio acentuará las abismales diferencias que hay entre una persona como él y otra como yo. Hago el intento de disuadirle, aunque no se da por aludido. Está empeñado en aceptar mi invitación para preparar juntos la dichosa receta.

Finalmente, terminamos la compra y la colocamos con cuidado en bolsas de papel. Ni Júnior ni yo aprobamos el plástico y nos pasamos un buen rato hablando de ese asunto. Estamos de acuerdo en que los gobiernos deberían prohibirlo. Después, Júnior, vuelve a dejar el carrito en su sitio y, nada más regresar junto a mí, se apresura en devolverme la moneda.

—¿Quieres quedártela? —le pregunto de buen humor ya que me parece de lo más tierno que un tipo tenga diez millones de euros disponibles para depositarlos en un banco y no disponga de un solo euro en los bolsillos—. Ya sabes, por si vuelves al supermercado y eso.

Le sonrío con complicidad y él me devuelve la sonrisa. Los dos sabemos lo poco probable que es que acuda de nuevo a un lugar así. Admira complacido la moneda como si le hubiera regalado un tesoro inestimable y la guarda a buen recaudo en su cartera de cuero color azul marino con pequeñas filigranas plateadas.

—Me encantaría quedármela —declara contento y acompaña su agradecimiento con un beso suave en mis labios. Aun me cuesta acostumbrarme a sus repentinas muestras de cariño, a esos arranques de pasión que llegan en cualquier momento y en cualquier lugar. Mientras nuestros labios se acarician con suavidad noto el entusiasmo crecer en mi interior y el deseo bulle en mi vientre. Abro los ojos y reparo que un niño que acompaña a su madre nos está mirando y tomo conciencia de la

realidad. Estoy en mi barrio dándome un ardiente beso delante de la entrada de un supermercado. ¿Qué pasa con mi mente? ¿Se ha ido de vacaciones? Me separo de él tratando de recomponerme aun cuando tardo en encontrar la voz y regular los latidos de mi corazón. No quiero ni pensar en el color de mis mejillas que con seguridad han adquirido un luminoso color púrpura.

—Ya está todo —anuncio satisfecha, tras cerrar el maletero de mi coche—. Si quieres, sígueme, mi casa queda cerca. Aunque antes, debo parar en un invernadero situado a pocos kilómetros de aquí. Esta mañana le prometí a mi madre que arreglaría el jardín y quiero comprar algo, aunque sea un arbusto.

Asiente sonriente levantándose el pulgar. Antes de entrar en su reluciente deportivo se quita la chaqueta ofreciéndome un primer plano de su atractivo torso y se coloca unas modernas gafas de sol oscuras sobre el puente de la nariz. Se despide con un gesto y desaparece en el interior de su vehículo. Suspiro embelesada, necesitando unos instantes para serenarme. La felicidad que me invade es arrolladora. ¿Cómo puede ser que en tan poco tiempo haya quedado tan prendada de él?

18



La palmera de cuatro hojas

Nunca he ido a un lugar como ese. La casa de mis padres está rodeada de impresionantes parterres, pero jamás se me ocurrió preguntar de donde salían las hermosas plantas que adornan aquellos amplios espacios. Con esos pensamientos en mi mente, sigo los pasos de María y me adentro en un espacio caluroso, totalmente cercado por amplias paredes de cristal. Tras habituarme a la humedad, mis sentidos se llenan de olores entrañables de flor de naranjo, limón y pomelo. Un letrero nos indica con símbolos grandes que nos encontramos en la zona de los cítricos. Espero paciente a que ella contemple de cerca las plantas que llaman su interés y pongo los ojos en blanco cuando la veo comparar los precios antes de elegir un arbusto de naranjo. Es de talle más bien bajo, pero según ella, tiene una estructura robusta y está en oferta, así que se lo queda. Seguimos nuestro recorrido y nos adentramos en la zona de las palmeras. De inmediato, acude a mi cabeza la brillante idea de regalarle una. Es un gesto romántico que perdura en el tiempo, seguro que lo aceptará encantada. Me siento atraído al instante por una de dos metros que ofrece un follaje denso y tiene un saludable color verde intenso.

—Ni hablar —rechaza con vehemencia cuando advierte mi deseo de comprarla—. Vale ochocientos euros. Es muy cara.

—No para mí —me defiende contrariado ya que me apetece mucho regalársela—. Por favor.

—No —se mantiene tajante. Para cimentar su decisión, se acerca a una palmera de apenas medio metro que tiene literalmente cuatro hojas alrededor de un tronco delgado. Es imposible que yo quiera comprar esto. La primera discusión de nuestra incipiente relación parece asomarse. María es muy sensata, tengo que reconocerlo, pero no estoy dispuesto a decirle a todo que sí. Maldita sea, si tendría que elegir entre una saludable palmera de dos metros y otra fea y desprovista de hojas, me quedaré con la mejor. Ella parece intuir la tormenta de mi interior y me calma con una explicación de lo más simple y entrañable—: No es solo por el precio, no me entiendas mal. Las plantas necesitan ser regadas y cuidadas con amor hasta convertirlas en grandes elementos. Quiero que me regales una a la que amar y atender, que se vuelva hermosa con mi esfuerzo. Si me lo das todo hecho,

¿qué me quedaría por hacer? Es como el amor verdadero, que se va consolidando con los días, creciendo y fortaleciéndose a base de abrazos, besos, afecto y pasión.

¿Qué puedo decir ante eso? La contemplo maravillado, enamorado de su manera sensible de pensar. Me quedo con la palmera de cuatro hojas por la que pago la friolera cantidad de veintiocho euros y deseo para mis adentros que algún día se convierta en una planta vigorosa como lo es mi amor por su dueña.

Antes de marcharnos, mi chica —porque sí, aunque ella no lo sepa todavía, yo la considero así—, añade a la compra algunas macetas de plantas con flores y unas herramientas para limpiar el jardín. Le facilitamos la dirección al vendedor para que esa misma tarde haga la entrega.

Nos volvemos a montar en nuestros coches y la sigo. Conduce de forma prudente, se para en un cruce para dar prioridad a un autobús y después toma una carretera secundaria. El paisaje se vuelve más descuidado y unas casas humildes aparecen a los dos lados del camino. Finalmente, nos paramos ante una de dos plantas, que luce bastante descuidada a pesar de haber sido en su día una bonita propiedad. Es algo apartada del camino principal por lo que los alrededores son bastante silenciosos. María deja aparcado su vehículo delante de la puerta y yo alineo el mío detrás del suyo. Me encuentro un tanto nervioso cuando la sigo al interior de su casa. Estoy invadiendo de algún modo su territorio pero es superior a mí resistirme. La quiero en mi vida y, cuanto antes nos habituemos el uno al otro, mucho mejor.

La ayudo con las bolsas de la compra llevándolas a la cocina. Nos da la bienvenida una señora mayor, llamada Olga, que cuida de su madre, a la que por ahora no veo por ninguna parte. Saludo con gesto efusivo a Olga y la premio con una de mis mejores sonrisas. Intuyo que, una vez me haya ido, la buena señora opinará sobre mí así que me preparo el terreno para hacerle buena impresión.

María se cambia los zapatos de tacón por unas zapatillas de casa para estar más cómoda. Comienza a distribuir los alimentos recién comprados en la nevera de forma pulcra y ordenada. A mí me encomienda la tarea de guardar la fruta en un soporte para tal fin. Encuentro muy relajante trabajar a su lado y pongo con alegría las naranjas y las manzanas en sus respectivos cajones. Me pide envolver con papel de plata los tallos de los plátanos para

durar más tiempo. Le hago caso maravillado ante su sabiduría. Teniendo la misma edad que yo, ¿cómo puede saber tantas cosas? Ella, por su parte se encarga de dejar el pulpo en el agua y recoge las bolsas de papel para una futura utilización.

Es tan eficiente que da gusto mirarla. Alaba mi trabajo y cada cumplido suyo me llena de felicidad. Me ofrece una botella de agua *Perrier* que ha comprado ese día, intuyo que especial para mí, y me invita a acomodarme en el sofá del salón. Se disculpa ya que desea cambiarse el vestido de oficina que lleva puesto y yo me entretengo mirando por la ventana.

—¿Quién eres tú? —Ante la pregunta me giro y me topo con un adolescente larguirucho de unos quince años que me mira confundido. Supongo que es su hermano, así que me levanto y le tiendo la mano en actitud amistosa.

—Soy Júnior, un amigo de tu hermana, encantado. —Nos estrechamos las manos al tiempo que nos escaneamos con interés.

—John —se presenta él, a secas.

No sabemos qué otra cosa decirnos así que permanecemos en silencio, algo incómodos. En ese instante regresa María, vestida con unos *leggings* negros con rallas laterales, una sudadera a juego y ligeras deportivas. Lleva el pelo recogido en una coleta alta que le hace parecer una adolescente.

—Chicos, ya veo que os habéis presentado. ¿Qué os parece si me ayudáis un poco con el jardín? Será divertido.

Su hermano la mira contrariado. Salta a la vista que no le agrada demasiado realizar labores de jardinería, pero es un muchacho educado y no protesta delante de mí. Yo no tengo ni idea sobre lo que hay que hacer en un jardín pero asiento de buena gana, todo lo que sea estar cerca de mi chica me parece bien.

Nos dirigimos a la parte trasera de la casa que está muy abandonada. Las malas hierbas han invadido la parcela y se han expandido en forma de matorrales de distintos tamaños. Algunos están secos, llenos de ramas peliagudas que hasta yo, que no entiendo de jardinería, comprendo que hay que retirar cuanto antes. Lo que se supone que debería ser el jardín da a un bosque y la valla que delimita la propiedad está rota en varias partes. Me entran escalofríos al pensar que por allí se puede colar cualquiera.

—No es nada segura esta zona de la casa —comento preocupado, con la vista fijada en el cercado—. A través de estos agujeros alguien podría

entrar.

María sigue la trayectoria de mi mirada y dice con aparente tranquilidad:

—Está todo por hacer, pero tranquilo, esta parte de la urbanización es muy antigua, somos pocos vecinos y nos conocemos de toda la vida, no hay ningún peligro.

No la contradigo aun cuando sigo intranquilo con respecto a ese tema. Deseo para mis adentros que fuese un «manitas» de los que ves en las películas, que pudiera agarrar las herramientas necesarias y arreglar los desperfectos de la valla, pero nada de eso ocurre porque no tengo ni idea de cómo hacer estas cosas.

María reparte las tareas, a mí y a John nos toca limpiar las malezas con un rastrillo y ella organiza las macetas, limpiando las partes secas e injertando nuevas plantas adquiridas ese día. Ni yo ni John sabemos muy bien cómo utilizar las cogederas pero, de alguna manera, el instinto nos indica el modo de proceder. No hablo mucho con mi compañero de tarea; aunque, según avanzamos nos disponemos a darnos ayuda mutua y a felicitarnos por los logros obtenidos. Progresamos deprisa y, en poco más de una hora, tenemos la parcela totalmente despejada de malas hierbas y los matorrales secos amontonados en un montículo. Al finalizar el trabajo recorro orgulloso el jardín y comprendo el mensaje de María con respeto a las plantas; es muy satisfactorio cuidarlas y dejarlas en las mejores condiciones. No recuerdo la última vez que había estado tan feliz.

La llegada del camión del invernadero nos hace detenernos. Ayudamos en la colocación de las plantas siguiendo las indicaciones precisas de María que parece entender de jardinería.

—No entiendo de jardinería —se ríe, cuando le expreso mi asombro ante el hecho de que sepa plantar una palmera—. Lo acabo de mirar en YouTube.

Seguimos sus instrucciones, por lo que nos disponemos a cavar un hoyo grande donde colocamos con cuidado las raíces de la planta. Después rellenamos el hueco con tierra y, finalmente, regamos con una cantidad abundante de agua. John pisa sin querer un charco y se mancha de barro de pies a la cabeza. Lejos de enfadarse, estalla en una risa contagiosa a la que nos unimos su hermana y yo. Tras ese incidente el chico se va a cambiarse y María y yo nos sentamos en un escalón admirando complacidos la palmera

de cuatro hojas que en la desnudez de aquel espacio árido parece una autentica belleza.

Y, de repente, una potente luz se enciende en mi cabeza. Le tomo las manos y le quito los guantes de plástico llenos de tierra que lleva puestos. Mis dedos se cierran en torno a su muñeca y la miro con intención a los ojos. En cuanto obtengo su completa atención le pregunto con voz cargada de emoción:

—¿Quieres casarte conmigo?

19



El «sí, quiero»

Mi cara se convierte en un poema. Lo miro con ojos desorbitados tratando de entenderle. No me apetece analizar a fondo su propuesta porque es absurda. ¿Cómo voy a casarme con él, si ni siquiera salimos juntos? Está loco. De atar. Mi conciencia me da la razón. Asiente de forma enérgica y observa con mala cara al hombre que está tambaleando mi paz interior. Me aclaro la voz preparada para contestarle, aunque me cuesta elegir las palabras adecuadas. Sus hermosos ojos color plata fundida brillan expectantes y, a pesar de estar confundida, le sonrío de forma cariñosa:

—No me mires de ese modo tan perturbador, no pienso responderte, Júnior. Te has saltado al menos seis o siete pasos de una relación normal al pedirme tal disparate. ¿Cómo vamos a casarnos si no salimos juntos? Imagino que te habrá emocionado la visita al súper y al invernadero pero no es razón para que me pidas matrimonio. Ya sabes, cada vez que te apetezca un plan tan estupendo como el de hoy, no tienes más que pedírmelo. No es necesario que te cases conmigo para tenerme.

Él acorta la distancia que hay entre nosotros haciendo que mi corazón se acelere.

—No salimos juntos, es verdad, pero eso tiene fácil alegre —Se acerca a mí y deposita un beso dulce en la mejilla. Después se desplaza lentamente hacia mi boca y me pide en voz baja, muy cerca de mis labios—: María Medina, ¿quieres salir conmigo?

Estoy perdida. Muy, muy pedida. Su cercanía, su olor, el calor que desprende su cuerpo me enloquece. Ignoro todas y cada una de las protestas de mi conciencia y asiento embelesada.

—Sí, Júnior, me apetece mucho salir contigo.

Cierro los ojos y me dejo envolver por sus labios suaves que me besan con delicadeza. Me aprieto a su cuerpo y le rodeo el cuello con mis manos manchadas de tierra. Él por su parte acaricia mi pelo y profundiza hondo en mi boca que lo recibe de buen grado. Nos separamos lentamente sin romper el contacto visual el uno con el otro.

—Entonces, ahora que salimos juntos de modo oficial, ¿te casarás conmigo?

La *femme fatale* se ha mantenido al margen hasta ese instante pero ante las insistencias de ese hermoso ejemplar que parece ver en mí alguna diosa romana que le tiene completamente enamorado, salta emocionada de su escondite y aplaude encantada. Nunca en sus veintitrés años de vida ha recibido tantos halagos ni le habían hecho sentirse tan especial.

A punto de darle el ansiado «sí» suelto otra duda que atraviesa mi mente.

—Júnior, si no nos hemos acostado, todavía. No sabemos si somos... si somos compatibles en la cama.

Mi cara comienza a arder. La *femme fatale* se tapa los ojos negando con la cabeza. Está furiosa y me recrimina mi nueva metedura de pata. ¿Cómo no voy a ser compatible con ese sublime ejemplar de metro ochenta? ¿Cómo no voy a derretirme cuando estos danzarines ojos de plata líquida se pierdan en los míos y nuestros cuerpos desnudos se unan en el íntimo contacto? Me abraso por dentro al imaginarme el contorno de sus fuertes pectorales aplastando mis pechos desnudos.

Él parece leerme la mente y me sonrío de un modo íntimo, cercano. Aprisiona mi barbilla entre sus dedos y demanda mi atención:

—Entonces, para que me aclare, ¿antes de decirme que sí, quieres acostarte conmigo?

Hago una honda inspiración, cohibida ante su repaso abrasador, colmado de intenciones.

—Yo... yo no he dicho esto —balbuceo ruborizada. Trato de evadirme aunque sin demasiado éxito. ¿A quién quiero engañar ahora? Fue eso lo que precisamente dije.

—Sí, lo has dicho. Que no se hable más, señorita Medina, mañana por la noche te espero en mi suite. Imagino que tras solucionar este último pequeño inconveniente, me darás una respuesta.

La *femme fatale* asiente extasiada. Hace un triple salto mortal, da varias volteretas y sonrío sin parar. Mi conciencia no quiere saber nada, está callada y malhumorada y me advierte con el dedo. Y yo estoy tan abrumada por la petición de matrimonio, de salir juntos, de acostarnos que le digo a todo que sí, sin ser realmente consciente del alcance de mi consentimiento.

Acorde a lo planeado esa noche se queda a cenar. Hago el intento de presentárselo a mi madre pero no tiene un buen día. No le dedica ni una sola mirada ni da señales de haberse enterado de su presencia. Le doy la cena y la acuesto en su dormitorio, después me dispongo a preparar junto a

John y Júnior la receta de la señora que llevaba el número 84 en la pescadería. Entre mi hermano y mi recién estrenado novio hay muy buen rollo, la conversación fluye entre ambos intercambiando impresiones del mundo de los videojuegos. Cenamos los tres en un ambiente relajado y no puedo no preguntarme cómo sería mi vida junto a él. Me asusta el torbellino de emociones que brotan en mi interior y me impresiona la fuerza de mis sentimientos.

Comienzo a enamorarme de él, noto como las puertas de mi corazón se abren de par en par aunque no estoy del todo segura de si Júnior es el libro en blanco que aparenta ser o, tras esa fachada de hombre perfecto, hay algún defecto que está por descubrir. Parece demasiado bueno para ser real.

Terminamos de cenar, lavamos los platos y dejamos la cocina recogida. Mi hermano se retira a su cuarto y parece que la velada se acerca a su fin, aunque Júnior no da señales de querer marcharse.

—¿Puedo quedarme un rato más? Pero solo si es posible, no deseo crearte problemas.

Me mira de ese modo suyo tan personal que le daría la luna si me la pidiera. Estoy perdida, sé que nunca seré capaz de negarle nada. Solo espero que lo que sea que se esté fraguando entre nosotros sea de verdad, porque si es una ilusión pasajera, sufriré. Júnior es el tipo de persona que te deja marca, que hace que estés dependiente de él.

—Claro —le tomo de la mano y lo conduzco a mi habitación, situada en el piso superior. Por suerte está ordenado, no hay ropa por el medio ni cosméticos sin guardar en la mesita de noche.

Él se adentra en mi espacio y lo observa todo con curiosidad. Da unos pasos y se acerca a una foto mía que tengo expuesta en un marco. Pasa el dedo índice por ella y sigue examinando los libros de una estantería. Por último, se acerca a la repisa donde guardo mis perfumes, destapa el bote de uno y lo olfatea.

—Te pido perdón si te estoy agobiando —se disculpa, con la atención puesta en el tapón de la colonia que guarda en su sitio—. No creo que hayas comprendido del todo lo que significas para mí.

Deja de lado mis objetos personales, se acerca a mí y me coge de la mano mirándome directamente a los ojos. Es tan intenso que me quita el habla.

—Estoy hablando completamente en serio cuando digo que quiero casarme contigo. No es algo pasajero ni se me ha ocurrido de repente. Estoy enamorado de ti desde siempre. Te quiero en mi vida porque te amo.

Me ama. ¿Me ama? ¿A mí? Difícil creerlo. Mis labios se entreabren por la sorpresa y mis ojos lo contemplan desorbitados. Tantas declaraciones juntas hacen que las emociones retenidas a lo largo del día hagan mella en mí. Me pregunto si existe alguna mujer en el mundo a la que le hayan pedido matrimonio, propuesto una tórrida noche de pasión, le hayan declarado amor ¿y todo en el mismo día?

Me siento afortunada por ser esa mujer especial. Los ojos se me llenan de lágrimas y es superior a mis fuerzas impedir que humedezcan mis mejillas. Es la primera vez en mi vida que lloro de felicidad. He pasado, en apenas unos días, de ser una chica solitaria sin nada de emoción en mi vida, a una importante, querida y especial. Sí, eso es lo que Júnior me hace sentir, especial. El hombre que acaba de poner el mundo entero a mis pies, me besa con dulzura acariciándome el pelo con suavidad y yo me aferro a él como nunca me he aferrado a nadie. Me tranquilizo y levanto la vista hasta conectar con él.

—Júnior, si es lo que quieres, me casaré contigo.

La *femme fatale* se cae al suelo, desmayada. Mi conciencia está muda de asombro y toda yo al completo estoy extasiada.

A Júnior se le ilumina la cara y sus ojos resplandecen. Hace una mueca graciosa y pregunta con un deje de diversión en la voz:

—Me dices que sí, ¿sin acostarnos? ¿Qué pasa si no somos compatibles?

—Lo seremos, Júnior —asiento plenamente convencida. Muy lentamente y algo temblorosa le acaricio la mandíbula y le atraigo hacia mí para buscar su boca. Nos damos un beso largo y pasional que nos enciende por dentro elevándonos a un estado de plena felicidad.

—No quiero dudas. Te espero mañana en el Hilton— me dice en voz baja muy cerca de mi boca.

—Allí estaré —le aseguro sonriente.

La *femme fatale* se cubre la cara con las manos. Maquina en la sombra los preparativos que debe hacer para que la noche prometida sea inolvidable.

A decorative graphic featuring a central arrangement of vertical and horizontal lines, resembling a circuit board or data flow diagram. The lines are light blue and grey, with some ending in small circles or arrows. The overall style is clean and modern.

20

Juan

El talón de Aquiles de Júnior

No hay nada que me moleste más que un libro en blanco. Uno en el que, por mucho que indagues pasando las hojas, no encuentres nada digno de mencionar. Es así como es la vida de Júnior. Blanca. Sin emoción, intriga o peligro alguno. No salgo de mi asombro. ¿Cómo es posible que un chico de veintidós años sea tan aburrido? Lo he seguido, he contratado a un detective y todo para quedarme sin conocer cuál es su talón de Aquiles. En el mundo deportivo no tiene enemigos; al contrario, parece un buen compañero, generoso, que reparte buenos pases y no se queda con el éxito para sí mismo así como hacía su padre. En su vida amorosa, no le constan novias. Ni líos de una noche, ni aventuras pasajeras. Inaudito. Por una milésima de segundo sopeso la posibilidad de que sea homosexual, aunque no lo aparenta ni hay noticias sobre él en este sentido. Tras seguirle la pista he detectado un minúsculo hilo de esperanza. Se ve de tanto en tanto con una chica igual de aburrida que él que trabaja en un banco y casi no sale a divertirse. Un día les seguí la pista y todo para llevarme a hacer la compra a un supermercado y después elegir plantas en un invernadero. ¡Plantas! Dos jóvenes.

Estoy muy molesto con los resultados porque deseo infligirle daño y, tras varios meses de búsqueda, no tengo nada para aplastarlo.

Sin embargo, una tarde grisácea de principio de junio me topo con una inesperada noticia que mejora de forma considerable mi decaimiento. Estoy sentado en la sala de espera de una clínica dental, ya que sufro dolores desde hace algunos días, y me encuentro con una foto de Júnior sonriéndome desde la portada de una revista. La cojo con rapidez y miro la fecha, es de hace dos días. Le sigo de forma asidua en todas las redes y tengo una alarma de Google con su nombre pero no me había enterado de ninguna noticia con respecto a él.

El titular hace que el pulso se dispare en mis venas. Mis ojos se convierten en dos esferas gigantescas, incapaces de dar crédito a la noticia.

«Júnior, el conocido delantero del Real Madrid, se casa».

¿Cómo es posible? De pronto y de la nada, se casa. Mi cerebro comienza a maquinarse a toda velocidad. Estoy eufórico, radiante y entusiasmado. Por

muy increíble que parezca he encontrado el talón de Aquiles de Júnior. Donde hay matrimonio, hay pareja, amor y, por lo tanto, punto débil.

Sigo devorando la crónica sin importarme que la enfermera me esté llamando para pasar a la consulta.

—¿Señor Sánchez? Es su turno, por favor pase. Su médico lo está esperando.

—Ahora, no —le contesto irritado por haberme interrumpido y regreso la atención a la revista.

—Quiere decir que... —Ante su molesta insistencia despego la vista de la portada y la taladro con una de mis miradas más feroces. La mujer se queda a mitad de la frase sin entender mi enfado. Esta pequeña escena ha llamado la atención sobre mí, me percató de que varios pares de ojos de los allí presentes me observan con interés. No estoy de humor para lidiar con nada que no fuera Júnior y su boda por lo que me levanto de malos modos, meto la revista dentro del bolsillo de mi americana y abandono apresurado la consulta. El dolor de muelas puede esperar, la boda de Júnior, no.

Busco un bar y, tras encontrar uno en la primera planta del edificio, pido un café solo con una pizca de leche desnatada y me dispongo a devorar la noticia, que dice lo siguiente:

«El conocido delantero blanco, Cristian Cros Júnior, contraerá matrimonio con la única mujer con la cual se le conoce una relación, la economista, María Medina. El matrimonio tendrá lugar el próximo 21 de junio de 2020 en el Hotel Luxury de Denia, ciudad natal de la madre biológica del futbolista. Júnior y su novia se conocen desde niños ya que cursaron primaria en el mismo colegio de Londres. Actualmente, la señorita Medina es la gestora comercial del señor Cros, que además de ser su flamante novio es su cliente más importante en el banco BTT».

La noticia es breve pero me da las pistas necesarias para saber que mi plan maestro tiene los primeros pilares asentados. Cojo una servilleta de papel de un soporte que hay sobre la mesa y apunto algunos datos de máximo interés: matrimonio, novia, asesora comercial, dinero, María Medina.

En un estado de humor inmejorable me dirijo al banco donde trabaja la futura mujer de Júnior y me abro una cuenta de ahorros. Me hago el campechano con la empleada que me atiende tratando de sacar algún tipo de dato importante sobre la novia.

—¿Sabe? Soy un gran seguidor del Real Madrid y tengo entendido que la prometida de Júnior trabaja aquí. ¿Es posible que sea mi asesora? Me haría mucha ilusión.

—Es improbable señor, lo siento. Desde ayer que saltó la noticia no se imagina la cantidad de gente que abre cuenta y pide que María los atienda. Los amantes del futbol son muy extraños. —La empleada sigue con los trámites al tiempo que me lanza una mirada consoladora—. Tome, aquí tiene todos los datos, acuérdesese de cambiar el pin de su tarjeta si así lo desea.

—Muchas gracias. —Le sonrío tratando de parecer ante sus ojos un ser humano cordial y amistoso y doy voz a una reflexión que tiene el objetivo de sonsacar el horario laboral de la susodicha—. Me imagino que ella solo trabajará media jornada, siendo la prometida de un hombre tan valioso, ¿para qué esforzarse?

Mi observación machista y fuera de lugar tiene el efecto deseado. La empleada niega de forma enérgica con la cabeza y me dice lo que quiero saber:

—Nada más lejos de la realidad, señor. María es una chica muy trabajadora. Su horario laboral es el mismo de siempre, entra a las nueve y sale a las cuatro de la tarde. Además, algunos sábados, realiza horas extra para ponerse al día.

—¿De verdad? —me hago el sorprendido aplaudiendo mi buena actuación—. Pues sí que es una mujer trabajadora, vaya que sí.

Salgo del banco y me mantengo en actitud vigilante hasta la hora señalada. Sé cómo es físicamente ya que la he visto en algunas ocasiones acompañando a Júnior, así que no tengo dificultad en reconocerla cuando sale del banco. Es alta, esbelta de rasgos dulces y mirada decidida. Viste de forma sencilla y clásica, a mi forma de ver, parece mayor de los veintitrés años que tiene en realidad. No logro situar su personalidad, es muy extraño que una mujer que fue capaz de pescar a uno de los hombres más importantes del planeta se dedique a hacer horas extras en su trabajo. Su atractivo físico es otra incógnita, no encaja para nada en el perfil de futura mujer de futbolista famoso. Lo único digno de mencionar de esa muchacha aburrida es su melena. Lisa, brillante y saludable le abraza los hombros para caer con gracia sobre sus hombros.

Espero paciente a que arranque su vehículo y, en cuanto lo hace, me posiciono detrás de ella y la sigo a una distancia aceptable. Recorremos las calles estrechas despacio, demasiado para mi gusto. Finalmente, dejamos atrás la aglomeración de la ciudad y tomamos un desvío que nos lleva a la autovía. Hay muy poco tráfico por lo que la misión que tengo por delante es un tanto complicada, no temo que vaya a reparar en mi presencia, no me conoce de nada ni sabe el inmenso interés que despertó en mí, pero soy precavido y hago el seguimiento lo más discreto posible.

Al cabo de un tiempo, toma el camino que nos lleva a Majadahonda. Me siento un poco intranquilo pensando que puede pertenecer a una familia adinerada que vive en una mansión de difícil acceso, pero mis dudas resultan infundadas, ya que se dirige a una zona apartada de la urbanización, que para mi suerte está bordeada por un bosque.

La muchacha aminora la marcha y detiene el vehículo delante de una casa modesta. Yo paso de largo buscando un lugar apropiado desde donde poder observarla. Una vez ubicada su residencia abandono el coche en un descampado que hay en los alrededores y camino hacia el bosque con la intención de acercarme a la casa desde ese lado.

Estoy de suerte, la parte trasera de la casa está todavía más desatendida que la principal y la valla que rodea la propiedad, desgarrada. Me acerco con sigilo y saco del bolsillo de mi abrigo unos prismáticos que compré para la ocasión. Me costaron una pequeña fortuna pero son efectivos, me permiten ver a través de los grandes ventanales.

El objetivo de mi interés se entretiene un rato en la planta baja donde se dispone a hablar con una señora mayor y presta atención a una mujer sentada en una silla. Después pasa a otra estancia, que debe de ser la cocina, ya que la veo trajinando algo y beber un vaso de agua. Miro el reloj y me apunto en un folio los pasos que da y el tiempo transcurrido ya que es de vital importancia para mi plan que esté perfectamente sincronizado con ella. A continuación, sube al piso superior y enciende una lámpara en una habitación que, a todas luces, parece la suya. Veo desde la distancia como se quita el vestido y se pone una ropa de estar por casa. Tiene buen cuerpo, piernas largas, torneadas y pechos firmes. Se recoge el pelo con los dedos y, tras reunirlos en un mechón, lo ata con un coletero. Abre las puertas de un armario donde coloca algo de ropa y finalmente se sienta en la cama y sale de mi objetivo.

Tras perderla de vista me dispongo a investigar y valoro el modo de acceder a su cuarto. Estoy satisfecho con el resultado ya que parece más fácil de lo que he sospechado en un principio. Me propongo seguirla, al menos un par de días, para tomar datos relativos a su rutina. Las circunstancias parecen favorables, la novia de Júnior me facilita mucho el trabajo que tengo por delante.

Satisfecho con esta primera toma de contacto, regreso a mi coche y sigo vigilando la casa desde la distancia.

A decorative background featuring a network of thin, light blue lines that resemble circuit traces or data paths. These lines are interspersed with small, downward-pointing arrowheads and circular nodes, creating a sense of digital connectivity and flow. The overall aesthetic is clean and modern, with a focus on geometric and technological motifs.

21

Juan

Allanamiento de morada

Mi primo me lanza una mirada desconcertante al tiempo que se rasca la ceja derecha con nerviosismo. Es informático, uno de los mejores, y representa una pieza imprescindible para el éxito de mi plan.

—No me gustan los domicilios particulares, ¿por qué narices debemos romper los códigos y entrar en el sistema bajo presión? ¿No sería mejor robar el ordenador, trabajar con tranquilidad los códigos en la intimidad de mi casa y devolverlo después?

No me apetece contestar preguntas tontas. Hasta yo que no entiendo mucho de ordenadores, sé que es preferible trabajar sin presión, no obstante, para el éxito de mi plan hemos de hacerlo de un modo menos relajado.

—Fredy, deja de quejarte y de hacer preguntas necias. No temas, lo tengo todo controlado. En ese domicilio solo hay dos mujeres; una enferma y la otra es una anciana, no se mueven del salón de la casa, situado en la planta baja, salvo para ir a la cocina y al baño. Accederemos a la casa por una puerta trasera, subiremos en silencio hasta la primera planta donde te doy mi palabra de que nadie nos molestará. Una vez instalados, tú trabajarás y yo me quedaré vigilando. Más simple, imposible.

Fredy asiente; aun cuando las sombras de la preocupación se siguen apreciando en su rostro. Recoge el abultado sobre que he dejado sobre el escritorio y, tras abrirlo y echarle un rápido vistazo, se pone a mi servicio. Sonríe para mis adentros satisfecho. No hay miedo que no quede superado por un buen fajo de billetes. Los seres humanos son así de previsibles y mi querido primo no iba a ser menos.

Aquella misma mañana nos montamos en un coche de alquiler y nos dirigimos hacia la casa de María. Apenas son las diez de la mañana, espero poder terminar el trabajo antes del regreso de la muchacha.

Una vez llegamos a nuestro destino, seguimos el plan a rajatabla. Según lo planeado, dejamos el coche en el descampado y caminamos bordeando el bosque hasta llegar a la parte trasera de la propiedad. Nos colamos por la abertura existente en la valla y, tras echar una ojeada para asegurarnos de que las mujeres no se saltan su rutina, entramos por la puerta trasera y nos dirigimos sin mayor problema a la parte alta de la casa. El silencio es muy

intenso, tanto que retumba en mis oídos y la expectación hace que la adrenalina recorra mis venas a gran velocidad. Una vez localizada la habitación de la joven le hago una seña a mi primo para que se ponga en marcha. Se sienta ante el escritorio y comienza a sacar varios aparatos de su maleta. Después, enciende el ordenador de María y conecta unos cables en las ranuras correspondientes. Sabe todo lo que hay saber, por lo tanto no nos dirigimos la palabra en ningún momento. Mueve los dedos sobre el teclado con la destreza típica de un informático, su cara concentrada y su gesto tenso me hace pensar que va por buen camino. Mientras tanto yo sigo en actitud de alerta y paso las horas muertas como buenamente puedo.

Pasadas las tres de la tarde, Fredy da el trabajo por finalizado.

—¡Misión cumplida! El dinero transferido, el antivirus insertado y el estado oculto activado, por ahora. Vámonos, me muero de hambre.

Recoge los aparatos que ha utilizado para trabajar y los apila dentro de su maletín. Yo apago el ordenador y miro atento por si hemos dejado algún rastro de nuestra presencia. Cuando me aseguro de que está todo en regla, salgo de la habitación con mi primo pisándome los talones.

Abandonamos la propiedad sin ningún contratiempo y regresamos a Madrid satisfechos. Fredy se ha ganado un buen dineral y yo he cazado a la novia de Júnior de tal modo que le será imposible desobedecerme en el futuro.

Una hora más tarde, hago el camino de vuelta y sigo el mismo ritual que en la mañana. Dejo el coche en los alrededores, me cuelo por la abertura de la valla y, a través de la puerta trasera, acedo a su habitación. Enciendo el ordenador y espero paciente. La repentina llegada de un adolescente casi da al traste con mi plan, aunque consigo esconderme a tiempo debajo de la mesa y no repara en mi presencia.

Sé quién es el chico, lo he visto en mis días de vigilancia; según su rutina, no debería de estar en casa hasta bien entrada la tarde. Espero que este contratiempo sea el único de la jornada.

A las cinco menos cuarto el coche de María se detiene delante de la puerta. Aun cuando tengo la situación bajo control no puedo evitar sentirme nervioso. Sé por propia experiencia que las personas tienen diferentes formas de actuar ante el miedo, cometiendo a veces, verdaderas estupideces. Espero que María sea una muchacha sensata que sepa apreciar

la gran oferta que pienso hacerle y, sobre todo, deseo que tome el camino correcto y me obedezca.

Con estos pensamientos rondándome por la cabeza escucho cómo se despide con voz alegre de las dos mujeres que ocupan la planta baja y sube los escalones de uno en uno hasta llegar al piso superior. Se detiene para hablar con su hermano y, al cabo de un rato, abre la puerta de su habitación.

En cuanto aparece me pongo de pie al lado de su escritorio. Los tímidos rayos de sol de principios de primavera se filtran a través de la cortina floreada que custodia el ventanal y me impide ver con claridad. Me sudan las manos y siento la garganta seca, pero me mantengo firme y le sostengo la mirada con determinación cuando sus ojos oscuros, bordeados de largas pestañas encorvadas se encuentran con los míos. Hace el ademán de gritar pero yo le hago una seña con el dedo para que se mantenga callada.

El miedo se refleja en su rostro cuando le advierto en voz bajita pero fría y amenazante:

—No digas ni una palabra si quieres que a los tuyos no les pase nada. No te haré daño, solo quiero enseñarte algo.

22



Un invitado inesperado

Parpadeo varias veces, perpleja. La inesperada presencia de un hombre en mi cuarto me paraliza por completo. No parece un ladrón, ya que no se inmuta ante mí, sino todo lo contrario. Tiene toda la pinta de estar esperándome.

Tras el *shock* inicial abro la boca dispuesta a pedir ayuda pero las palabras mueren en mi garganta ante la advertencia silenciosa que me envía aquel hombre, al que estoy segura de no haber visto jamás. Es de estatura baja y complexión fuerte, tiene el pelo corto al raso y viste ropa oscura. No hizo falta formular ni una palabra para intimidarme.

—¿Quién es usted? —pregunto, cuando me recupero de la impresión—. ¿Qué hace aquí?

—Mi nombre no importa. Digamos que seré tu pesadilla si no haces lo que te ordene. Ahora ven, acércate, deseo enseñarte algo.

No quiero someterme ante él. A primera vista, no observo nada que me intimide, ni un objeto ni otra cosa por el estilo, lo único que posee es su gesto serio y su voz fría. Y algo poderoso en su mirada que hace que me tiemblen literalmente las rodillas. Camino insegura hasta mi escritorio y, nada más llegar, me enseña la pantalla de mi ordenador. Me fijo en que está desbloqueada y hay sesión iniciada con mis credenciales del banco BTT. Frunzo el ceño ya que estoy segura de haber dejado esta mañana, antes de marcharme a trabajar, el ordenador bloqueado con mi contraseña.

—¿Cómo es posible? —susurro desconcertada.

—María, es muy simple. Como puedes ver, he accedido a tu sesión del banco e hice algunos pequeños cambios —me informa el invitado sorpresa de buen humor, como si fuese muy obvio lo que está sucediendo. Abre otra pestaña y añade en tono amistoso—: Esta es la cuenta de tu cliente más importante en BTT, fíjate bien y dime lo que ves.

Agudizo la vista y abro mucho los ojos ya que me cuesta entender nada. Observo sesión iniciada con la cuenta de Júnior donde quedan solamente 5,70€. Me invade el pánico y me cuesta respirar. Empiezo a intuir el propósito de este individuo y comprendo que soy víctima de un robo virtual. ¿Dónde están los diez millones de Júnior?

Noto como las plantas de los pies se me encogen y pierdo el equilibrio. El pánico se apodera de mi mente y soy incapaz de pensar. El hombre me sostiene por los hombros y me acerca de forma caballerosa la silla para sentarme.

—Impresiona ver a tu mejor cliente sin nada... ¿verdad? Pues esto no ha hecho más que comenzar, lo que te mostraré a continuación, te impresionará todavía más. —Sonríe complacido mientras abre otra pestaña. Delante de mis ojos aparece mi propia cuenta...el saldo reflejado en ella me provoca escalofríos. La vista se me nubla y el corazón deja de latir en mi pecho. Los diez millones que faltan en la cuenta de Júnior están...en la mía.

—¿Qué es todo eso? Yo no hice esas transferencias... —empiezo a intuir el alcance de sus arreglos aunque no advierto el *modus operandi*. Es imposible hacer una transferencia de ese calibre sin los permisos pertinentes de los directivos del banco. De pronto, caigo en la cuenta de que este hombre no está cometiendo un simple robo; de haber sido así, no me hubiera tenido de testigo. Lo más probable es que desee algo a cambio, convirtiéndome en una víctima chantajeada. ¿Pero qué puedo poseer yo que haya despertado su interés? No tengo ni la menor idea, así que la mejor forma de saberlo es preguntárselo—. ¿Qué quiere de mí?

Coloca una mano en mi brazo y me hace una seña tranquilizadora.

—Relájate, no corras tanto. La juventud de hoy habéis perdido una de las cualidades de mayor valor para el ser humano: la paciencia.

¿Me está sermoneando? ¿En mi propia casa? Mis ojos arden indignados y todo mi ser se rebela. Parece adivinar mi estado de ánimo por lo que sigue informándome de sus intenciones.

—Déjame mostrarme más cosas y lo entenderás todo. —Abre la tercera pestaña que tenía preparada de antemano y me enseña una cuenta conjunta abierta a nombre de Júnior y mío en un banco de las Islas Caimán.

Este último descubrimiento me deja helada. No entiendo nada. Júnior y yo no tenemos una cuenta conjunta y, menos en un banco extranjero.

El hombre cierra de golpe la pantalla de mi portátil y lo aparta a un lado. Clava sus ojos astutos, de un incierto color marrón verdoso en mí, y cuando obtiene mi completa atención, me ofrece una explicación:

—Como bien pudiste ver, los diez millones de Júnior han sido transferidos a tu cuenta. Por el momento, nadie lo sabe porque la operación está protegida por un virus que hace que la operación esté oculta. El saldo

actual de las dos cuentas es el que viste, pero mientras el virus esté activo, nadie sabrá que los fondos de Júnior se han movido. Para que esto no salga a la luz y traiga desastrosas consecuencias para ambos, necesito que me hagas un favor.

Un favor. ¿Qué tipo de favor quiere este loco de mí? No tengo la menor idea de quién es, estoy impaciente por librarme de él y llamar a la policía. Si cree que puede impresionarme en mi propia casa y con mis propias cuentas está muy equivocado. Aparento prestarle atención al tiempo que busco con la mirada el móvil. De algún modo ha conseguido entrar en mis cuentas utilizando mis credenciales de trabajo. Dudo que lo que me dice sea la verdad y, si lo fuese, seguro que mis explicaciones valdrán para restablecer el orden y devolverle a Júnior su dinero.

—¿Qué favor? —pregunto, al cabo de un momento, no porque quisiera saberlo sino para ganar algo de tiempo y sacarle más información.

—Quiero que dejes a Júnior plantado ante el altar el día de vuestra boda.

Los colores abandonan mi cara y un miedo irracional penetra en mi interior. Comienzo a intuir que no se trata de una simple estafa y que este hombre es más peligroso de lo que he sospechado al principio. Tanteo la idea de gritar, pero ¿qué pueden hacer una mujer enferma, una anciana y un adolescente ante un hombre tan meticuloso y organizado como el que tengo delante?

—¿Qué tiene que ver...?

—No hagas preguntas —me corta bruscamente. Su cara amable de apenas segundos atrás se contrae y su mirada se vuelve tan fría que me hiela la sangre en las venas. Coge de improviso mi muñeca y la aprieta con fuerza hasta que la piel se enrojece bajo la presión de sus dedos—. Ahora préstame atención muchacha, porque veo que no comprendiste del todo el marrón que ha caído sobre ti. Se han transferido los fondos de Júnior a tu cuenta, delito penado con, al menos, diez años de cárcel, si no haces lo que te digo, transferiré los fondos desde tu cuenta a la cuenta conjunta de las Islas Caimán. ¿Qué quiere decir esto? —pregunta expectante.

Niego con la cabeza. La situación me sobrepasa y noto mi frente perlarse de sudor. Ya no le sigo, ni comprendo los entresijos de su maquiavélico juego.

—Que tanto tú como tu futuro marido seréis acusados de blanqueo de capitales y evasión fiscal. Os caerá una buena temporada a la sombra. Tu

carrera habrá terminado y la de Júnior también. Ahora dime, ¿qué estimas más? ¿Vuestro matrimonio o vuestra libertad?

—Váyase de mi casa. No haré nada de lo que me diga —grito enfurecida. Me ha soltado tanta información de golpe que mi cabeza está a punto de explotar. Sé que debo hacerle frente cuanto antes, con cada segundo que pase, su poder sobre mí crecerá y se hará dueño de la situación. Hago una larga inspiración y levanto la barbilla en actitud desafiante—. Se lo contaré todo a la policía, describiré su aspecto y lo detendrán. Y el que acabará en la cárcel una buena temporada será usted, no mi pareja y yo.

El hombre no se inmuta ante mi pataleta. Me sonrío con autosuficiencia y se levanta, haciendo el ademán de marcharse. Casi comienzo a aplaudirme por no haberme dejado intimidar cuando se gira hacia mí y me remata de forma definitiva.

—Muy bien, entonces. Llama a la policía. ¡Vamos! —me pide con voz autoritaria—. Pero antes de hacerlo, ten en cuenta un pequeño detalle.

Me mira con prepotencia y mis ánimos decaen.

—¿Qué detalle?

—Todos los trámites se han hecho con tu ordenador desde esta casa. No podrás demostrar de ninguna de las maneras que la delincuente no eres tú. Te hundirás en la miseria y arrastrarás a tu querido novio contigo.

Esta última observación hace que se me caiga el alma a los pies. Lágrimas amargas se escapan de mis ojos y una inmensa impotencia se apodera de mí. Si lo que dice es cierto y la policía no me cree, entonces acabaré en prisión. ¿Quién cuidará de John y de mi madre? Y si meten a Júnior también en esto, su carrera futbolística estará acabada. Decido seguirle el juego y buscar alguna alternativa. Faltan veinte días hasta la boda, seguro que, hasta entonces, las cosas se solucionarán.

—¿Qué quiere que haga?

Se detiene ante la puerta y guarda silencio. La tensión formada entre nosotros pesa como el plomo. Mi corazón late tan deprisa que soy capaz de escuchar sus sonidos. El intruso se gira lentamente y asiente satisfecho.

—Buena chica. Por el momento, no es necesario que hagas nada, aparte de guardar el secreto. Ser de lo más normal y complaciente con Júnior. Para el éxito de nuestro plan es preciso que él no sospeche nada. Si le veo

alterado o confundido, el acuerdo caerá y las cuentas quedarán visibles. Un día antes de la boda nos volveremos a ver.

—¿Cómo sé que mantendrá su palabra? Quién me asegura que una vez haya dejado a Júnior, ¿usted no seguirá adelante con su plan?

—No lo sabrás y eso es lo más emocionante. Tendrás que confiar en mi palabra. Hay un antivirus programado para el día veinte de junio, a las doce. Si cumples tu parte del trato todo quedará destruido y las cuentas retomarán su normalidad. Si no cumples, saldrán a la luz y la policía os detendrá a los dos en plena ceremonia. La elección es tuya. ¿Amor o libertad?

Una sonrisa maliciosa aparece en su rostro, cómo si esa posibilidad también lo satisficiera.

—¿Por qué hace esto? —le pregunto con voz entrecortada. Me cuesta creer que media hora antes, mi vida era despreocupada y feliz, necesito comprender algo más de la tormenta que se me echó encima—. A mí no me conoce de nada, supongo que todo eso es para causarle daño a Júnior. ¿Qué le hizo él para querer destrozarle la vida?

—Cierto. Tú no eres más que una víctima necesaria. Júnior es el culpable de todo. Con su simple nacimiento hundió mi vida.

Y, dicho esto, el hombre gira sobre sus talones y desaparece de mi vista. Me asomo al pasillo y le veo caminar sin prisas como si aquella fuera su propia casa. Es su manera de decirme que no tiene miedo. Su actitud fría y meticulosa me da a entender que sus amenazas son verdaderas.

Necesito varios minutos para calmarme. Bebo un sorbo agua de un vaso que hay sobre mi escritorio y me acerco al ordenador para verificar las cuentas.

Una media hora más tarde comprendo, rota de dolor, que todo lo que dijo ese individuo es la verdad. Es muy extraña la situación en la que me encuentro. En teoría soy libre de hacer lo que me plazca, nadie me impide descolgar el teléfono para informar a Júnior. En la práctica, me siento atada de pies y manos. Porque sí, podría acudir a la policía y denunciar los hechos, pero el IP del ordenador me inculpará y será cuestión de tiempo arrastrar a Júnior conmigo.

Júnior y su familia tienen dinero, seguro que un buen abogado será capaz de aclararlo todo, me anima una vocecita amable en mi cabeza. ¿Y si no lo hace? La mala publicidad destruirá su carrera mientras dure la

investigación. Su nombre quedará manchado para siempre sin importar el hecho de ser inocente o culpable.

Estoy hecha un manojo de nervios. Si no puedo acudir a la policía, ¿entonces qué hago? Soy incapaz de quedarme quieta y esperar a destrozarle la vida al hombre al que amo. Justo en ese instante me llama Júnior. Miro indecisa la pantalla del móvil, no tengo fuerzas para cogerla y fingir normalidad. Faltan veinte días para la boda, me pregunto cómo podré aparentar felicidad cuando toda mi vida se ha desmoronado. ¿Qué será de ambos una vez lo deje en el altar?

La *femme fatale* no aparece ni una sola vez para apoyarme y mi conciencia está enmudecida.

Quisiera contárselo a alguien, pedir una opinión, pero el asunto es tan delicado que no puedo confiárselo a nadie. Soy una persona honesta, por suerte, nunca he tenido que fingir ante nada, no sé si podré convivir con semejante secreto. Ojalá mi madre estuviera bien, ella sabría cómo ayudarme. La tristeza y el desamparo me invaden. Si no ocurre un milagro en los próximos veinte días me veré obligada a alejar de mí a la única persona que me ha querido nunca.

Me meto en la cama sin cenar y, por primera vez en mucho tiempo, sin interesarme sobre el estado de mi madre. Lloro desconsolada hasta que, de puro agotamiento, me quedo dormida. Sueño con el día de mi boda. Camino despacio hacia el altar que me recibe desierto. Júnior no está allí esperándome. La multitud susurra a mis espaldas:

«Júnior la ha dejado. No se casará con ella».

Un grito desgarrador sale de mi garganta y abro los ojos de golpe.

23



¿Quién dijo compatibilidad?

El partido está a punto de terminar. Mi equipo y yo no tuvimos nuestro mejor día, y el mal resultado obtenido nos sitúa a un paso de ser eliminados de la Champions.

Maldita sea, solo necesitamos un gol para cambiar la suerte del encuentro. Miro la gran pantalla digital y veo que, a causa de las interrupciones del partido, el árbitro ha añadido cuatro minutos. Nuestro rival intenta ganar tiempo porque el empate le basta para pasar a la siguiente ronda. Me detengo en medio del terreno evaluando la situación. En momentos así hace falta sangre fría e inteligencia para idear una jugada maestra.

Soy un jugador experimentado, puede ofrecer un gol a mi equipo. Observo desde la distancia a mis compañeros y sopeso las posibles opciones que tengo. Danilo ha hecho una interceptación pero está nervioso y no sabe a quién pasarle la pelota. Decido lanzarme a la piscina y cargar toda la responsabilidad sobre mis hombros. Si sale bien me convertiré en un héroe, si sale mal, asumiré la culpa del fracaso. Le hago un gesto a mi compañero, en señal de que estoy dispuesto a coger el timón. Me lanza la pelota con demasiada fuerza para poder interceptarla, pero justo cuando estoy a punto de perderla hago una chilena en el aire y la atrapo con mis piernas. Me levanto con rapidez y hago un sprint individual hacia la portería contraria. Dos defensas del equipo contrario tratan de pararme los pies pero les esquivo con elegancia y sigo adelante. El público entrevé un hilo de esperanza por lo que comienza a gritar mi nombre para animarme. Ese gesto, lejos de ayudarme, me estorba ya que todos los jugadores adversos se centran en mí y me dificultan la jugada. Una rápida ojeada al reloj me indica que faltan tan solo veinte segundos para el final. Estoy todavía lejos del perímetro de los once metros y hay contrarios por todas partes.

No puedo dudar más, es ahora o nunca. No me queda tiempo ni espacio para avanzar. Detengo la pelota y la toco con suavidad con el pie izquierdo, deseando que la misma trazase una media vuelta y se estampase en el rincón inferior derecho, donde sería imposible de parar. Los espectadores aguantan la respiración con la vista puesta en el balón que da varias

volteretas en el aire para acabar de forma triunfante en la parte superior derecha de la portería.

La euforia nos invade al instante y, aun cuando faltan al menos un par de segundos, el árbitro detiene el juego y nos tiramos al suelo, extasiados. El público canta mi nombre y mis compañeros se amontonan sobre mí formando una avalancha humana, imposible de describir.

«Júnior corazón eres nuestro campeón», ovacionan mis seguidores embelesados. Estoy eufórico. Me cuesta respirar y temo quedar aplastado bajo los cuerpos de mis compañeros. Finalmente, la emoción remite y me dejan ponerme de pie. Saludamos emocionados a nuestro público y tardamos más de lo previsto para salir del campo. Tras esos momentos de locura colectiva me dirijo junto a mis compañeros a los vestuarios. Estoy en pleno apogeo futbolístico y faltan tan solo cinco días para casarme con el amor de mi vida. No creo que haya sobre la faz de la tierra un hombre más feliz que yo. Lo tengo todo: amor, éxito, dinero, solo me falta algo de tiempo para poder disfrutar de los maravillosos regalos que la vida me ofrece.

Al cabo de una hora me reúno con los míos y, tras los abrazos de rigor y las felicitaciones emotivas me percató de la ausencia de María.

—Hijo —me felicita mi padre orgulloso al tiempo que me da un sentido abrazo—. ¡Qué gran noche! La chilena que hiciste fue espectacular. Y el voleo de la pelota, fabuloso. Has arriesgado mucho, pero tienes al Bernabéu en el bolsillo. ¡Felicidades!

Acepto agradecido sus cumplidos ya que es muy exigente y poco dado a repartir halagos. Recibo el mismo tratamiento por parte de Marcos y Minerva y cuando la efusión que sentimos baja en intensidad, me intereso por el paradero de mi novia. Es mi gran noche, deseo compartirla con ella.

—¿Y, María?

Mi padre mira en dirección a Marcos, este le pasa el marrón a Minerva quién, finalmente, me aclara la situación:

—Se sentía algo indispuesta así que... se fue unos minutos antes del final.

—¿Qué le pasó? ¿Está enferma?

—No creo que sea nada importante —me tranquiliza mi padre al advertir mi preocupación—. Con seguridad, serán los nervios previos a la boda, no se lo tomes en cuenta. Vamos a celebrarlo, no te impacientes.

Nos marchamos a cenar a un restaurante que mi padre ha reservado para la ocasión pero me siento extraño sin ella. El asiento de la silla me parece incómodo y la comida no logra satisfacerme. El vino de excelente calidad que acompaña nuestra cena me sabe agrio y, nada más terminar los postres, me invento una excusa, alegando cansancio y me escabullo apresurado. Conduzco ansioso hacia la casa de mi novia y mi preocupación aumenta al observar la luz de su cuarto apagada. Lanzo una ojeada rápida al reloj y caigo en la cuenta de que es todavía temprano, así que la llamo y le digo que estoy delante de su casa.

Me abre la puerta pocos minutos después. Está pálida, los ojos enrojecidos y los círculos oscuros que luce debajo de los mismos revelan que ha estado llorando. Viste un pijama de franela de color blanco con graciosos dibujos impresos y ofrece un aspecto general de cansancio y tristeza. No le hago preguntas, me limito a rodearla para reconfortarla. Le doy un beso afectuoso en la frente y la estrecho con fuerza entre mis brazos.

—¿Estás bien? —le pregunto cuando sus ojos se encuentran con los míos. Le acaricio la mejilla y me tranquilizo un poco cuando ella asiente.

—No es nada, solo estoy cansada. Perdona por no haberte esperado, de verdad, me hubiera encantado celebrar tu gran noche, pero me encontraba algo mareada y no quería empañar tu alegría.

—¿Quieres que me quede contigo? —La observo impaciente y acerco los dedos de forma instintiva a su frente para comprobarle la temperatura—. No parece que tengas fiebre, pero si me dejas, me gustaría cuidar de ti. Puedo intentar prepararte una sopa de pollo. Dicen que hace milagros.

Mis palabras amables provocan lágrimas en sus ojos. No entiendo su estado de ánimo ni el porqué de su angustia. De lo normal, María es un libro abierto; dice en cualquier momento lo que piensa, aunque debo admitir que desde hace unos días se está comportando de un modo un tanto raro, está pensativa y triste. Me quedo inmóvil ante ella al advertir que sus emociones están a flor de piel.

No insisto, ni le hago preguntas incómodas. Cada persona tiene sus días buenos y malos; ella puede tener los suyos sin necesidad de justificarse por ello ni ante mí ni ante nadie. La tomo de la mano con delicadeza y la llevo a su habitación. Una vez allí la ayudo a meterse en la cama y, tras quitarme los vaqueros y la camiseta, me tumbo a su lado y la acomodo entre mis brazos. Se aferra a mí con una necesidad que me sorprende. Llora

silenciosamente un buen rato y yo le acaricio el cabello tratando de calmarla.

Al cabo de un rato, se gira hacia mí y comenta muy cerca de mis labios:

—Siento haberte estropeado tu noche. Ahora deberías estar en un lugar fantástico, celebrando tu gran éxito y no aquí, aguantando mi pésimo estado de ánimo.

—Estoy en el lugar más fantástico que pueda desear, aquí contigo.

Busco su boca y María se abre a mí con una pasión que resulta apabullante. Acaricio su cuerpo y la ayudo a desprenderse de la parte de arriba de su pijama. No lleva sujetador por lo que en cuestión de segundos mi torso aplasta sus pechos firmes y suaves con deseo. Ella me rodea el cuello y volvemos a besarnos. Levanta un poco sus caderas y se desprende de la parte de debajo de su pijama. De normal, disfrutamos más tiempo del preludio, el tanteo sexual es algo que nos encanta por igual; sin embargo, en esta ocasión, la noto impaciente. Me encorseta con sus largas y esbeltas piernas y exige que esté dentro de ella. No me hago de rogar y la penetro lento pero hondo, acoplándonos de forma paulatina el uno al otro. Parece distinta a otras veces, dando a entender con sus movimientos que está hambrienta y necesitada de mí. Le doy lo que necesita y me arrastra con ella a uno de los orgasmos más salvajes y pasionales que jamás he experimentado. Una vez hemos tocado los bordes del cielo permanecemos quietos y abrazados. No hay sensación más bonita en el mundo que la que siente el ser humano después de hacer el amor. El cuerpo se queda suspendido en un limbo entre realidad y fantasía, la mente se vacía por completo y el corazón irradia paz y serenidad.

¿Quién dijo compatibilidad? Lo que compartimos en la cama la mujer que amo y yo se llama perfección.

24



El día de mi boda

Un refrán sabio dice que Dios aprieta pero no ahoga. En mi caso no lo tengo tan claro. Estoy al límite de mis fuerzas, incapaz de sobrellevar el día que me espera por delante. Es un tanto irónico, una fecha que debería ser dichosa se ha convertido en una pesadilla. Una pesadilla oscura que me tiene atormentada.

Llevo veinte días viviendo en el infierno. Y no, no soy una cobarde, he tratado de salir de él, aunque sin demasiado éxito. He intentado contárselo a Júnior, cada vez que reunía el suficiente coraje para hacerlo, recibía un mensaje intimidante de mi verdugo y me acobardaba. Ya no le basta enviarme amenazas relacionadas con el banco y la inminente entrada en prisión de Júnior y mía, ahora se va por el pantano de la familia insinuando que, si no cumplo sus exigencias, mi madre enferma y mi hermano adolescente quedarán a su merced.

Estoy aterrada y, por mucho que busqué, no encontré otra salida, aparte de mantenerme callada. Los días han pasado con lentitud, unos tras otros y no he conseguido hallar la luz en la oscuridad que me rodea. Mi amor percibe mi infelicidad y abatimiento y trata de sacarme del hondo pozo donde he caído pero no sabe cómo hacerlo. Todos los poros de mi piel necesitan desahogo, quiero contárselo para que juntos descubramos una solución, pero el miedo me mantiene paralizada.

Y, tras un suplicio de veinte días, me encuentro cara a cara con el día de mi boda. Mi mejor amiga, Laia, excompañera de la universidad me ayuda con los preparativos. Antes de abandonar mi cuarto observo mi aspecto en el espejo, el vestido blanco y vaporoso envuelve mi figura cómo una preciosa nube esponjosa. El pelo lo llevo suelto, salvo un pequeño recogido en la parte alta, donde Laia ha colocado unas minúsculas flores blancas, que me ofrecen un aire romántico, muy favorecedor.

Cuando doy mi acicalamiento por finalizado acudo a la habitación de mi madre para despedirme de ella. No repara en que llevo puesto un vestido blanco ni se inmuta cuando le digo que me caso. Si hubiera sido una ceremonia normal la hubiese llevado; es mi madre, y aun cuando su mente se ha separado de su cuerpo, quiero que presencie los momentos claves de

mi vida. Pero soy consciente de que la boda acabará en un desastre, por lo tanto no insisto para no confundirla más.

Mi hermano, John, está emocionado. Tiene la significativa tarea de acompañarme hasta el altar. Por primera vez en su vida se siente importante, prueba de ello es que viste un traje elegante para la ocasión y lleva colgado del cuello almidonado de su camisa una pajarita color azul celeste, ofreciendo un aspecto adorable. Me preocupa su reacción al desenlace de la ceremonia, ya que se lleva muy bien con Júnior, que según él es uno de los pocos seres humanos que lo entienden.

—Eres una chica con suerte —me dice Laia al tiempo que acoge mis manos entre las suyas y me observa satisfecha—. Lo tienes todo para ser feliz. ¿A quién no le gustaría estar en tu lugar? Un futuro marido guapo a rabiarse, rico, educado y que, encima está loco por ti.

Se me encoge el estómago y un nudo grande comprime mi garganta. ¿Por qué nadie puede distinguir más allá de la superficie? Me siento como si estuviera a punto de ahogarme en una piscina rodeada de gente y nadie fuera capaz de ver cómo el agua ensancha mis pulmones.

—Sí, supongo que sí —respondo con voz temblorosa.

A mitad de la mañana nos montamos en el coche de Javier, el novio de Laia, y nos dirigimos al Hotel Luxury, el lugar escogido para la ceremonia.

Hasta el último instante espero que aparezca un milagro. Mi mente, en su deseo de liberarse de la presión, fantasea varias hipótesis. No soy capaz de imaginarme el modo de dejar a Júnior delante de su familia y sus amigos. Estoy viviendo una pesadilla y, lo peor de todo, es que nadie puede ayudarme; desde fuera, me ven como una mujer pletórica, que tiene el mundo entero a sus pies. Nadie mira más allá de las apariencias para vislumbrar el abismo que me rodea.

Me siento inmersa en una montaña rusa, los minutos pasan con rapidez y llega la hora de presentarme ante el amor de mi vida sin que haya aparecido el muy deseado milagro salvador.

Todo está perdido.

La música nupcial suena con fuerza y mi hermano me hace una seña con el codo, indicándome que debemos avanzar por la alfombra verde, colocada ante nosotros para la ocasión. Doy unos cuantos pasos colgada de su brazo cuando me indica que he recibido un mensaje. Le he dejado el móvil para que me lo guarde con la insistencia de avisarme de cualquier mensaje o

llamada que reciba. Agarro el móvil con mano temblorosa y, tras leer las pocas líneas del mensaje, me invade el pánico.

«Lo tienes que humillar, decir que es el mocoso mimado de sus padres. Si no lo haces de ese modo, no valdrá. Si no me obedeces, todo se sabrá».

A partir de ese instante comprendo que camino en medio de una terrible tormenta y que no hay ni la más mínima posibilidad de poder escapar de ella. Debo hacerlo rápido, como un corte en la piel, cuanto más fulminante y limpio, menos dolor infligirá. Mi conciencia me mira con cara seria. La *femme fatale* lleva tiempo desaparecida del mapa, sus días de gloria han quedado en el olvido. Y solo quedo yo, frente a frente, con el peor día de mi vida.

Ya está, me he rendido. Ante ese pensamiento los ojos se me llenan de lágrimas y los focos de las cámaras que immortalizan mi llegada me deslumbran. Las rodillas me tiemblan y todo mi cuerpo está tenso. A modo de cámara lenta veo a Júnior esperándome con una sonrisa cargada de felicidad dibujada en su hermoso rostro. Es tan alto, presentable y guapo que se me para la respiración. ¿Cómo podré dejarlo cuando tengo el corazón ardiendo de amor por él?

Solo nos separan unos cuantos pasos y sé que ha llegado la hora de actuar. Noto un dolor lacerante expandirse por mis entrañas y un sudor frío me recorre la espalda.

Las mentiras brotan de mi boca con celeridad y una parte de mí se muere lentamente ante la mirada dolida de Júnior. Cuando dice mi nombre me siento tan sobrecogida que me entran ganas de contarle todo, pero justo en ese instante algo llama mi atención entre los invitados. Camuflado entre la multitud se encuentra el hombre que ha destrozado mi vida. Se lleva el dedo índice a los labios, advirtiéndome de no salirme del guion. Su mirada me taladra con seriedad y el brillo malicioso de sus ojos me intimida. Lleva en la mano un móvil y los dedos pegados a la pantalla, firme indicativo de que pondrá su amenaza en marcha.

Finalmente, todo acaba. Suelto de forma automática las palabras que había ensayado previamente y abandono la ceremonia con paso apresurado. Me cuesta caminar, las miradas asombradas de los invitados me queman la piel y no puedo respirar. Mi hermano está enfurecido, no para de recriminarme y, lo más doloroso de todo, es que no puedo alegar nada en mi

defensa. A ojos de todo el mundo soy una mujer sin corazón que ha humillado al ser más maravilloso del mundo sin ninguna razón.

Laia y su novio están sentados entre los invitados así que decido marcharme en el primer taxi que encuentre disponible. La cara del conductor al advertir que debe llevar de pasajera a la mismísima novia fugitiva, es un poema. Me aguanto como puedo las ganas de llorar manteniendo la compostura ante las insistentes preguntas de John.

¿Qué puedo decirle? ¿Contarle la verdad e invitarle a sumarse a mi particular infierno? ¿Ponerlo en el punto de mira de ese criminal? Soy la hermana mayor y llevo toda la vida protegiéndolo, así que permanezco callada y no me inmuto cuando, nada más regresar a casa, se refugia en su habitación dejándome sola.

—¡Eres una mala persona! —me recrimina enfadado, antes de cerrar la puerta a sus espaldas—. Júnior es el tío más guay que jamás he conocido. Es bueno, atento, divertido, no se merecía que le hicieras esto. En vez de sentimientos, tienes un trozo de hielo en tu de corazón.

Me duelen sus palabras; comprendo entristecida que para todo aquel que ha presenciado el acto, represento una bruja malvada. A ojos ajenos, soy la mala de la película, una mujer caprichosa y sin alma. No me quedan fuerzas ni para desprenderme del vestido, simplemente me tumbo en la cama y me dejo abrasar por la tormenta. Deseo que pase sobre mí y que arrastre todo a su paso. Una vez la tempestad se desata en mi interior me cubro la cara con las manos y rompo a llorar desconsolada.

El desconocido que ha destrozado mi vida me envía un mensaje algunas horas más tarde:

«Buen trabajo, María. Por el momento quedas liberada. No puedes jamás volver con él ni contarle la verdad. Te estaré vigilando. No lo olvides».

Paso la noche llorando. Por un momento, se me cruza por la mente la posibilidad de quitarme la vida, acabar de una vez con ese sufrimiento que me retuerce las entrañas y me nubla la razón, pero es imposible que deje a John y a mi madre, desamparados. Soy el sustento de nuestra familia, el pilar que nos mantiene a todos en pie. No puedo permitirme el lujo de abandonarlos.

Los primeros rayos de sol del día siguiente me encuentran completamente despierta. Tras lavarme la cara con agua fría para aliviar un poco la inflamación causada por el llanto, me hago la pregunta del millón: ¿Qué haré con mi vida a partir de ahora?

En teoría, hoy no tengo que ir a trabajar, oficialmente estoy de luna de miel, pero dado que he rechazado casarme delante del mundo entero, supongo que debo volver al banco. Sin boda no hay luna de miel y, por lo tanto, no hay vacaciones.

Pienso en mi futuro laboral, es más que probable que prosiga con un duro revés. Me imagino el descontento del señor Ríos por haber rechazado a uno de los clientes más importantes del banco. Si, a todo eso, le sumo la más que probable posibilidad de que Júnior retire su dinero, con seguridad acabaré despedida.

Con estos negros pensamientos comienzo a vestirme sin ser consciente de que es domingo y, por lo tanto, no debo ir a ninguna parte.



Sí quiero

Son extrañas las maneras que tiene la vida de sorprendernos. Tras pasar una de las peores noches de mi vida, me despierto algo más animado, dispuesto a enfrentarme al mundo. ¿Qué otra alternativa tengo? Permanecer encerrado por toda la eternidad en la suite de Luxury no es el mejor plan que se me ocurre.

He quedado para desayunar con mis padres, Marcos y Alan en el restaurante del hotel, pero antes de bajar figoneo en las redes sociales, dispuesto a verme humillado y hundido por los medios. Inspiro hondo y respiro lentamente mientras pongo mi nombre en el buscador de Google. Me preparo mentalmente para lo peor, sin embargo, me llevo una agradable sorpresa.

Como era de esperar, las redes sociales han convertido el rechazo de María en la noticia más comentada del día. La mayor parte de las críticas se las ha llevado ella ya que todos los usuarios opinan que su forma de actuar fue inadecuada y mal intencionada. Y yo, el novio abandonado, me he convertido de la noche a la mañana, en una leyenda nacional.

He recibido infinidad de mensajes de cariño y apoyo y soy trending topic en Twitter, con el *hashtag* «yo sí quiero, Júnior». Miles de mujeres han asaltado las redes, ofreciéndome sus «síes». Ante esa avalancha de afecto, mi orgullo maltrecho se siente invadido por una buena dosis de felicidad. Es agradable sentirse querido y, de algún modo, defendido. María no volvió a dar señales de vida, me ha dejado herido de muerte, solo y abandonado; no obstante, el mundo entero se unió para apoyarme en los duros momentos que estoy atravesando.

Reviso emocionado los mensajes más importantes, entre ellos encuentro uno del presidente de mi club de fútbol. Me envía todo su apoyo informándome que la venta de mis camisetas se ha disparado de tal modo que el stock está a punto de acabarse. Es empresario y ve más allá que el resto de los mortales por lo que me propone que saquemos cuanto antes un modelo nuevo que incluya el tan comentado «sí». Es asombroso como, a veces, la vida trata de compensar las desgracias que sufrimos. Se suele decir que el que no es afortunado en el amor, lo es en el dinero. Aunque vender más camisetas y ganar un dinero extra no es ninguna consolación para mí.

La prensa habla del suceso en términos amables y considerados, alabándome como si fuese el ser más maravilloso del mundo. Contrario a lo que había supuesto, no hay ni rastro de humillación o palabras mal intencionadas. Las nuevas generaciones apuestan por la igualdad de derechos entre hombres y mujeres y no aprueban los gestos de humillación pública.

«Las mujeres del siglo veintiuno no necesitamos machos alfas que nos mantengan a su lado con autoridad. Esto es agua pasada. No queremos ser dominadas, engañadas ni, mucho menos, lastimadas. Deseamos amar en libertad, ser conquistadas por seres sensibles cómo Júnior. Así como pedimos que se respete la integridad de las mujeres, lo mismo deseamos para nuestros compañeros de vida. En el siglo que nos ha tocado vivir nadie es más que nadie. ¿Se puede dejar de querer? ¿Se pueden tener dudas ante un hecho tan importante como es el matrimonio? Por supuesto que sí. No condenamos a María Medina por no querer seguir adelante con una boda que no deseaba; lo que hacemos es reprobar su modo de actuar. No se abandona haciendo daño. Cuando dejamos de amar, lo mínimo que podemos hacer por la otra parte es tratarla con respeto y afecto. Dar las malas noticias en intimidad y con mucho tacto. Tratar de no herir en exceso. Al fin y al cabo, ser humanos. Por lo tanto, damos nuestro mayor apoyo a Júnior, un ser amable, educado, que supo encajar con elegancia el mayor gol de su vida. Un hombre al que le atropellaron la dignidad hiriéndole en el alma. Le deseamos que pase cuanto antes este amargo bache. Asimismo, rechazamos los modales de la novia, una mujer fría y cruel que no supo apreciar el gran regalo que la vida le ha hecho. Júnior nunca dejes de confiar en el amor, las mujeres solteras del mundo entero te damos nuestro sí».

Estoy deslumbrado ante tan buenas reseñas y opiniones sobre mi persona. Me visto de manera informal con tejanos, una camiseta oscura y deportiva Nike. Me lavo la cara con agua fría y bajo a enfrentarme al mundo. No traigo mi mejor cara ni mi más atrayente sonrisa, pero al echar un vistazo al espejo, decido que mi aspecto no refleja el gran vacío que llevo dentro. Aparento cansancio y tristeza aunque unido a mi barba de un día me da un cierto aire melancólico que agrada a la vista. Definitivamente, mi exterior está mucho mejor de lo esperado.

Bajo al restaurante del hotel deseando no encontrarme con nadie. Algunas empleadas que se cruzan en mi camino fingen no conocerme y no me importunan con trivialidades. Sospecho que en este tratamiento mi padre tiene algo que ver; con seguridad les habrá pedido que me dejen tranquilo. Tomo nota mental de agradecerse algún día. Nada más llegar junto a los míos me veo sorprendido por unos abrazos tan largos y sentidos que me quitan el aire. Salta a la vista lo angustiados que están por la situación y no saben cómo aliviar el dolor del único hijo que tienen.

—Tranquilos, estoy bien —les aseguro con una sonrisa fingida, no quiero preocuparlos en exceso. No me gusta compadecerme ni parecer ante ellos una víctima. La mujer de mis sueños me ha dejado, es un hecho que debo asumir y aceptar—. Al fin y al cabo, no se ha muerto nadie. Mi historia con María no funcionó, es lo que hay. La primera vez que me dejó se fue a la guerra y, esta segunda, a saber por qué.

—¡Esta es la actitud! —me felicita mi padre asombrado ante mi entereza. Me da unas palmaditas consoladoras en el hombro y me sonrío complacido—. No importa lo dura que puede llegar a ser la vida, lo verdaderamente importante es el modo de afrontar las dificultades.

Me entran ganas de reír ante lo serio y formal que se ha vuelto mi padre. Pocas veces he tenido la oportunidad de escucharle filosofar sobre los aprietos cotidianos. Me siento querido y afortunado por todo el amor que me rodea.

—A esa muchacha pienso decirle cuatro cosas cuando la vea —sigue el gran Cristian Cros padre su discurso post boda—. La recibimos en el seno de nuestra familia de buen agrado, dimos el visto bueno al enlace, aun cuando nos parecía precipitado, le ofrecimos cariño y afecto, no nos merecíamos el trato que hemos recibido por su parte. Y, mucho menos, una humillación pública de ese tipo.

—Estoy de acuerdo —se suma Minerva a la cruzada anti María—. Desde ayer no hago más que darle vueltas a lo sucedido buscando alguna excusa o justificación. No es, ni la primera, ni la última mujer que sufre pánico o dudas ante el matrimonio, eso nadie lo discute. Lo imperdonable fue su modo de actuar. Sus palabras carecían de sentido, pretendía hacerte daño a propósito. Desapruebo su actitud, no me esperaba eso de ella.

Todo lo que dicen mis padres es cierto. María ha hecho las cosas de un modo intencionadamente dañino. Es la misma conclusión a la que he

llegado yo también, tras largas horas de reflexiones. Debería estar resentido y despotricar en su contra, pero es superior a mis fuerzas no defenderla. Me duele en el alma presenciar comentarios negativos sobre ella, no puedo soportarlo.

—Dejadla en paz, por favor, no quiero que nadie le recrimine nada. Yo lo prefiero así —declaro con voz firme y mirada decidida—. Por ahora, os pido que no habléis del tema, no me apetece analizar a fondo lo sucedido, duele menos.

—Pero, Júnior, muchacho —interviene Marcos en la conversación con voz tranquila y semblante comprensivo—. Necesitamos indagar y comprender lo ocurrido. Esta chica —acentúa la palabra para dar más dramatismo a su intervención—, a la que sigues defendiendo, casi hunde tu carrera. Por fortuna, no pasó, las masas te quieren. Han transformado tu desgracia en un amor mundial, pero podía haber sucedido todo lo contrario, cabía la posibilidad de convertirte en el hazme reír del mundo entero. Hay que actuar de algún modo contra ella. Si quieres mi consejo, y si no lo quieres te lo daré igualmente, deberías de cortar cualquier lazo con ella. Yo que tú le quitaría el dinero del BTT. No te quiere por considerarte el niño mimado de tus padres, pues que regrese al estatus de antes de ti.

Mis dos progenitores asienten, aprueban la salida definitiva de María de mi vida. Por un momento, no sé qué decir. No he pensado todavía en el asunto del banco. Quizás, debería hacerles caso y eliminar cualquier vínculo que me una a ella, sería lo más aconsejable; no obstante, una pequeña parte de mí, una muy pequeña e incomprensible, no quiere hacerlo. Es chocante el modo de autocastigarse que tiene un ser humano desdichado.

Si retiro el dinero del banco, ella dejará de ser mi gestora y no tendré ningún motivo para volver a verla. No me siento preparado para dar un paso tan decisivo. Mi corazón necesita tiempo para acostumbrarse a la idea. Aunque, si la sigo viendo, es posible que mi sufrimiento no se alivie jamás. ¿Es eso lo que quiero? Me gustaría tener algún poder oculto que me permitiera borrarla de mi mente y mi corazón como si de una foto se tratara. Pero no lo tengo, así que debo enfrentarme al duelo post María con prudencia.

Terminamos el desayuno de un modo agradable. Tras la tensión inicial las aguas se calman y somos capaces de tratar los hechos de un modo relajado. Mi padre cuenta anécdotas de la «no boda» ya que muchos de los

invitados no sabían qué hacer con los regalos que trajeron. La mayoría de ellos se decantaron por dejarlos junto con sus mejores deseos para el novio rechazado. Me horroriza la idea de abrir esos paquetes, cada obsequio no hará otra cosa aparte de recordarme el fracaso sufrido. Minerva se apresura en tranquilizarme y me promete que no veré los regalos si no me apetece, ya se encargará ella de guardarlos.

Como el banquete ya estaba preparado la «no ceremonia» ha finalizado con una comida copiosa en mi honor.

—Al final, conseguimos que la gente dejara el sofoco de lado. No hay nada que no pueda solucionar una comida sabrosa y un buen vino tinto. Aunque, como es lógico, nos preocupamos mucho por ti —me asegura mi padre, algo emocionado—. Por favor, no permitas que esta situación te afecte más de la cuenta.

Alan, mi íntimo amigo, se mantiene en un segundo plano durante todo el encuentro. Es un compañero valioso que presencia ese duro trance sin preguntas incómodas o intromisiones innecesarias. Antes de marcharse me da un caluroso abrazo y se ofrece a quedarse a mi lado el tiempo que haga falta. Rechazo su ofrecimiento, por ahora, necesito la soledad y el silencio.

Tras el desayuno, abandono el hotel y me traslado en avión a Madrid. La mente humana es retorcida y, mientras me encuentro volando entre las nubes pienso que si las cosas hubieran sido diferentes ahora estaría disfrutando del primer día de mi luna de miel. Con ella. Pero la realidad se impone y, en vez de estar con la mujer que amo en algún lugar paradisiaco, me encuentro de regreso a Madrid donde me espera una habitación solitaria en un hotel. A pesar de todos los cambios de ánimo que experimento a lo largo del trayecto resisto como un héroe al primer día post María. Una vez llegado a la capital me encierro en mi apartamento donde no hago otra cosa aparte de reflexionar sobre lo sucedido. Ante mí se abren varias incógnitas y no alcanzo encontrar ninguna solución.

¿Debo irme de BTT? ¿Zanjar cualquier relación con ella? O me quedo, ¿tratando de averiguar la verdad? Porque una parte de mí no se quiere dar por vencida y piensa que existe una explicación plausible a lo ocurrido.

Haya pasado lo que haya pasado, en el fondo de mi corazón, yo sé que ella me ama.

26



María

Vuelta al trabajo

No sé cómo enfrentarme a un nuevo día sin Júnior. Estoy rota de dolor y colmada de dudas. Todo lo que hice fue para protegerle, aunque este benévolo pensamiento no basta para acallar la voz de mi conciencia. ¿He actuado como una cobarde? ¿Había otra posibilidad? Si es que sí, ¿por qué no fui capaz de encontrarla?

Todo mi mundo se encuentra revuelto, los días pasan con lentitud sin importarles mí desgracia. Llega el lunes y me preparo para irme a trabajar. Estoy entumecida, me duelen todos los huesos de mi cuerpo cómo si hubiera recibido una brutal paliza. Dudo de la ropa que debo ponerme, finalmente, me decanto por un vestido negro de corte asimétrico, en total consonancia con mi estado de ánimo. Desayuno sola en la cocina ya que, tanto mi hermano como la señora Olga, me están evitando.

Desde el fatídico día no paran de crecer los seguidores de mis cuentas sociales, son la gran mayoría *heaters*, defensores leales de Júnior, que me insultan y me agreden de forma verbal por haberle dejado.

Nunca he sido una persona popular, ni mucho menos querida, aunque no fui lo contrario, tampoco. De la noche a la mañana me he convertido en un ser ingrato sobre el que todo el mundo se cree con derecho de opinar y criticar. Aguanto con estoicismo el aluvión de reproches sin poder alegar nada en mi defensa.

Es oficial, mientras a mí me tachan de la peor mujer que jamás haya existido sobre la faz de la Tierra, a Júnior lo elevan al estatus de héroe nacional. Me consuela el hecho de que la prensa lo trate bien, no me importa que me insulten a mí mientras a él lo dejen tranquilo. En toda esta ecuación yo soy una víctima también, pero lo que diferencia mi situación de la de Júnior es que yo conozco la verdad. En cambio, él no sabe absolutamente nada.

Abandono pensativa mi casa y pongo rumbo a mi trabajo. Por suerte, no me sigue ningún paparazzi y llego sana y salva al banco. Me toma por sorpresa el hecho de que mis compañeros me vean del mismo modo que los *heaters* de las redes sociales. Mi nuevo estatus de mujer con corazón de hielo me sigue como una sombra. Comprendo con amargura que me he convertido en una ingrata en el trabajo, también. Mis colegas me observan

con curiosidad, guardando las distancias, como si hubiera asesinado a Júnior a plena luz del día. Intercambian opiniones en voz baja y ninguno se digna a dirigirme la palabra. La hostilidad recibida influye en mi estado de ánimo pero mantengo la compostura y aguanto el chaparrón. Inspiro hondo y camino por el largo pasillo dudando del lugar a dónde dirigirme. El agotamiento, la falta de sueño y la desazón hacen mella en mí. Me siento muy cansada, sin fuerzas para enfrentarme a un mundo que me enseña su cara más hostil.

Es más que probable que Júnior renuncie a ser cliente BTT y, por lo tanto, mi puesto de trabajo quedará en el aire. Vacilo ante la puerta del nuevo y soleado despacho que me asignaron, justamente, por ser la gestora de Júnior. De algún modo, considero que aquel lugar ya no me pertenece. Soy orgullosa y prefiero marcharme a que me tiren. En base a estos razonamientos acudo al despacho de mi superior directo, el señor Ríos. Tras doblar una esquina me topo de frente con mi exjefe, el gilipollas número uno, que se detiene ante mí y me observa con altanería.

—Cuando yo digo que las mujeres tenéis el cerebro muy pequeño me atacáis, tachándome de machista. Querida mía, es prácticamente imposible encontrar una mujer más tonta que tú sobre la faz de nuestro planeta. Lo has tenido todo entre tus manos: fama, dinero, poder... —Encoge los hombros mirándome con ojos inexpresivos, vacíos y fríos y continua en tono ofensivo—: ¿Y qué es lo que hiciste? Tirar tu buena suerte por la borda.

—Señor Díaz, por favor, no es necesario que...

—No me cortes, putilla de mierda; como es previsible dentro de nada volverás a ser mi subordinada. Me imagino que, hasta tú, con tu poca materia gris, habrás adivinado que sin pez gordo, no hay premio. —Estalla en una carcajada maliciosa y me hace una seña burlona con los dedos—. Un pequeño consejo, querida: tendrás que aprender muy buenos y complacientes modales si quieres mantener tu puesto de trabajo.

Su amenaza surte efecto y los ojos se me llenen de lágrimas. Me alejo de él sin despedirme y, más decidida que nunca, encamino mis pasos hacia el despacho de señor Ríos. Cómo cabe de esperar me recibe malhumorado. No me ofrece una silla para sentarme y se toma su tiempo en dirigirme la palabra.

—No opinaré sobre tu vida privada porque eso es asunto tuyo, pero sí lo haré sobre el modo que debemos tratar a un cliente VIP. —Apoya sus

manos en el borde de la mesa y suelta un largo suspiro, clara señal de que está disgustado—. Si aún no lo has comprendido, esta gente es escasa y, en consecuencia, de un gran valor. Y cuando digo grande me refiero a inmenso. Tanto que, sin ellos, los bancos no sobreviven. Lo que hiciste es imperdonable y no por el hecho en sí, sino por las formas.

Me muerdo el labio inferior tratando de mantener a raya el llanto que está a punto de brotar de mi interior. Lo peor de toda esta situación es que debo aguantar las críticas sin tener la más mínima posibilidad de defenderme. La amargura comienza a llenarme por dentro y temo convertirme en un ser resentido para toda la eternidad.

—Lo siento. Sé que mi forma de actuar no fue la más acertada, Júnior no se merecía esto. De todos modos, es tarde para lamentarme, ya no hay nada que pueda hacer para cambiar el pasado.

Un brillo esperanzador ilumina sus ojos. Es obvio que me ha llevado justo al punto dónde deseaba tenerme. Mi arrepentimiento unido a mis ojos acuosos le da el coraje suficiente para atraerme a su terreno. Soy la «*non grata*» oficial del banco, pero una «*non grata*» que sigue necesitando para mantener al pez gordo dentro de su manantial.

—No seas ingenua, donde hubo fuego, quedan brasas. Actuaste de un modo pésimo pero hasta el mal más atroz se suaviza con el arrepentimiento. Supongo que eres consciente de que todo eso afectará tu carrera, que como quien dice acaba de despegar. Sería una pena. Mi consejo es que le pidas perdón, implorar a Cros para que, al menos, mantenga la cuenta con nosotros.

Por desgracia no está en mi mano hacer lo que me pide. Me sentiría menos culpable y acallaría mi conciencia, al menos en parte. Júnior no es tonto, en el caso de pedirle perdón tendría que darle una explicación razonable, y por desgracia, no tengo ninguna. El gran secreto que rodea nuestra separación debe permanecer oculto aun cuando esto significa quemarme por dentro, todos los días que me queden de vida.

—Lo siento, no es posible... no le pediré perdón. Si el señor Cros decide cerrar la cuenta y llevarse su dinero, yo no se lo impediré. Está en su derecho.

La cara de mi jefe sufre una severa contracción. Me lanza una mirada fría y amenazante y da su sentencia final.

—Muy bien, por el momento el señor Cros no se ha pronunciado. Es más que probable que lo haga a lo largo del día de hoy. Mientras tanto, regresa a tu antiguo despacho y ponte a disposición del señor Díaz. Eso es todo. — Me hace un gesto despectivo con la mano, señal de que nuestra conversación ha finalizado.

Mis peores presagios se están cumpliendo; sin embargo, prefiero el maltrato del gilipollas número uno que ser despedida. Al menos, por el momento sigo trabajando y eso significa que mi familia no sufrirá las consecuencias de mis desgracias.

—De acuerdo —acepto con los ojos pegados en las baldosas de mármol que cubren el suelo de su despacho.

Me despido y salgo apresurada, antes de que cambie de opinión. Paso por el luminoso despacho que fue mi lugar de trabajo en los últimos meses y suspiro por todo lo bueno que debo dejar atrás. Una vida plena, perfecta, colmada de amor. Me invaden oleadas de rabia, quisiera gritar a los cuatro vientos que solo soy una víctima del destino y no una mujer desalmada.

El señor Díaz se explaya a gusto en cuanto me pongo a sus órdenes. No desaprovecha ni la más mínima ocasión para humillarme recordándome, a cada paso que doy, que el tamaño de mi cerebro no es superior al de una nuez. Me ordena solucionar los asuntos más complicados que puede encontrar en su mesa de trabajo, como llamar a los clientes morosos para reclamarles el pago de las deudas pendientes. Es un trabajo delicado que requiere paciencia infinita y mano dura.

Aguanto como una heroína los insultos recibidos y trato de no inmutarme cada vez que me cuelgan el teléfono, mostrándome así sus intenciones de seguir en la morosidad. Las primeras llamadas fueron las más difíciles, tras realizarlas, comprendo que deja de afectarme que me llamen «zorra malnacida» o «puta de mierda». Es asombroso como la mente humana se adapta a las dificultades. Hasta el señor Díaz queda impresionado al comprobar que fui capaz de reclamar ochenta y nueve deudas pendientes en tan solo un par de horas.

Esta es la nueva yo. Una mujer ingrata, insultada y odiada.

Al final de la mañana, el señor Ríos, me llama por teléfono.

—El señor Cros acaba de llegar —es lo único que me dice antes de colgar.

Sabía que este momento llegaría, aunque para ser sincera, lo esperaba más lejano. Es todo demasiado reciente, no creo ser capaz de enfrentar su mirada sin derrumbarme. Me pregunto cómo mantenerme firme cuando todo mi mundo está al borde del colapso.

Antes de entrar en el despacho hago una parada rápida en el cuarto de baño. Mi cara está blanca como el papel y mis ojos lucen turbios y apagados. Se me ve demacrada, angustiada. Me lavo con agua fría para insuflarme algo de color y me peino un poco el pelo con los dedos. El cuello alto del vestido que llevo puesto intensifica mi palidez ofreciéndome un aspecto lúgubre y desolado.

Abandono los servicios y me dirijo al despacho de mi jefe. Tan solo un par de metros me separan de mi Júnior. Un Júnior al que amo con todo mi corazón y al que la vida me obligó abandonar de forma abrupta. Inspiro ávidamente y toco con los nudillos. Tras escuchar la voz de señor Ríos, entro silenciosa, cerrando la puerta a mis espaldas sin apenas hacer ruido.

Júnior está sentado en un sillón enfrente de señor Ríos. Tiene buen aspecto; en comparación con el mío parecemos la noche y el día. Viste un traje informal ligero de lino, color azul marino y una camiseta en un alegre tono granate por debajo.

Sonríe despreocupado, no parece en absoluto resuelto a pedirme ninguna explicación ni se le ve afectado.

Y esto, en teoría, debería alegrarme, no es rencoroso ni me guarda luto una eternidad. Es un tipo jovial, sereno, que sabe sobrellevar situaciones adversas. En la práctica, su *modus operandi* me clava una honda puñalada en pleno corazón. Es como si no le importara nuestra repentina separación, se comporta como si nunca me hubiese querido de verdad.

Y, puede que fuera cierto. Nuestra historia de amor nos sorprendió cómo una lluvia de verano: repentina, intensa, cargada de rayos y truenos, pasional y pasajera. Y es de todos sabido que las lluvias primaverales duran tan solo un suspiro, tan rápido como llegan, se van. Esta constatación me paraliza por completo. No soy capaz de abrir la boca, así que hago un gesto de saludo con la cabeza a la que él me contesta con una sonrisa amistosa. Su preciosa sonrisa me provoca añoranza.

—Ahora que estamos todos, díganos qué ha decidido, señor Cros —se interesa mi jefe, tensionado. Yo sigo de pie ya que, en ningún momento,

nadie me ha pedido que me siente y tengo todos los nervios en modo *on*—. Imagino que es una situación complicada para usted...

—¿Complicada? ¿Por qué debería de serlo? —Le interrumpe Júnior en medio de la frase, encogiéndose de hombros en actitud sorprendida—. Si se refiere a lo que ha ocurrido a nivel personal entre mi gestora y yo, puede quedarse tranquilo, es agua pasada. —Posa sus penetrantes ojos grises sobre los míos y me mira con intensidad—. Estoy seguro de que por ambas partes este capítulo está cerrado. En lo que a mí respecta, no hay ningún inconveniente en que sigamos como hasta ahora, salvo unos pequeños matices, claro.

¿Agua pasada? ¿Tan pronto? Será este el gran defecto de Júnior que tanto me esforcé en descubrir, ¿sin nunca lograrlo? ¿Se aburre rápido de las cosas? ¿Reemplaza sin problemas un juguete viejo con otro nuevo? ¿O es su forma de protegerse y mantenerse a salvo?

Estoy tan desconcertada y aturdida que soy incapaz de juntar dos palabras seguidas. Disimulo la decepción aunque no estoy segura de lograrlo. Júnior espera paciente a que mueva ficha. Sigo callada, anclada en medio del despacho, parezco un palo solitario en el centro de un mar enrabiado.

Los colores vuelven a la cara de mi superior al pescar el fino hilo de la esperanza. El pez gordo parece dispuesto a quedarse en su manantial y eso le tranquiliza, a pesar de tener algunas condiciones. Estoy segura de que si le pidiera mi despido o que me colgase del techo de su despacho, aceptaría encantado. Yo importo tanto como un cero cortado a la izquierda y, en contrapartida, Júnior vale su peso en oro.

—Claro, señor Cros, sus deseos son órdenes para nosotros. ¿Verdad, señorita Medina?

Asiento con la cabeza vencida, debo de parecer una especie de retrasada mental. Me siento abrumada por la escena que acabo de presenciar, excluida de la conversación por completo. Llevo, al menos, cinco minutos allí y, todavía, no he abierto la boca. A punto de dar voz a mis pensamientos diviso unos matices divertidos en los grisáceos ojos del futbolista. Se está recreando a mi costa, comienzo a entender que le complace verme contra las cuerdas, tal vez sea ese su modo de vengarse.

—Quiero que la señorita Medina trabaje algún tiempo en exclusiva para mi cuenta.

Esperaba que exigiese mi cabeza no que me pida a mí, en exclusiva. La *femme fatale* despierta por primera vez en muchos días. Entrecierra, los ojos, atenta, esperando el desenlace.

Yo, a todo esto, sigo en mi rol de mera espectadora. Miro a mi jefe con el ceño fruncido, él me devuelve la mirada confundida y, finalmente, ambos nos centramos en Júnior quien se dispone a aclararnos sus misteriosas palabras.

—Antes de que María, quiero decir la señorita Medina, me abandonase, así sin más, quedamos en que me mudaría a la casa cedida por el banco, más adelante. —Tras lanzar este dardo envenenado hace una pequeña pausa que aprovecha para quitarse una pelusa imaginaria del pantalón. A continuación levanta la vista y me mira directamente a los ojos, con tanta intensidad que la plata fundida que habita en sus iris, me quema literalmente—. Si nos hubiésemos casado, ahora estaría entretenido, disfrutando de los primeros días de mi luna de miel, pero como sigo soltero, me aburro y necesito hacer planes nuevos.

Parece esperar algún tipo de respuesta por mi parte, pero mi mente está completamente en blanco y no logro entender su propósito. Sus palabras me afectan, noto como una flecha afilada atraviesa de pleno mi pecho que sube y baja con rapidez en plena consonancia con mi respiración acelerada. Me tiemblan las rodillas y temo desmoronarme, así que le dejo desquitarse sin intervenir. El enorme vacío de mi interior se está agrandando y una garra afilada me araña por dentro.

—Su petición es... algo confusa. ¿Nos la puede concretar un poco más? Será suficiente que nos diga qué desea, señor Cros —se interesa mi jefe en tono servicial.

—Deseo mudarme lo antes posible a la casa ofrecida por el banco —declara Júnior con seriedad. Tras una breve pausa da un golpe decisivo en la mesa desvelando sus intenciones—: Como aún no está habitable, quiero que mi gestora, en persona, se encargue de ponerla en orden; ya sabe, amueblarla, decorarla, en fin... convertirla en un hogar decente.

—¡Eso es imposible!

«¡Alabado sea Dios, mi voz ha regresado!», me felicito mientras busco la forma adecuada de detener el juego de Júnior. Él arquea una ceja y me observa contrariado.

—Imposible, ¿por qué?

Me siento acorralada y el escrutinio enfurruñado de mi superior no me ayuda precisamente. Debato un instante si debería tratar a Júnior de tú o de usted, al final me decanto por la variante segura y no lo tuteo.

—No puedo decidir la decoración de su casa por... usted. Es algo demasiado personal.

—Toda la razón, es personal, aunque teniendo en cuenta que estuviste a punto de casarte conmigo, debes conocer mis gustos —declara el hombre de mis sueños con gesto contrariado. Acto seguido se levanta de la silla, señal de que, por su parte, la reunión ha terminado—. No aceptaré un no por tu parte, al fin y al cabo eres mi gestora económica, y yo, tu cliente más importante. Compláceme y seguiré siéndolo.

¿Compláceme? No, ha ido demasiado lejos. Hasta la *femme fatale* está indignada. Ya sé lo que pretende. Humillarme. Desquitarse. Abro la boca para soltar la rabia acumulada cuando oigo a mi superior poniendo la última piedra sobre mi tumba recién cavada.

—Desde luego, señor Cros. La señorita Medina estará encantada de satisfacer sus exigencias. Deberá indicarnos un presupuesto para que ella sepa en qué margen económico moverse. Es resolutiva, su casa quedará perfecta.

«Estará encantada de satisfacer sus exigencias, ¡ja!», me encolerizo. Siento como mi paciencia está a punto de evaporarse. Llevo toda la santa mañana aguantando las miradas acusatorias de mis compañeros de trabajo, las palabras humillantes del gilipollas número uno, los insultos de los clientes morosos, las alusiones veladas de Júnior, los comentarios hirientes de mi jefe. Es imposible que permanezca callada presenciando cómo, el señor Ríos junto a mi exprometido, hablan de mí como si fuera una simple mercancía. A punto de estallar escucho a Júnior lanzarme otra flecha venenosa.

—Nunca le impuse ningún límite a la señorita Medina, siempre los ha trazado ella misma. Que lo siga haciendo —suelta Júnior con amargura y, por primera vez en todo el encuentro, diviso sufrimiento en sus ojos.

Y toda la rabia acumulada en mi cuerpo se convierte al instante en desconsuelo. Es soportable verle en estado vengativo, irónico y rencoroso pero es absolutamente doloroso presenciar a mi Júnior sufriendo.

27



Ni contigo ni sin ti

Mientras espero la señal para salir al campo junto a mis compañeros de equipo reflexiono sobre los últimos acontecimientos relacionados con María. Si lo que ocurre últimamente entre nosotros fuera un partido de boxeo la puntuación sería repartida. El día de nuestra boda me tomó totalmente desprevenido apuntando un sonoro y fulminante *K.O* dejándome noqueado y fuera de juego. La suerte del partido parecía echada. Sin embargo, dos días más tarde me presenté en su lugar de trabajo y le asesté algunos puntos importantes; no letales, como los de ella pero sí lo suficientemente cortantes para herirla. No busco victimizarme ni anhelo venganza para suavizar mi dolor, por lo tanto, he procurado mostrarme ante ella, despreocupado, feliz, como si me importase un comino su famoso e incomprensible «no».

Debería sentirme satisfecho con mi actuación, darle a María un poco de su medicina era lo mínimo que se merecía; pero debo admitir que la alegría que experimenté fue momentánea y pasajera. Me desconcertó su aspecto frágil y roto, dando la impresión de que los roles son inversos. De algún modo su actitud da a entender que la abandonada es ella y yo, el cabrón.

El pitido del árbitro nos indica que debemos pasar al terreno. Se trata de un partido amistoso con un equipo francés, por lo tanto, al no jugarnos nada, mis compañeros y yo estamos relajados y distendidos.

Nada más pisar el césped me quedo con la boca abierta. Literalmente. Toda la parte derecha del estadio está cubierta por una pancarta gigantesca donde se aprecia en letras grandes el mensaje #Yo sí quiero. La emoción hace que me quede inmóvil mirando asombrado a la grada. De pronto uno de mis compañeros me da un codazo en el costado y me hace una seña para mirar hacia la parte contraria. Y cuando lo hago observo todo el flanco izquierdo cubierto por un cartel parecido que dice:

#Tienes mi sí

Hago un esfuerzo sobrehumano por no echarme a llorar. Sentirme arropado y querido por los aficionados blancos me llena de felicidad. Quiero corresponderles el gesto así que pongo la mano derecha a la altura del corazón, gesto que me caracteriza y agradezco a todos los fans esas colosales muestras de afecto. La multitud se pone de pie y comienza a

ovacionar mi nombre que resuena por encima de nuestras cabezas y se va perdiendo en el horizonte. El ambiente formado es apoteósico.

«Júnior, corazón eres nuestro campeón».

Tras ese momento de locura colectiva empieza el partido. Me cuesta concentrarme, los pases se me escapan y no logro idear ninguna jugada importante, pero los aficionados me lo perdonan todo. Comprenden que no paso por mi mejor momento. No conseguimos marcar ni siquiera un triste gol, la defensa de los franceses es más feroz de lo esperado, aun así el público nos mima y nos aplaude cada tiro lanzado hacia la portería contraria.

Finalmente los noventa minutos pasan sin pena ni gloria y acabamos en empate, dando el espectáculo por terminado. Antes de marcharme, el director ejecutivo del club, me pide opinar sobre el diseño de mi nueva camiseta. Es muy parecida a la anterior, salvo que tiene gravado en la parte dorsal el *hashtag* de moda, el omnipresente «#SÍ». Mi «no boda» me ha traído, aparte del cariño y el calor de los madridistas, un significativo aumento de mis ingresos por publicidad. Decenas de marcas de renombre se disputan mi imagen, hecho que se traduce en un incremento monetario a largo plazo de al menos el cuarenta por ciento.

No doy mucha importancia al dinero, es algo que nunca he necesitado, aunque es agradable sentirme deseado y querido por las masas y el público en general. Y si las marcas me desean, ¿por qué no?

Abandono el Bernabéu eufórico y me dirijo hacia mi futura casa para ver los progresos de María. Desde el encuentro en el banco trascurrieron cuatro días, en los cuales he pasado olímpicamente de ella. La indiferencia es una de las armas más poderosas que los seres humanos tenemos a nuestro alcance para defendernos cuando nos sentimos agredidos. En base a eso ignoré de forma consciente todos sus mensajes y no contesté a ninguna de sus preguntas relacionadas con los detalles de la casa. Tampoco me tomé la molestia de cogerle las llamadas, que han sido unas cuantas. No soy vengativo ni rencoroso, pero me supo a gloria tratarla con indiferencia, por primera vez en mi vida.

Mis sentimientos varían, según el día y el estado de ánimo. Mi corazón quiere dejar de amarla y, hay momentos en los que casi lo consigo, pero de repente me envuelve la añoranza y no puedo dejar de pensar en ella. Es

difícil no recordar los buenos momentos de nuestra hermosa, aunque corta, historia de amor.

Tras dejar el coche aparcado en la puerta de mi futuro hogar me adentro en la propiedad y suelto un silbato admirativo. El jardín descuidado se ha convertido en un hermoso parterre cubierto por un reluciente césped cortado al raso salpicado por plantas ornamentales dispuestas con gusto. No hay una sola hoja fuera de lugar y la fila de arbustos frondosos cincelados en diferentes figuras geométricas atrae a la vista.

Bordeo el jardín y me acerco a la zona de la piscina. Allí los trabajos no están finalizados, se observan distintos tipos de materiales esparcidos por el suelo y cubos llenos de pinturas apilados unos sobre otros.

Avanzo por la acera enlosada que rodea la casa y accedo por la puerta principal que encuentro entreabierta. Nada más acceder al salón suelto otro silbido admirativo. No hay duda de que María, o la señorita Medina, dudo hasta de cómo debo llamarla ya que ella me trata de usted, se tomó al pie de la letra mis deseos. Las paredes lisas, recién pintadas en unos sutiles tonos *beige* luminoso y gris antracita, contrastan con el brillante suelo de parqué. Las puertas acristaladas con doble hoja están ahora revestidas en bordes plateados. Dos enormes sofás de cuero rodean una mesa baja de cristal sobre la cual descansa una bandeja en tono burdeos, impresa con motivos geométricos cubierta por varias esferas brillantes. El aspecto general de la casa se ve reluciente y el suelo color brandy da el toque de elegancia exigida.

La decoración es sencilla y de buen gusto, no se le puede poner ninguna pega, aunque yo decido no darla por aprobada para apuntar algunos puntos en mi favor en nuestro particular partido de boxeo. Consulto el reloj; son las diez pasadas de la noche. La hora tardía no detiene mis ganas de molestarla, sino todo lo contrario.

—¿Señorita Medina? Necesito hablar con usted. ¿Sería tan amable de venir a mi casa? —le pido con voz profesional nada más escuchar su voz al otro lado de la línea.

—Buenas noches, señor Cros —responde con un deje de ironía en la voz aludiendo la hora tardía—. ¿Es preciso que sea ahora? No sé si ha observado, pero nos encontramos fuera del horario laboral.

—Hasta donde yo sé acordamos que trabaje para mí en exclusiva, sin determinar horario ni agenda laboral alguna.

—¿Y eso qué quiere decir? —se interesa tensionada.

—Quiere decir —contesto con fingida tranquilidad—, que le guste o no, está a mi completa disposición, del modo que tendrá que amoldarse a mis horarios. Por muy nocturnos e inadecuados que le parezcan. Aquí la espero, dese prisa.

Cuelgo el teléfono y, solo con imaginarme la cantidad de humo que le debe de salir por las orejas, sonrío complacido. Para quitarme el gran peso que envuelve mi corazón desde el día que me dejó, he encontrado alivio en dos grandes aliados: la indiferencia y el desahogo personal.

Llega unos quince minutos más tarde, bastante alterada. Tiene las mejillas coloradas señal de que ha venido con prisas y sus ojos oscuros arden indignados. Viste un vaquero tipo pitillo de color azul marino y una camisa masculina blanca metida de un modo desenfadado en la cintura de su pantalón. Es pleno junio y la temperatura es agradable, calza unas sencillas sandalias planas que dejan al descubierto una cuidada manicura francesa en los dedos de los pies.

Me gusta su aspecto y me entran ganas de abrazarla. Su pelo negro y sedoso parece invitarme a acariciarlo y sus labios rojos, ligeramente entreabiertos, son apetecibles en exceso. Para mi sorpresa el deseo sube como una marea incontenida en mi interior. No obstante, me mantengo en mi papel y espero paciente a que mueva la primera ficha. A pesar de hervir por dentro se contiene y me muestra una sonrisa forzada.

—Usted dirá, señor Cros, aquí me tiene, en exclusiva para usted —inspira una generosa porción de aire y prosigue en el mismo tono mordaz—, sin horarios ni agenda laboral alguna, completamente a sus órdenes.

Esta frase con tintes irónicos hace que mi entropierna se endurezca.

«Oh, sí, qué más quisiera yo que tenerla para mí. Pero maldita sea, no la tengo. Es muy frustrante desear algo y no poder conseguirlo, no recuerdo en toda mi vida, un extremo parecido. Y, lo más desconcertante es que desconozco el porqué de su negativa».

Este pensamiento malicioso hace que me invada el malhumor, primero por recordar su rechazo y, segundo, por seguir deseándola, de ese modo tan intenso. Y tercero, por no haber recibido todavía una explicación plausible a su enigmática decisión de dejarme. Un mero intento de defenderse.

«Quien calla, otorga», grita una voz potente en mis oídos. Y ella sigue más callada que una tumba. ¿Otorga o esconde? Y si esconde... ¿El qué?

Me encojo los hombros aparentando indiferencia.

—No me gustan los colores del salón —le aclaro insolente.

Sus ojos me fulminan, sorprendidos. Sus pestañas encorvadas aletean agitadas tratando de esconder bajo sus alas el brillo de enfado que invade los iris de sus ojos. Abre la boca, seguramente con intención de defender su trabajo, pero recapacita y vuelve a cerrarla. Contempla el salón de arriba abajo con el semblante serio, como si fuera la primera vez que lo viera y se toma su tiempo en contestarme. Tras dar algunos pasos por la estancia se acomoda sobre el brazo acolchado de un sillón ultramoderno y cruza las piernas con tranquilidad. Suelta un ligero suspiro, como preparándose para lidiar con un crío de cinco años que tiene una pataleta pasajera, propia de la infancia.

—Pues tendrá que acostumbrarse a ellos, señor Cros. Antes de dar el visto bueno a los colores elegidos, lo llamé —Saca el móvil del bolsillo de su pantalón y lo agita ante mí—, un total de doce veces para pedirle su aprobación. Doce —recalca, subiendo un poco la voz—. Por desgracia, no hubo respuesta alguna por su parte.

—No me habré enterado —respondo impasible, abriendo los brazos con indolencia. Es mi forma de aclararle que no es nadie importante para mí. Ella sabe de sobra que si alguien no me interesa no le cojo el teléfono. Nuestras miradas se encuentran y saltan algunas chispas encendidas. La tormenta se está acercando y los dos lo sabemos.

—Es extraño; aparte de esas llamadas que tan poca relevancia tuvieron para usted, le aparecerán en la bandeja de sus mensajes, al menos diez, relacionados con el tema de los colores. ¿Tampoco los vio?

—Tampoco.

La cara de María se contrae y en sus ojos atisbo el reflejo de la dureza. Mi actitud indolente, cargada de amor propio, no le gusta en absoluto, aunque está obligada a lidiar conmigo y con mis absurdas exigencias.

—Pues es una pena. Si tan descuidado está en su relación con la gente que tiene a su completa disposición deberá aguantarse y contentarse con las decisiones tomadas por sus empleados.

—Y eso quiere decir...

—Quiere decir que deberá acostumbrarse a los colores de su casa; según la decoradora contratada, son la última moda en materia de diseño.

Niego con la cabeza al tiempo que esgrimo una sonrisa forzada.

—María, yo solo acepto en mi vida lo que quiero. Nunca me contentaré con imposiciones, deberías saberlo.

Mi observación da en el blanco. Sus mejillas se encienden bajo mi escrutinio ofensivo. No se le escapa el doble fondo de mi afirmación y mi mirada acusatoria la quema, a pesar de la distancia que hay entre nosotros.

—Muy bien. Entendido —declara, tras un importante escaneo recíproco. Levanta la barbilla orgullosa, clara señal de que no piensa dejarse avasallar —. Al fin y al cabo es su dinero. Si lo quiere tirar a la basura, no seré yo quien se lo impida. Elegiré junto a la decoradora otra combinación de colores para su salón. ¿Está complacido el señor ahora?

Mi ceño se frunce y mi mirada comienza a oscurecerse. Me acerco lentamente a ella y me siento a su lado en el borde del sofá. No se aparta, aun cuando la noto tensarse. Le aprisiono la barbilla entre mi dedo índice y el pulgar y la miro con intención a los ojos. Mi tono de voz suena triste y atormentado cuando vacío parte del veneno que me oscurece el alma.

—En su día prometiste cuidar de mi dinero y de mí. Veo que no eres capaz de cumplir ni la una ni la otra.

No es la primera puñalada que le clavo pero sí la más punzante del encuentro. Quiero que sienta arrepentimiento en el fondo de su alma por haber dejado de importarle. María parpadea emocionada y coloca una mano en mi pecho, justo a la altura del corazón.

—Júnior, yo nunca he dejado de quererte. Mi «no», no tiene nada que ver con lo que siento por ti. Estás resentido conmigo, es lógico que quieras saber... lo que ocurrió aquel día.

Mi respiración se detiene y los latidos de mi corazón se aceleran. Por primera vez desde la «no boda» parece dispuesta a darme una explicación.

—Tú me conoces, soy orgulloso, así que no tenía intención de preguntarte, pero ya que sacaste el tema, sí, estará bien que me lo contaras.

—Siento decepcionarte, no tengo nada importante que decirte, simplemente... no fue nuestro momento.

Un intenso color escarlata, el de la rabia y el enfado, se apodera de mis ojos. ¿Qué tonterías está diciendo? ¿Qué no fue nuestro momento? ¿Estoy atravesando el mismísimo infierno solo porque a la muy cínica de mi novia le pareció que no era el momento? Algo en mi interior se acaba de romper.

Agarro su mano alejándola con lentitud de mi pecho, rechazando su acercamiento. Me levanto del sofá y encamino mis pasos a la salida. Antes

de abrir la puerta me giro y le suelto con amargura:

—He esperado con paciencia diez largos días para que me des una mísera explicación sobre lo nuestro. He soñado con escuchar de tu boca, cualquier cosa, menos la gilipollez que me acabas de soltar. He luchado conmigo mismo y con todo aquel que trataba de sacarte de mi corazón pero, ¿sabes qué? Me acabas de hacer el mayor favor posible ayudándome a liberarme de ti. Supongo que te tengo que dar las gracias. Quédate con todos los momentos propicios de tu vida, yo ya no te quiero en la mía.

—Júnior, ¡por favor! —me implora con voz temblorosa mientras se acerca apresurada y, situándose en el marco de la puerta, impide a que me marche. La observo con atención, incapaz de moverme. Hace días que no estoy cerca de ella y la añoranza hace que absorba cada detalle, su pelo algo despeinado, la tensión que expresa su rostro, sus labios carnosos—. No te alejes de mí.

Sus palabras cargadas de angustia me toman por sorpresa. La miro fijamente y veo mucha ansiedad y dolor en sus ojos, implorando mi perdón aun cuando no alega nada para obtenerlo. Si estuviera arrepentida de la decisión tomada el día de la boda bastaría con reconocerlo... encontraríamos la manera de solucionarlo, pero no lo hace, al menos, no de una forma abierta y sincera.

—Perdona, ¿qué has dicho? —Todas y cada una de mis dudas se reflejan en mi rostro tenso—. Si tienes algo que explicarme, es hora de hacerlo. Claro y sin rodeos.

Baja la mirada hacia sus manos que se retuercen inquietas. Se muerde el labio inferior, presa de una lucha interna más que evidente. Mi paciencia comienza a disiparse, el fino rayo de esperanza se desvanece en el aire. María se acerca a mí y, tras rodearme la cintura con los brazos, hunde su cara en la fina tela de mi camisa. Me concedo un segundo de paz y la aprieto contra mí esperando a que se abra. Pero en vez de hacerlo se aparta y dice, visiblemente, arrepentida por este momento de debilidad:

—Lo siento.

Las buenas intenciones me abandonan y la impotencia que siento se exterioriza en forma de duros reproches.

—¿Tú quieres volverme loco? Me abandonas como a un perro el día de nuestro enlace sin darme ninguna explicación y en cuanto adviertes que me

rindo, tratas de impedirlo. Es la última vez que te lo pregunto, ¿tienes algo que contarme?

—No —responde en apenas un susurro—. Solo pedirte perdón por todo el daño causado.

Seca rápidamente una lágrima solitaria que ronda por su mejilla, una lágrima que ni entiendo ni me impresiona.

—No sé lo que intentas hacer, pero si tú intención es confundirme más de lo que ya estoy, felicidades, lo estás consiguiendo.

Hace el intento de dar un paso en mi dirección pero la contengo con un gesto.

—No te atrevas jamás a impedirme el paso ni me des a entender que todavía te importo. Tú y yo hemos terminado, María. Fin de la historia.

Tras lanzar mi sentencia final se hace un silencio sepulcral en la casa. Me mira atónita como si no fuese precisamente ella, quien buscase este desenlace. Los ojos se le llenan de lágrimas y sale corriendo en dirección al baño.

No entiendo lo que pretende ni a que se deben estos cambios bruscos de humor. Lo único que sé es que necesito alejarla de mí. Giro sobre mis talones y abandono la casa, dejándome tragar por la noche. Estoy triste y atormentado pero de algún modo liberado. Ha llegado la hora de olvidarla. María no tiene ninguna explicación que justifique el gran daño que me ha hecho. Y, sí, puede que me haya pedido perdón por el daño causado, pero un perdón en solitario, desprovisto de una explicación creíble, no es un perdón de verdad.



28

Juan

Una gran revelación

Si dijera que no estoy demasiado contento con el resultado de mi plan me quedaría corto. El insoportable hijo de los Cros parece tener una protección divina que le defiende contra viento y marea. No sufrió humillación pública por el hecho de ser abandonado el día de su boda, sino todo lo contrario. Desde entonces su popularidad no para de crecer, convirtiéndose con mi ayuda en un ídolo de masas. Multitud de mujeres estúpidas del mundo entero le ofrecen su «sí» incondicional enviándole amor y cariño.

Su prometida cumplió su promesa atrayendo hacia ella lo peor del vendaval. En la actualidad es la mujer más criticada de las redes sociales y, eso me molesta, porque toda esta basura hubiese deseado verla vertida sobre él. En todo caso, estoy atento para que no haya ningún acercamiento entre ambos, al menos, que sufra mal de amores por un tiempo.

Es una tarde agradable de principios de julio cuando decido hacerle una segunda visita a María para dejarle claro que la amenaza sigue en pie hasta que ordene lo contrario. Me cuelo a través de la valla del jardín de su casa y, sin más complicaciones, me adentro en su cuarto y me dispongo a esperarla. Llega tarde, sobre las once de la noche.

Se queda blanca como el papel cuando repara en mi presencia. Ofrece un aspecto lúgubre, ha adelgazado, salta a la vista que sus ánimos pasan por sus horas más bajas.

—¡Fuera de mi cuarto! —me pide con voz decidida, hecho que me desconcierta. Estoy acostumbrado a que mi presencia intimide, me complace ver rodillas temblando y ojos llorosos. Sonrío de un modo malicioso, resuelto a acobardarla.

—¿Así recibes a un viejo amigo? ¿Olvidas que tengo tu libertad a un toque de clic?

A pesar de que el tono y el mensaje que le trasmito son intimidatorios no surten el efecto deseado. Su rostro no se contrae en una mueca asustada, sino todo lo contrario, parece crecerse ante la adversidad. Me lanza una mirada contrariada reprendiéndome con dureza:

—Ha convertido mi vida en un infierno, ¡basta ya! Teníamos un trato, he cumplido con mi parte. No intente amedrentarme porque ya no me asusto, ¿y sabe por qué?

—Ni idea —le contesto sorprendido por su arrojo.

—Porque soy la persona más odiada del planeta. Recibo cada día cientos de insultos y amenazas. Algunas personas aseguran estar dispuestas a cortarme los labios y coserme la boca hasta convertirla en una sonrisa escalofriante, siempre dispuesta a decir que sí. Otras, desean rajarme la cara para asemejarme al monstruo que creen que soy. En el trabajo mis compañeros me evitan y cuchichean a mis espaldas. Mi hermano y la señora que cuida de mi madre no me hablan y, por último y no menos importante, tengo que mirar a Júnior a los ojos y mentirle. Morderme la lengua hasta sangrar para no ponerle al tanto de la realidad. No se imagina el enorme esfuerzo que hago cada vez que callo la verdad. Aguantar con estoicismo sus puñales envenenados que me clava cuando tiene ocasión.

María está fuera de sí, su cara enrojecida y sus ojos en llamas denotan la exaltación que siente. Se acerca a mí y, cogiéndome por las solapas de mi americana, hace el ademán de levantarme de la silla.

«¡Esta muchacha está tarada!», reflexiono sorprendido. Y sé por propia experiencia que a los locos no hay que llevarles la contraria.

Me obliga a ponerme de pie enfurruñada. Su mirada desafiante me indica que ha perdido el miedo.

—Tras haberme ocurrido todo esto, ¿cree que me asusta su puñetero toque de clic? Lo siento, pero el ser humano se acostumbra y se adapta a todo. Como puede ver, ya no soy la chica inocente y temerosa que se dejó intimidar tan fácilmente meses atrás. Me he curtido. Ahora váyase de mi casa y métase sus amenazas por donde le quepan.

Me suelta bruscamente y casi pierdo el equilibrio al golpearme la cadera contra el duro borde de su escritorio. El dolor hace que me enfurezca. Y mucho. Todo a mí alrededor se tiñe de escarlata. La agarro rápidamente por el cuello y aprieto con ambas manos su grácil contorno, cortándole el aire. Trata de defenderse con una patada pero logro esquivarla y sigo apretando. Mueve los brazos, aunque, cada vez, con menos energía y siento como su vida se escapa entre mis manos. No tengo intención de matarla, no es mi enemiga en el sentido literal de la palabra, pero noto cierto placer en acallarle la boca.

De pronto, la puerta de la habitación se abre y un adolescente larguirucho, de aspecto enfermizo se abalanza sobre mí. María aprovecha la interrupción y con un movimiento rápido consigue soltarse de mi agarre.

Después, se dobla, sobre sí misma y comienza a toser de forma convulsiva atrayendo hacia sus pulmones el aire necesario para seguir respirando.

Retrocedo unos pasos, arrinconado. Me disgusta actuar con público, lo mío son los juegos solitarios donde mantengo el control, así que decido batir en retirada.

—¿Quién es ese hombre? —grita el jovencito, preso del pánico. Le tiende un vaso de agua a su hermana ayudándola a incorporarse.

—Nadie que te incumba, muchacho, solo un viejo amigo de María —le aclaro con amargura—. Aconséjala que, en la vida, debe respetar a los mayores.

A María le cuesta reponerse. En su rostro pálido, sus ojos carecen del brillo colmado de valor de apenas segundos atrás. Es una muchacha inteligente, ha comprendido el alcance de su repentina rebeldía volviéndose sumisa y atemorizada. No lamento el pequeño escarmiento que le di, se merecía una lección para volverla dócil y obediente. La próxima vez reflexionará mejor antes de arremeter contra mí.

Encamino mis pasos a la puerta y la advierto, justo antes de salir.

—No te saltes el guion si no quieres que me salte el mío. Esta vez te ha salvado tu hermano, la próxima vez, nadie podrá detenerme, tenlo por seguro. No entraba en mis planes acabar contigo, pero si me obligas lo haré.

Y, dicho esto, abandono la propiedad de María pensativo y con una amarga sensación de derrota en el pecho. No me gusta que haya tenido el coraje de enfrentarme, tampoco me apetece dejar cabos sueltos. Soy consciente de que la pérdida del miedo es el primer paso que da un ser humano ante la desobediencia. ¿Qué hacer en este caso? ¿Sacarla del juego? Sería una opción; aunque me apena sacrificar un peón tan valioso como ella. Esta muchacha me cae realmente bien; aunque, a estas alturas del juego, no puedo permitirme el lujo de ser sentimental.

Y, de pronto, un pensamiento grandioso acude a mi mente. Es la solución perfecta que destrozaría a Júnior para siempre. Matar a la mujer que ama. Hacerlo de un modo que todas las sospechas recaigan sobre él. Soy un genio y, como todos los genios, las grandes ideas iluminan mi cerebro cuando menos lo espero. Me considero un hombre afortunado y la estela de la suerte, brilla por fin sobre mi firmamento. El talón de Aquiles de Júnior está bien expuesto y a la vista. ¿Cómo no lo he visto antes?

29



Una decisión difícil

¡No me lo puedo creer! Estoy que muerdo. Júnior pasa olímpicamente de mí y cuando toca aprobar los malditos colores de la pintura dice que no le gustan. Hemos pintado ya dos veces, me niego a hacerlo por una tercera vez. Además, al engorroso trabajo de pintar hay que añadirle las labores propias del cambio de decoración, como los muebles, las cortinas, los cuadros que deben quedar en consonancia con los tonos elegidos.

Desde el día que declaró abiertamente su intención de olvidarme se muestra distante conmigo, obviado todas las reglas de educación y cortesía. Intento acostumbrarme pero el Júnior malhumorado y caprichoso es un incordio. Sé que él no es así, lo hace simplemente para fastidiarme y desquitarse.

La última visita del hombre que destrozó mi vida, me hizo comprender dos cosas: la primera, que es una persona peligrosa a la que debo tenerle miedo y, la segunda, que jamás podré contar a nadie lo que me hizo. Si antes temía por mi situación y la de Júnior ahora temo directamente por mi vida y la de mi familia.

Me encuentro en medio del salón de Júnior decorado en unos armoniosos tonos masculinos que él me pide volver a cambiar. Decido que ha llegado la hora de hablar con su madre para que me ayude con el tema de la casa. No puedo ni debo tirar su dinero por la ventana solo porque él esté dolido conmigo y desea desagraviarse. Ante todo, soy su gestora económica y tengo el deber de proteger sus finanzas. Gastando veinte mil euros cada semana en una nueva decoración no es la mejor forma de conseguir mi propósito.

Esta misma mañana me enteré de la presencia de Minerva en Madrid con motivo de una conferencia médica. Decido ponerme en contacto con ella aun cuando la idea no me entusiasme, precisamente. Se extraña un poco ante mi llamada pero acepta venir a la casa de Júnior donde la he citado.

Me da apurro hablar con ella, a sus ojos soy la mujer que dejó en evidencia a su único hijo, es más que seguro que me trate con frialdad; no obstante, no me queda más remedio que enfrentarla. La vida me condenó a vivir señalada, y aun cuando estoy cansada de rendir cuentas por actos ajenos a mí, debo seguir haciéndolo.

Minerva llega puntual a las seis de la tarde. Es una mujer muy atractiva de apenas cuarenta años. Además, es muy cercana. Me da un caluroso abrazo y no menciona en ningún instante la «no boda» ni las consecuencias de mis actos. Me encuentro cómoda en su compañía es fácil entablar conversación con ella, es sencilla, comprensiva y me mira de un modo tolerante. Le cuento en líneas generales el problema que tengo con la decoración y me promete hablar con Júnior para convencerle.

A continuación, le enseño la casa explicándole las mejoras y los trabajos de mantenimiento realizadas a lo largo de los días.

—El jardín es precioso, la gama de colores es muy extensa, aunque los contrastes son tan acertados que no llegan a cansar la vista en ningún momento, ¡felicidades! —alaba ella mi trabajo mientras paseamos juntas por la acera adoquinada que une la amplia zona del jardín con el espacio abierto y diáfano que rodea la piscina.

—El mérito es del arquitecto paisajista, yo solo aprobé sus planes —le aclaro con modestia—. He tratado que lo haga Júnior, en persona, pero desde... hace un tiempo no me coge las llamadas. Ni contesta a mis mensajes.

—Está dolido y es comprensible —le defiende ella mirándome de frente—. Mi hijo es buena persona, empática, educada, cariñosa pero también tiene su ego. Nunca le negamos nada, tu rechazo fue el primer palo serio que recibió. Es probable que le cueste gestionar el dolor y la frustración que siente. Para él eres alguien muy importante, te admira y quiere desde la infancia y, tras encontrarte en Madrid, acabó inmerso en una historia de amor que pensó que sería para siempre.

Se me nubla la vista al instante. Contengo la respiración para no llorar. A pesar del daño causado a Júnior, su familia me da la oportunidad de defenderme.

—Lo siento mucho, Minerva —es lo único que puedo decir—. Fue todo...

—No te justifiques ante mí, no es necesario —me tranquiliza, al advertir mi estado de ánimo agitado—. Si en algún momento quieres contarme algo, por muy malo y feo que pueda ser, estoy dispuesta a escucharte. No sé si lo sabes, pero en mi juventud tuve problemas con un exnovio. Vendió unas fotos mías y de Cristian a la prensa y logró separarnos, arrojando toda la

culpa sobre mí. Si hay algún ex que te esté incordiando, me gustaría ayudarte.

Niego con la cabeza a punto de estallar en llanto.

—No es nada de esto. Ojalá fuera tan simple.

Seguimos caminando hasta la zona de la piscina. Ya está terminada, luce espectacular, los contrastes entre el agua cristalina rodeada por baldosas oscuras y las plantas de hoja verde que adornan las repisas atraen la vista de un modo espectacular.

Minerva se sienta en una tumbona y cierra los ojos. Me hace una seña con la mano invitándome a seguir su ejemplo. Le hago caso y las dos nos dedicamos a tomar el sol dejando los pensamientos fluir.

Al rato, se levanta y me mira fijamente:

—No lo pensé hasta ahora pero creo saber lo que está ocurriendo contigo. Observo mucho dolor y pena en tus ojos, tu actitud no es para nada acorde a tus actos, sino todo lo contrario. Tienes ojeras acentuadas, seguramente por dormir poco y mal y has perdido peso. No dejaste a Júnior queriendo, lo hiciste bajo amenazas. Y solo hay una persona en el mundo que quiera hacer daño a mi familia. Se trata de Juan, ¿verdad?

No sé de quién me habla, ya que mi verdugo no me confesó su nombre en ningún momento, pero sospecho que se trata de la misma persona.

—No conozco a ningún Juan —contestó de inmediato, con el miedo metido en mi cuerpo.

—¿Todavía quieres a mi hijo?

—Mucho —respondo sin dudarlo—. ¿Cómo no querer a Júnior?

—Tus palabras me dicen todo lo que necesito saber. Ahora te pido que te tranquilices y que confíes en mí. Averiguaré la verdad y, de algún modo, solucionaré las cosas. Si es lo que yo creo, sé cómo ponerle fin. Yo atraje a ese hombre hacia los míos, yo los libraré de él.

Su tono de voz suena tan seguro y decidido que me inspira una buena dosis de esperanza. Entreveo un luminoso rayo de luz en toda la espesura que me rodea desde que ese psicópata hizo su oscura aparición en mi vida. La madre biológica de Júnior me sonríe de un modo cálido que me llega directo al corazón y, sacando una elegante tarjeta con bordes ondulados del bolsillo de su pantalón de seda, me la entrega.

—Aquí están mis datos, cualquier problema que tengas, llámame. —Se acerca a mí, me aprieta a su pecho y nos fundimos en un cariñoso abrazo—.

No dudes en pedir ayuda, nadie logra salir de la tenebrosidad a solas, créeme.

No comprendo del todo su ofrecimiento ni sus conclusiones pero, por primera vez en muchos días, vislumbro un estrecho pero vigoroso hilo de esperanza.

30



Minerva

Intuición femenina

Estoy indignada hasta límites insospechados. ¿Cómo no lo he visto antes? María apenas se mantenía en pie el día que rechazó casarse con Júnior. La pobre muchacha estaba atormentada y nadie fue capaz de ver más allá de las apariencias. El juego de Juan fue concebido de una manera retorcida. Fiel a sus principios, manipuló nuestras mentes para que todas las miradas se centrasen en Júnior y en su desgracia y nadie pensase, ni por un segundo, que la verdadera víctima fue, en realidad, la que menos aparentaba serlo: la novia.

Ahora, desde la distancia, me hago una idea clara de lo que pretendía. Juan, en su locura, centró su ira en Júnior con el objetivo de destrozarle la vida, ofrecer ante el mundo entero una imagen suya derrotada y fracasada.

Mis sospechas son simples suposiciones no tengo la certeza de que haya vuelto a actuar; si bien, una fuerte intuición me dice que mis conjeturas son acertadas. A lo largo de los años Juan me engañó multitud de veces, soy el tipo de persona que cree en segundas oportunidades y en la corrección de errores. No vacilé en ser generosa con él aun cuando estuve a punto de perder la vida por su culpa. Lo perdoné y, gracias a mi perdón, permaneció muy poco tiempo en la cárcel. Si ha vuelto a meterse con mi familia, encontraré la manera de pararle los pies, sin importarme el precio a pagar.

Regreso al hotel Hilton donde me alojo con Júnior y le pido a Marcos las grabaciones enteras de la boda del hotel Luxury. Las recibo un par de horas más tarde, como hay varios ángulos y partes que se grabaron al mismo tiempo me esperan por delante doce horas de visualización. Me lo tomo con paciencia y analizo cada detalle con atención. Después de un par de horas pegada a la pantalla mis sentidos comienzan a aflojar. Hago una pequeña pausa para reponer energías y aprovecho para pedir una pizza cuatro quesos y una lata de Coca-Cola Light.

Acabada la pausa, reanudo el trabajo. Cuando cae la noche sobre la ciudad, me acerco al final sin haber hallado nada que sostenga mi teoría. Tomo en cuenta la posibilidad de que mis dudas sean infundadas, al fin y al cabo, Juan lleva muchos años en libertad y no dio señales de querer hacerme daño a mí o a mi familia. Es más que probable que toda su ira haya quedado atrás.

A pesar de todo, sigo visionando la parte final de la ceremonia. En ella me veo a mi misma ilusionada y contenta por mi adorado hijo, a Júnior nervioso y agitado como si presintiera la tormenta que le caería encima. También está mi marido, Cristian, tratando de contentar a todos los invitados rodeado por un arsenal de camareros que reparten aperitivos y champán y, de pronto... lo veo a él.

No, mi intuición femenina, no me ha fallado. Camuflado en medio de los camareros, vistiendo el mismo uniforme que ellos, se encuentra Juan. Tiene la mirada seria y atenta y parece expectante. El paso del tiempo dejó señas visibles en su rostro, está muy envejecido y desmejorado.

Rebobino la grabación y observo con mucha atención todos los detalles. En cuanto María hace su aparición en medio del pasillo central él cambia de lugar y se coloca para que ella pueda verlo. Compruebo la misma escena desde otro ángulo de visión y veo el gesto tenso de ella en cuanto repara en su presencia. El puzle queda resuelto, no me queda ninguna duda de que se siente amenazada por él. Es visible su *modus operandi*, le dedica gestos intimidantes y señala el móvil en una advertencia silenciosa de que sus amenazas siguen vigentes.

Es casi media noche cuando le pido a Marcos información sobre Juan.

—Minerva, ¿a santo de qué quieres saber dónde vive ese hombre? No remuevas el pasado, por favor —me aconseja con sabiduría.

—Marcos, no hagas preguntas, por favor, solo ayúdame en lo que puedas. Creo que ese hijo de puta ha vuelto a actuar. Lo vi con mis propios ojos en la cinta de la boda de Júnior infiltrado entre los camareros.

—¿Estás segura? Es difícil creerlo. De todos modos, no te alteres de inmediato, a mi parecer, debe ser inofensivo, que yo sepa no pasó nada fuera de lo normal en la ceremonia.

—¿No pasó nada? —Mi tono de voz sube un par de grados en intensidad ante la obviedad del asunto al que ninguno supimos entrever—. ¿Te parece poco que Júnior fue abandonado en público?

—¿Crees que él tiene algo que ver? —se interesa Marcos sorprendido.

—Sí, lo creo. Ayer vi a María, esta muchacha sufre amenazas de algún tipo, no me lo contó abiertamente, pero mi intuición lo detectó así.

—Es un hombre peligroso, Minerva, acuérdate que fue capaz de dispararte. —Marcos intenta calmar mi ímpetu tras entender la gravedad del

asunto—. ¿Por qué no avisamos a Cristian y a la policía? Deja que ellos se encarguen.

—No quiero, por el momento, involucrar a la policía. Sabes que ese maldito es listo, encontrará la manera de salir ileso, dirá que las grabaciones son ilegales, que la imagen es borrosa, y esta vez, no estoy dispuesta a dejar que se salga de rositas.

—¿Y qué piensas hacer?

—Todavía no lo sé, por ahora necesito su dirección y cualquier otro dato de interés que puedas facilitarme.

—De acuerdo —claudica finalmente—. Te daré lo que me pidas pero se lo contaré a Cristian.

—No lo hagas... todavía, dame algo de tiempo, ya sabes cómo es mi marido... me parará los pies antes de dar un solo paso. Necesito una pequeña tregua, hazlo por Júnior, por favor.

—De acuerdo, tienes un día —claudica ante mis ruegos.

—Gracias, Marcos, un día es todo lo que necesito.

A primera hora de la mañana siguiente, recibo por correo electrónico la dirección de Juan y algunos datos sobre su vida. Lleva bastantes años en libertad; por haberme disparado le cayeron seis míseros años y dos en libertad vigilada. No trabaja ni le consta ningún matrimonio. Vive solo en una casa acomodado en una urbanización a las afueras de Madrid y tiene a su nombre un vehículo deportivo, Audi A3.

Me visto con ropa cómoda de color oscuro y, sin avisar a nadie, cojo el coche de Junior y me dirijo a su casa. No tengo un plan establecido, mi mente está demasiado dispersa y agitada para pensar con claridad.

No contesta al timbre por lo que me armo de paciencia y espero más de dos horas delante de su casa hasta que lo veo salir. Camina lentamente y sin rumbo, ofreciendo un aspecto solitario y triste. Una pequeña parte de mí, alberga lástima por este hombre que, años atrás, formó parte de mi vida. Nunca pude comprender por qué una persona inteligente como él, psicólogo de profesión en una clínica de renombre, ha elegido el camino del mal y la perdición. Recuerdo su intento de matarme y dejo de tener sentimientos benévolos hacia su ser. Es un monstruo enfermo, capaz de cualquier atrocidad. Puedo entender su rabia hacia mí, pero ¿Júnior y María? ¿Cuál es su culpa?

Me invade el enfado. Sin pensar en las consecuencias, salgo del interior del vehículo y comienzo a caminar detrás de él. Le alcanzo con facilidad y, cuando repara en mi presencia, le saludo con camaradería, como si nos hubiéramos visto la tarde anterior:

—¡Hola, Juan!

Él abre muchísimo los ojos, es más que probable que piense que sufre algún tipo de alucinación. Los colores abandonan su cara y su respiración se vuelve agitada. Se detiene en seco y alarga la mano para tocarme. Me roza de forma titubeante y, al comprender que soy de verdad, se muestra emocionado.

—Estás aquí, has vuelto a mí.

Esa pequeña frase me dice todo lo que quiero saber indicándome el camino a seguir. No puedo vencerlo con la verdad, porque su mente enferma no me lo permitiría, pero sí puedo hacerlo con la mentira. Estoy en desventaja, él juega en su territorio, pero confío que los sentimientos enfermizos que sigue albergando por mí, le cegarán. O, al menos, eso espero.

—He vuelto a ti, cómo debía ser.

Su rostro se ilumina y su mirada resplandece. Es indudable que ha soñado infinidad de veces con esta escena.

—¿Por qué tardaste tanto? —Se interesa, tras la sorpresa inicial—. ¿Te quedarás para siempre?

Yo finjo una sonrisa generosa y me preparo para entrar en acción.

—Depende de ti. Me quedaré a tu lado, para siempre si tú quieres, aunque para que eso ocurra, deseo algo a cambio.

Su mente enferma no es fácil de manipular. Mi intento de alcanzar un acuerdo hace que le cambie el gesto eufórico de su cara por una mueca tensa.

—El amor no tiene condiciones, Minerva. Aunque, por tenerte, soy capaz de todo. ¿Qué debo hacer?

Me tiembla la voz y noto mis piernas flaquear pero me envalentono y ataco de frente.

—Quiero que dejes en paz a mi familia. Que liberes a María y que destruyas el material con el cual la estás chantajeando. Es una buena chica, no se merece pagar por culpas ajenas.

Se siente confundido y algo molesto porque sus planes hayan salido a la luz. Un brillo malicioso ensombrece su mirada cuando me pregunta con cautela:

—¿Te lo contó ella?

—No hizo falta, al final, lo comprendí por mí misma. —Acojo sus manos entre las mías y establezco contacto visual con él—. Sé que lo hiciste por mí, para que vuelva. Yo te conozco, eres una buena persona, no te gusta hacer daño de forma gratuita. Ahora ya me tienes, ¿para qué seguir? Deseo una vida tranquila a tu lado, estoy cansada de tormentas.

Mis palabras le convencen ya que relaja su rostro y me mira de un modo tierno. Aplaudo para mis adentros mi buena actuación.

—La estuve intimidando con unas operaciones bancarias. Trasferí todo el dinero de Júnior en una cuenta suya y abrí otra conjunta a nombre de los dos en un banco de las Islas Caimán. Si la chica no seguía mis indicaciones de dejarlo plantado el día de la boda, hubiera sacado todo a la luz. Habrían acabado en la cárcel.

¡Maldito cerdo asqueroso!, pienso para mis adentros, al tiempo que finjo una cara maravillada y le tomo del brazo en actitud amistosa.

—¡Qué plan maestro! ¿Qué te parece si entramos y lo borramos todo? Ya no es necesario que mantengas la amenaza activa. Solo tú y yo. ¿Recuerdas?

—Solo tú y yo —repito complacido—. Da media vuelta y, avivando el paso, nos dirigimos hacia su casa. Me cunde el pánico al penetrar en su territorio, aunque, hago de tripas corazón y me adentro en la propiedad custodiada por altos muros de piedra.

El estado de la casa es lamentable, hay basura y suciedad por todas partes. El salón está repleto de restos de comida, botellas vacías y ropa desordenada. Juan se sienta en el sofá y coge el portátil. Teclea con rapidez y, al cabo de un rato, me anuncia con voz impersonal que el virus está desactivado y las cuentas restablecidas.

Respiro aliviada y me dejo caer en un sillón de terciopelo color marrón que hay enfrente del sofá. Cierro los ojos, respiro hondo y me pregunto cómo haré para escapar de sus manos.

31



El final de la agonía

A veces las buenas noticias llegan en forma de presentimiento. Pasé la noche entera dando vueltas y más vueltas en la cama con una extraña presión en el pecho.

A lo largo de la mañana he tratado de entretenerme con cualquier cosa. He salido a correr, he dado un par de largos en la piscina del hotel sin que me libere de la extraña sensación de que algo está a punto de suceder.

Minerva pasa unos días en Madrid y se aloja en la misma planta que yo, hemos quedado para almorzar; aunque, para mi sorpresa no aparece ni contesta a mis llamadas. La busco sin éxito en su habitación y me intereso por su paradero en la recepción. Allí me indican que ha salido temprano en mi coche, sin dejar ninguna nota o recado alguno. Me inquieta su ausencia ya que es una mujer responsable, nunca desaparecería de esta forma misteriosa y preocupante.

Le contagio mi histeria a mi padre quien comienza a mover los hilos para dar con su paradero y coge el primer vuelo disponible con destino a Madrid. Al final del día, Marcos arroja un poco de luz sobre el asunto contándonos que Minerva sigue una pista sobre Juan por creer que está involucrado en mi separación de María. Recuerdo vagamente quien es este hombre y me cuesta sacar en claro algo que tenga sentido.

Minerva busca a Juan, un hombre que no ve desde hace, al menos, quince años. Por lo que me cuentan hace mucho tiempo él le disparó por celos y acabó en la cárcel. Finalizó su condena y todo indica que su ira hacia mi familia no quedó en el olvido. Marcos cree que puede tener conexión con el hecho de que María me dejara el día de nuestra boda. Es todo muy descabellado e incoherente. Y en el caso de que fuera verdad me cuesta creer que hubiera tenido el arrojo suficiente para intimidar a María, con lo valiente y guerrera que ella es.

A las ocho de la tarde, recibo una llamada de un número desconocido. No suelo coger ese tipo de llamadas pero, esta vez sí lo hago, con la esperanza de recibir alguna noticia sobre mi madre que sigue desaparecida y desconectada.

—Júnior cariño, soy mamá —escucho su voz baja, casi susurrada, nada más descolgar.

—¡Mamá! —exclamo con voz grave—. Estamos que nos subimos por las paredes.

—Júnior, escúchame con atención. No tengo mucho tiempo.

El asunto es sumamente serio. No es propio de Minerva perder los papeles. Le hago una seña a mi padre para que se acerque y activo los altavoces dándole la oportunidad de escuchar la conversación.

—Juan maquinó un plan para que María te abandonara el día de vuestra boda. Búscala cuanto antes, dile que lo sabes todo, reconciliaos y no permanezcáis ni un segundo más alejados el uno del otro. Su pesadilla ha terminado, el virus está destruido las cuentas restablecidas, no debe temer más por su integridad.

¿El virus? ¿Qué virus? Mi padre aprovecha mi desconcierto y me arranca el móvil de la mano.

—Minerva, ¿dónde coño estás? —grita impaciente—. Estamos muertos de preocupación. Dame la ubicación y voy a recogerte. No hagas ningún acto heroico de los tuyos, ¿me has oído?

—Estoy... con Juan —aclara con tristeza—. Es mi deber acabar con él.

—¿Qué tienes que ver con ese cerdo? ¡No me lo puedo creer! ¿De qué deber estás hablando? Por favor, no hagas ninguna estupidez —le recrimina mi padre totalmente fuera de sí—. Es peligroso, y lo sabes. Ese maldito hijo de puta, al que le cuidaste el gato ciego, es un psicópata.

—Estoy en su... —De fondo se escucha un ruido sordo como si alguien le arrebatara el teléfono de la mano y, al cabo de unos breves y tensionados instantes, el aparato deja de emitir señal.

Tanto mi padre como yo nos quedamos con cara de póker. Nos cuesta creer que la pacífica Minerva, la que no se mete ni con una mosca, fuera capaz de tomarse la justicia por su mano, pretendiendo acabar con un ser tan peligroso como aquel.

—Estará en su casa. Iré con Marcos, tenemos la dirección.

—Yo también os acompaño —me ofrezco, solícito, ya que deseo ser útil para traer a mi madre de vuelta lo antes posible. Mi cabeza da mil vueltas incapaz de descifrar la información sobre María.

—¡No! —Detiene mi padre mi entusiasmo con un gesto—. Tú debes ir con María. No conocemos la situación, si la tuvo bajo sus amenazas, así como afirma tu madre, es posible que vuelva a por ella. Quédate a su lado y nos mantenemos informados.

Le obedezco comprendiendo que tiene razón. Marcos me presta su coche ya que el mío lo tiene Minerva. Conduzco a gran velocidad por las calles de Madrid. Adelanto un coche tras otro sin importarme las pitadas ni las señas de enfado de otros conductores. Estoy impaciente por ver a María y esclarecer nuestra situación. No conozco la historia completa pero sí lo suficiente para saber que fuimos víctimas de un lunático.

Mientras estoy parado en un semáforo decido llamarla para compartir las buenas noticias con ella.

—María, soy yo —le digo nada más escuchar su voz al otro lado de la línea—. ¿Estás en casa? Me gustaría verte.

—¿Ha pasado algo? —se interesa preocupada—. Tu voz suena... sería.

—Lo siento, no sé cómo decirte esto... Sé toda la verdad sobre Juan.

—¿Lo sabes? ¿Cómo?

No la veo, pero puedo sentir el miedo atravesar su voz. La culpa se cuele en mi interior y me pregunto cómo pude ser tan imbécil y no darme cuenta por lo que estaba pasando.

—Me acabo de enterar por Minerva. Me ha pedido que te trasmita que el virus está desactivado y las cuentas restablecidas. No sé mucho más, la verdad. Quisiera que habláramos de todo, si quieres verme, claro.

Contiene la respiración unos segundos, después comienza a llorar desconsolada. Aprovecho el color verde del semáforo y acelero a fondo, reconcomido por la culpa. Sé que debería decir algo para reconfortarla pero las palabras se quedan cortas. Finalmente consigo centrarme.

—Lo siento muchísimo, mi amor. Has atravesado el mismísimo infierno y no he sido capaz de verlo. Nunca me perdonaré por haberte dejarte sola.

—Ni yo de no habértelo contado —se sincera ella con voz entrecortada—. No sabes lo difícil que fue dejarte. Te lo quise confesar muchas veces pero me tenía vigilada, no podía dar un paso sin que ese hombre no lo supiera.

—Tranquila, no te disculpes, todo eso ya quedó atrás. Este hombre disparó hace años a Minerva, es un ser repugnante, capaz de todo.

—Por cierto, ¿Minerva está bien?

No, no lo está, pero confío en que Marcos y mi padre lleguen a tiempo para rescatarla. Como no tengo ninguna noticia al respecto, prefiero no agobiar a María así que desvíó la conversación.

—Ahora te lo contaré todo. Me falta muy poco para llegar a tu casa. ¡Tengo un millón de ganas de verte!

—¿Solo un millón? —pregunta más animada—. ¡Mis ganas de verte son infinitas! Ahora colgaré, para que me dé tiempo a deshacerme del horrible moño que tengo en lo alto de la cabeza.

Sonríó al imaginármela. Seguro que está preciosa. Estoy ansioso por llegar. En el horizonte observo la silueta de su casa. El sol está retirado pero al ser pleno verano todavía persiste algo de luz. Mi corazón comienza a palpar enloquecido. Tras un largo tiempo de respuestas vacías, luchas internas y sufrimiento, volveré a abrazar al amor de mi vida. Los colores regresarán a mi vida y yo me convertiré en el ser más afortunado del mundo. María sigue siendo mía, siempre lo ha sido.

Dejo el coche aparcado de cualquier manera en frente de su puerta y grito su nombre, impaciente. Instantes después se asoma a la ventana del piso superior y me mira con un fingido gesto contrariado, muy típico de ella.

—¡María! —exclamo eufórico al tiempo que abro los brazos como una mariposa en pleno vuelo—. Todavía quiero tu «sí». Es el único que me importa. Sonríe desde lo alto de su ventana y, tras agitar la cabeza con incredulidad, desaparece de mi campo visual. Llega unos segundos más tarde y se echa en mis brazos que la acogen con afecto y añoranza.

—No me digas que este caluroso abrazo es porque te gustan, por fin, los colores de tu salón —me dice con ironía, mientras nuestras miradas se encuentran. Me inclino y la beso suavemente.

—No me importan los colores, solo me importas tú —le digo sin despegar los labios de los suyos—. Si te apetece pintar la casa de naranja y violeta amaré esa combinación porque la elegiste tú.

—No me tientes... que lo haré —contesta divertida y una gran sonrisa ilumina su rostro—. ¿Entonces todo ha terminado? Si te doy mi sí, ¿serás mío de nuevo?

—Nunca he dejado de serlo. —Nos abrazamos con afecto, aferrándonos el uno al otro con necesidad. Está temblando como una hoja cuando mis dedos acarician su nuca para terminar enrollándose en su pelo suave que huele a almendras. Sus ojos brillantes se posan en los míos y nuestras bocas se vuelven a encontrar. Cierro los ojos de puro placer profundizando muy

hondo en el interior de su boca, a la que tanto he echado de menos estos meses.

Cuando la añoranza queda apaciguada, se aparta un poco y me dice con voz suave y cálida:

—Esto parece un sueño.

Alarga la mano y roza mi cara con delicadeza. Yo giro un poco la cabeza y le beso los dedos con ternura.

—No es un sueño. Estoy aquí y nunca volveré a marcharme.

—Prométemelo.

—Te lo prometo.

Los ojos se le llenan de lágrimas que terminan por resbalarse por su rostro.

—No estoy llorando —me aclara entre suspiros y para convencerme me regala una sonrisa radiante. Yo le limpio la cara con los dedos y le devuelvo la sonrisa.

—Lo sé.

Tenemos las emociones a flor de piel y es lógico que las ganas de llorar se entremezclen con la alegría.

—Ahora, dime, ¿qué sabes de Juan? —me pregunta más calmada—. ¿Cómo se enteró tu madre de todo?

—Sé muy poco, la verdad. Minerva está desaparecida desde ayer, se ve que tenía un hilo del que tirar y lo hizo sin contraérselo ni siquiera a mi padre. Esta tarde hemos podido hablar con ella por teléfono, pero la comunicación se cortó. Mi padre y Marcos han ido a buscarla a la casa de Juan. Y yo he venido corriendo a verte a ti.

Su cara se pone seria al instante y sus hermosos ojos oscuros se bañan en lágrimas.

—¿Entonces esta pesadilla aun no ha terminado? Minerva puede estar en peligro. Este hombre es... es capaz de todo.

Se aferra a mi torso con una necesidad desgarradora y hunde la cabeza en mi pecho buscando mi protección, deseando liberarse del miedo y las tinieblas que atravesó sola y desamparada. Yo la abrazo con suavidad y nos mantenemos unidos, disfrutando de la cercanía de nuestros cuerpos.

—Tranquila, Minerva estará bien. Si ha podido llamarnos, seguro que tiene la situación bajo control.

—¿De verdad?

—De verdad.

—Ahora, cuéntamelo todo, quiero saberlo —le pido cuando noto su respiración normalizarse.

Se aparta de mí y, tras pasarse los dedos por el pelo, me cuenta su calvario.

—Todo comenzó unas tres semanas antes de casarnos. Un día al regresar del trabajo lo encontré en mi casa, supongo que entró por las aberturas del jardín. Me hizo un horrible chantaje relacionado con el banco y tu dinero; si no le hubiera obedecido, habríamos acabado los dos en la cárcel. Fue horrible para mí dejarte y, más todavía, sin poder explicarte absolutamente nada, ni el día de la boda ni después. —María vuelve a abrazarse a mí en búsqueda de consuelo. Le acaricio la mejilla con delicadeza y beso sus lágrimas con afecto. Más sosegada, me sigue contando el abismo por el que pasó sin que yo me hubiese percatado de nada—. Al cabo de un tiempo tuve el suficiente valor para plantarle cara, la presión que mantenía sobre mí era inaguantable. Quiso estrangularme y me insinuó que se ensañaría con mi madre enferma y mi hermano. A partir de entonces dejé de tener esperanza y me rendí a mi suerte.

Su testimonio me provoca oleadas de ira que se alojan en la boca de mi estómago. Me cuesta expresarle mis sentimientos, lo único de que soy capaz por ahora es de disculparme con ella.

—Lo lamento mucho, María. Me siento culpable por todo el infierno que has pasado. Si no hubieses estado conmigo...

—No me arrepiento de nada, Júnior. Y no quiero seguir hablando de ese loco. Ahora tengo hambre de ti, estar separados fue mi verdadero infierno.

—Eres increíble. ¿Cómo pude tener tanta suerte? ¡Mírame! —le pido con el corazón encogido—. ¿Aun hay esperanza para nosotros?

—Pues claro que la hay, Júnior. Si todavía quieres mi sí, aquí lo tienes —declara con una sonrisa de oreja a oreja, repartiendo una lluvia de besos sobre mi cara—. Sí, sí, mil veces sí, mi amor.

En las últimas semanas he recibido miles de síes, pero el de María es el único que hace mi corazón vibrar.

Sin cruzar palabra la tomo de la mano y la hago entrar en el coche de Marcos. Conduzco con rapidez hasta la casa rehabilitada por ella y, allí, en el interior acogedor de nuestro hogar doy rienda suelta al amor que siento por ella.

32



Minerva

Una pesadilla sin fin

Juan me sorprende utilizando su móvil. Me lo arranca enfurecido de las manos y entra en una especie de crisis neural. Comienza a tirar vasos y platos al suelo provocando un ruidoso escándalo, totalmente fuera de sí. La aprensión penetra en mi cuerpo y, aun cuando intento mantener la calma, noto mis piernas temblar y el pulso acelerarse en mis venas. Respiro con dificultad a causa del miedo, pero me las arreglo para aparentar una tranquilidad que disto mucho de sentir.

—Eres una maldita embustera. Has intentado engañarme —me recrimina enfadado, encarándome con una mirada cortante como la hoja de un puñal.

Estoy aterrada, muy aterrada, pero consigo contenerme y hablarle con tranquilidad.

—No, eso no es cierto —niego con vehemencia al tiempo que me acerco a él y le quito el plato que lleva en la mano con suavidad—. No es lo que tú crees. He llamado a mi hijo para informarle que está libre para regresar con María. Es lo justo, Juan. Si nosotros somos felices, ellos se merecen serlo también.

Mi explicación lo desconcierta. Retrocede un paso y me observa con desconfianza pero, finalmente, me da una oportunidad.

—¿No vas a dejarme? ¿No volverás con el estúpido de Cros?

—Te di mi palabra, ¿recuerdas? Solo tú y yo. Vamos, cálmate, por favor.

Intento ganar tiempo porque imagino que Cristian y Marcos aparecerán en cualquier momento para salvarme. Solo necesito mantener a Juan con la guardia baja unos cuantos minutos más.

De repente, retrocede otro paso como si mi cercanía le afectase y comienza a dar vueltas por la casa, sin ningún objetivo concreto. Se asoma a la ventana y, tras inspeccionar los alrededores con cara seria, baja la persiana hasta que la ventana queda completamente cubierta.

—Avisaste al hijo de Cros sin consultarme, no vuelvas a tomar decisiones sin pedirme permiso. Ahora debemos marcharnos. Es peligroso quedarnos aquí.

Se me cae el alma a los pies. No puedo permitir que me lleve lejos, porque si lo hago, los míos me perderán la pista. Estoy metida en la boca del lobo y no tengo ni la menor idea de cómo salir.

—¿Peligroso, por qué? —Me hago la inocente—. Esta será nuestra casa, es agradable estar aquí —digo lo primero que acude a mi mente.

Mi intento de normalizar la situación no lo engaña; me agarra con brusquedad de la muñeca y me arrastra tras él.

—Buscaremos otro lugar para vivir nuestro amor, aquí ya no estamos seguros. Cros nos puede encontrar.

No sé qué contestar a esto. Es un maldito psicópata, listo, al que no se le escapa ningún detalle. Decido llevarle la corriente y buscar alguna salida sobre la marcha. Acudimos al garaje y me pide esperar mientras él se monta en su coche, un Audi 3 antiguo, al que le cuesta bastante arrancar.

Con el motor en marcha se baja del vehículo, abre el maletero y me invita de forma ceremoniosa a meterme ahí.

La certeza de que estoy siendo secuestrada es cada vez más palpable, aunque mantengo las formas y accedo, ¿qué otra alternativa tengo?

Juan tiene el detalle de ofrecerme una manta para que me tape y cierra el maletero con un gesto brusco sumiéndome en la oscuridad. Mantengo los ojos abiertos, a pesar de no ver nada, y escucho como se monta en su asiento y mete la primera marcha. Desde mi agujero sombrío percibo como acelera y el coche avanza en una dirección desconocida para mí. Conduce de forma caótica, sube los baches sin precaución y mi cuerpo queda golpeado por todas partes. El interior está lóbrego y me cuesta respirar con normalidad. Al cabo de unos quince minutos de conducción accidentada el camino se vuelve llano y sin interrupciones e intuyo que nos hemos adentrado en alguna autovía.

Multitud de pensamientos tenebrosos acuden a mi mente y el terror invade cada célula de mi piel. Me está sacando de Madrid alejándome de los míos. Me perderán la pista y quedaré a la merced de mi verdugo.

«Al menos has librado a Júnior», me susurra una voz agradable en mi cabeza.

Esa reflexión me reconforta y me quedo dormida. No soy consciente de nada más hasta que la puerta del maletero se abre y Juan me sacude para despertarme. Despego los parpados aturdida y, tras echar una ojeada al exterior, comprendo que es de noche. Juan tiene aspecto de estar cansado, debajo de sus ojos hundidos se aprecian unos círculos oscuros y feos. Me tiende la mano para ayudarme a salir de mis vastos aposentos. Este es el secuestro más raro de la historia ya que no le hace falta ser brusco ni cruel

conmigo, sino todo lo contrario. Se puede permitir el lujo de fingir y a mí no me queda otra que aceptar mi suerte.

Tengo todos los huesos de mi cuerpo adormecidos por lo que hago varios intentos hasta lograr ponerme de pie. Finalmente, lo consigo y tras adaptar mi vista a la oscuridad advierto que estamos en medio de la nada. Distingo los picos perfilados de unas montañas y el aire fresco me indica que nos encontramos en algún lugar montañoso.

—¿Dónde estamos? —tanteo el terreno, intentando sonsacarle algún dato. Información es poder y, aun cuando la situación parece desesperada, no pierdo la esperanza—. Me gusta. ¡Qué aire más puro y limpio!

—Aquí estamos de paso, todavía no hemos llegado a nuestro destino. Tiene que ser uno lejano para que Cros no localice nuestro paradero. Haremos un breve descanso para cenar, he comprado algo en una gasolinera.

Y dicho esto, coloca una manta sobre el suelo y me invita a sentarme. Me ofrece un bocadillo de jamón y queso envuelto en papel de aluminio y una lata de Coca-Cola Light. Acepto agradecida ya que tengo hambre y necesito reponer energía. Él se sienta a mi lado y comemos en silencio.

Una vez hemos terminado, levanto la vista hacia el cielo y veo que está plagado de multitud de estrellas brillantes. El universo está hermoso, el planeta hace su habitual vuelta alrededor del sol sin importarle las desgracias ajenas. Mi valentía se encuentra en sus horas más bajas y la cruda desesperación me acoge en sus brazos.

—Ven, a partir de ahora harás el viaje a mi lado —me informa mi verdugo, cuando nos disponemos a retomar la marcha. Antes de partir, hace un agujero en el suelo y esconde los restos de nuestra cena para borrar cualquier rastro. A continuación, toma mi mano con ceremonia y se la lleva a los labios. Cierro los ojos, por lo repulsivo que me resulta sentir sus labios en mi piel, aunque me mantengo quieta y aguanto con valor su respiración asquerosa. Lo último que necesito es hacerle sospechar.

Mi actuación lo convence y comienza a relajar el gesto. Reanudamos la marcha y, a la luz brillante de los faros, observo que estamos subiendo por una calzada estrecha, colmada de baches y agujeros. Se trata con seguridad de algún camino secundario que discurre en sentido ascendente. Para mi sorpresa, el sendero comienza a descender y cuando la luz del alba me permite orientarme, comprendo que nos estamos acercando a un hermoso

lago que se entrevé a los pies de la montaña en la cual todavía nos encontramos.

Seguimos avanzando hasta que el sol se alza en lo alto del cielo y nos enseña su cara más amable. En el interior del coche hace un calor agobiante, Juan ha quitado el aire acondicionado por temor a quedarse sin gasolina.

—Pararemos un rato para desayunar —anuncia tras apagar el motor y poner el freno de mano. Estamos en plena pendiente con el hermoso lago a nuestros pies. El panorama quita el sentido, en situaciones normales hubiera disfrutado de tan hermosas vistas. Hoy no lo hago, toda esta belleza desplegada ante mis ojos me provoca sufrimiento.

Desayunamos magdalenas y café prefabricado amargo ya que no disponemos de azúcar. Nada más terminar, guarda los restos en una bolsa de plástico que tira sobre el asiento de atrás. A continuación, me recorre con la mirada y se abalanza sobre mi asiento. Coloca las manos sobre mis hombros y, antes de comprender sus intenciones, se afana en llegar a mis labios.

Es imposible soportar tal atropello, por lo que le empujo con brusquedad, alejándolo de mi cuerpo.

—¿Qué crees que estás haciendo? —le recrimino, con los ojos en llamas—. ¡Apártate de mí!

—Quiero hacerte mía. He esperado lo suficiente. —Mis manos se interponen entre nosotros pero su torso hace fuerza y no sé el tiempo que seré capaz de hacer frente a sus avances.

—¡No! —grito asustada—. Por favor, al menos que no sea de este modo —suplico al advertir que mis fuerzas flaquean.

—Quítate la camisa —me pide con tranquilidad, al parecer mis ruegos no logran hacerlo desistir de su deseo. Me atrapa las manos con la suya obligándome a bajarlas. Con la otra acaricia mi mejilla y, acercando su boca a la mía, me dice en voz baja, casi susurrada—: Añoro la calidez de tus senos. Quiero tocarlos.

Su mirada es tan fría y amenazante que me estremezco. Busco enloquecida alguna alternativa pero estoy encerrada dentro del coche con un psicópata que me pide ser suya. Al instante, una idea atraviesa mi cerebro. Localizo el freno de mano y busco la manera de poner en marcha mi plan. Es mi única esperanza. Si logro salir del coche mientras está en

movimiento, al menos, tendré una pequeña oportunidad para huir. Si me quedo, nada ni nadie puede salvarme del precipicio.

El inconveniente se presenta pocos segundos después. El freno está situado a pocos centímetros de la mano derecha de Juan. Debo desviarle la atención para poder quitarlo sin que le dé tiempo a reaccionar. Mientras busco la oportunidad comienzo a quitarme la camisa, buscando distraerle. Mi plan da resultado ya que se queda con la mirada pegada a mis pechos que apenas están ocultos bajo el suave encaje del sujetador. No me da tregua y se abalanza hambriento hacia ellos y rasga con brusquedad la tela que los tapa. Se mete un pezón en la boca y lo chupa con deseo. Estoy tan asqueada que siento ganas de vomitar. El estómago se me contrae y contengo la respiración para no delatarme. Aguanto con valentía ese suplicio esperando el momento perfecto para poner mi plan en marcha. Este se presenta cuando Juan, preso del deseo cierra los ojos y busca mi otro pecho con los labios. Actúo con rapidez, quito el freno de mano y presencio como el coche comienza su descenso hacia el inmenso lago turquesa que espera paciente y en calma nuestra llegada.



En la búsqueda de Minerva

La mañana es sofocante y el luminoso sol brilla con intensidad en la bóveda celeste. Mi padre está desquiciado, esperando alguna pequeña noticia que nos permita dar con el paradero de mi madre. Lleva más de veinticuatro horas de ausencia y, tras mover muchos hilos y contactos, hemos conseguido que la policía la dé oficialmente por desaparecida.

Marcos, por su parte, ha logrado filtrar una foto del deportivo de Juan en las redes sociales por si alguien tuviera alguna pista.

La policía ha verificado la casa de Juan pero no descubrieron ninguna pista realmente importante. Su coche fue visto por última vez en una gasolinera cercana a su domicilio donde repostó pero las imágenes recogidas por las cámaras no mostraron a Minerva. La cajera recordó que el hombre tenía mucha prisa por marcharse y no recogió el cambio de los cien euros que había pagado para llenar el depósito.

A mediodía, la ansiedad de mi padre toca cuotas máximas así que decide actuar al margen de la policía contratando a un grupo de rastreadores profesionales acompañados por perros entrenados en búsquedas de personas. No tenemos nada en concreto, pero cualquier cosa es mejor que estar parados y esperar. Nos ponemos en marcha, mi padre al volante, Marcos de copiloto y en la banqueta de atrás nos encontramos María y yo.

Salimos de Madrid y cogemos un camino secundario ya que los rastreadores creen que son los más utilizados en estos casos.

María está tensionada; se siente culpable por no habernos contado la verdad desde un principio. La tranquilizo con la promesa de encontrar a Minerva y meter a ese indeseable en la cárcel. Esta mañana ha declarado ante la policía y ha informado al banco sobre lo ocurrido.

A mediodía, mi padre recibe una llamada de alguien que afirma haber visto el coche de Juan en la sierra madrileña, en concreto, cerca de la Maliciosa, una de las montañas más importantes y altas de la sierra de Guadarrama.

Sin demora ponemos el GPS y nos dirigimos hacia esa zona que queda a unas cuatro horas de camino del punto donde nos encontramos actualmente.

Hacemos una pequeña pausa para comer, pero apenas probamos bocado.

—¿Será una pista viable? —quiere saber Marcos inquieto al tiempo que aparta su sándwich de queso sin tocar. Salta a la vista que ha perdido las ganas de comer. Muestra señales de cansancio y arrepentimiento por haberle facilitado a Minerva la dirección de Juan—. Si no la encontramos pronto, juro que me volveré loco de preocupación. Jamás me perdonaré haberla ayudado. ¿Cómo iba a sospechar que sería capaz de semejante locura?

—Debiste avisarme enseguida —le reprocha mi padre, malhumorado—. Sabías de qué pie cojea ese individuo, ¿cómo pudiste ser tan ingenuo y mandarla a la boca del lobo? Te advierto que si le pasa algo, será culpa tuya.

Marcos coge la botella de agua y toma un trago largo al tiempo que encara con la mirada a mi padre, que tiene el aspecto de un gallo enfurruñado, a punto de saltar sobre su adversario. Decido intervenir para calmar los ánimos. Lo último que necesitamos es un enfrentamiento entre nosotros.

—Papá, no es el momento de reprimendas —le pongo una mano en el brazo tratando de rebajar la tensión—. Marcos ha tenido buenas intenciones, ¿cómo podía saber que este loco estaba en activo?

—Pues, sabiéndolo —responde mi padre con dureza—. A mí nunca me engañó. Aguanté a su maldito gato ciego en mi casa tres largos años porque a Minerva le dio pena abandonarlo. Juro que ese animal tenía cámaras en los ojos y Juan nos espiaba a través de ellas. Ese maldito chiflado quiso destrozar mi relación con Minerva y ahora ha puesto sus miserables manos en una chica inocente como María. Si lo hubiera sabido a tiempo, le hubiera sacado los ojos dejándolo como a su gato, ciego y desamparado.

—No desesperes —le anima su representante ya que el odio que le procesan a Juan les une de forma inevitable—. Juro por mi vida que encontraremos a Minerva sana y salva. ¿Quién la buscó la primera vez, cuándo solo tenías su ADN? Fui yo, ¿verdad? ¿Quién trajo a esta maravillosa mujer a tu vida?

—Fuiste tú, amigo —accede mi padre, algo emocionado, y los dos se funden en un abrazo afectuoso, dejando de lado sus diferencias.

Retomamos la marcha y al cabo de una hora los rastreadores se detienen indicándonos que, a partir del punto donde nos encontramos, debemos

hacer el camino a pie ya que uno de los perros ha detectado el olor de Minerva.

Recobramos los ánimos y la ilusión. El paisaje es impresionante, ante nosotros se alzan unos soberbios picos rocosos de montaña que reflejan su majestuosa imagen en un lago inmenso, que más tarde nos enteramos que se trata del embalse de Navacerrada.

María me toma de la mano y recorre a mi lado el inhóspito camino plagado de desniveles. Mi corazón está dividido, abrigo una gran felicidad al tener a mi lado a la mujer de mi vida, aunque por otro lado, estoy triste y desconsolado ante la ausencia de mi madre.

Al atardecer nos detenemos para tomarnos un respiro. Hace muchísimo calor y estamos cansados. Los perros no dan señales de encontrar nuevas pistas por lo que deducimos que el rastro que seguimos está equivocado.

A punto de dar media vuelta y buscar en otras zonas, divisamos a las orillas del embalse un punto minúsculo, parecido a un bulto. Sin pensarlo, nos encaminamos hacia allí con el corazón encogido.

Hay una cosa que deseamos más que encontrar a Minerva y, es, encontrarla con vida.

34



Minerva

El final del camino

Juan se sobresalta cuando advierte que el coche comienza a deslizarse por el pasaje estrecho. Observa desconcertado como el vehículo adquiere mayor velocidad y se dirige a toda prisa hacia el gran lago que espera en calma al final del camino.

Mientras avanzamos me quito el cinturón de seguridad y me sujeto con ambas manos al asiento. Juan, una vez sale de su asombro, comienza a gritar, tratando de poner el freno pero, a pesar de sus intentos, le es imposible detener el avance del vehículo.

Pasamos por una zona desnivelada que hace que nos golpeemos las cabezas contra el parabrisas. El cristal se rasga pero no llega a romperse. Noto el sabor de la sangre invadir mi boca y temo estar viviendo los últimos instantes de mi vida. Tan solo un par de metros nos separa del momento de adentrarnos en el lago. Mi cuerpo se está balanceando de un lado a otro y, aun cuando trato de soltar la manija de la puerta para abrirla, mis dedos resbalan y se deslizan hacia abajo sin lograrlo. Toco sin querer un botón y la ventanilla de mi lado comienza a bajar.

Es lo último que veo antes de sumergirnos en el lago. El coche aterriza sobre la superficie lisa del agua causando con el impacto una ola gigantesca. El vehículo comienza a inclinarse en ambos lados llenándose de forma paulatina de agua. Juan tiene la cara congestionada por el miedo, intenta soltarse el cinturón pero sin conseguirlo. Yo hago un esfuerzo sobrehumano por salir del coche a través de la ventanilla abierta. Soy buena nadadora; quizás, si lograra abandonar el coche, conseguiría llegar hasta la superficie. Meto la parte superior de mi cuerpo por la abertura de la ventana y, con la ayuda de las manos, intento elevarme cuando noto que algo me retiene impidiéndome avanzar. Estamos completamente sumergidos por lo que los movimientos quedan limitados. Me giro con lentitud y observo la mano de Juan enganchada en el cinturón de mi pantalón. Sigue atado a su silla y quiere retenerme a su lado. Forcejamos aunque no logro liberarme.

Soy médico y sé que, en cuestión de minutos, mis pulmones estarán encharcados de agua. A punto de rendirme hago un último intento de escapar y la suerte está de mi lado, ya que sorprende a mi verdugo con la guardia baja. Sus dedos resbalan y pierde el contacto con mi cinturón.

Aprovecho mi última oportunidad y me cuelo por el hueco de la ventanilla. Una vez en el agua, comienzo a mover los brazos y los pies para elevarme a la superficie. Veo como los rayos de sol se filtran a través del agua marcándome un luminoso camino para ascender. No giro la cabeza ni una sola vez y, por lo tanto, no me percató de que Juan ha logrado desatarse su propio cinturón. Abandona el coche por el mismo lugar que yo y sigue de cerca mis pasos.

Consigo llegar a la superficie pero me cuesta mantenerme a flote. Con un breve vistazo comprendo que me encuentro bastante alejada de la orilla, al parecer, la corriente me ha arrastrado. Mis brazos son flojos por lo que vuelvo a hundirme. La breve bocanada de oxígeno que he tomado me da fuerzas y, tras unos breves instantes de derrota, agito las manos y me elevo tomando de nuevo el contacto con el aire. Esta vez pongo todo el empeño para mantenerme a flote y comienzo a nadar en dirección a la orilla.

Estoy agotada, me arrastro con dificultad pero no descanso hasta alcanzar mi objetivo. Una vez noto bajo mis pies descalzos tierra firme me tumbo en el suelo dejándome abrazar por los cálidos rayos del sol que se posan sobre mí como una suave caricia y cierro los ojos. «Solo unos segundos para descansar», me digo mientras me dejo abrazar por las garras del inconsciente.

Tiempo después, escucho voces y cierto revuelo a mi alrededor. Parpadeo confundida, sin recordar el lugar donde me encuentro. Me escuecen los ojos y vuelvo a cerrarlos. Tengo la impresión de que mi vida prende de un hilo. Estoy sedienta y me arde la cara. Alguien deposita mi cuerpo sobre una superficie dura, probablemente una camilla y siento el tacto de una prenda suave sobre mi piel.

—Mamá, por favor, abre los ojos. —La voz de mi único hijo llega hasta mí y despego los parpados. Me observa angustiado con los ojos bañados en lágrimas. Acerca una botella de agua a mis labios y trago un poco de líquido agradecida.

—Estoy... bi... bien —digo finalmente con voz débil.

Reparo en una figura acercarse. Parpadeo para aclararme la vista y mis ojos se encuentran con la mirada alarmada de Cristian. Me observa con el ceño fruncido y, tras llevarse mi mano a los labios, la besa aliviado:

—¡Gracias a Dios que te hemos encontrado! Y qué estás bien.

Hago el intento de hablar pero me cuesta formar las frases que pienso decir. Las palabras salen entrecortadas de mis labios reseco y lo poco que digo carece de sentido. Cristian pone un dedo sobre mi boca y me tranquiliza en tono paciente.

—No hables. Estás muy débil, guarda tus fuerzas. Ya habrá tiempo para que nos cuentes tu pequeña escapada al lago.

Su comentario medio sarcástico está fuera de lugar, pero no lo hace con maldad. Es su manera de quitarse de encima la ansiedad que, con seguridad, se encargó de atormentarlo desde que me fui. Un sanitario se acerca y me inyecta un tranquilizante. Solo llevo puesto un sujetador desgarrado y el pantalón roto por varias partes, por lo que me pone crema hidratante para aliviar mi cuerpo enardecido y, al finalizar, me vuelve a tapar con una sábana limpia. Me da de beber suero cargado de vitaminas y me indica que me trasladarán en camilla hasta la ambulancia. Lo último que recuerdo antes de quedarme profundamente dormida, es el balanceo de la camilla y los reproches de mi marido para que los sanitarios no me golpeen con la marcha.

Sueño que el cinturón de seguridad se queda estancado y no puedo salir del coche. El agua me envuelve y penetra con lentitud en mi cuerpo. Mi cerebro deja de pensar y los ojos se me cierran lentamente. Una luz potente me deslumbra y agito la cabeza deseando evitarla.

—¿Señora? Abra los ojos, por favor —me pide una voz con determinación—. Estamos en el hospital y debo verificar sus constantes vitales. ¿Me escucha bien?

Sonrío aliviada y asiento con la cabeza. La pesadilla ha terminado, estoy a salvo. Lágrimas de felicidad inundan mis ojos cuando Cristian y Júnior se acercan a mí y me enseñan una pancarta donde pone con letras grandes:

«¡Bienvenida! Te queremos».



Un sí grande y redondo

El cinco de octubre es la fecha elegida para celebrar nuestra segunda boda. Esta vez, no queremos una ceremonia fastuosa, lo único que deseamos es sentirnos rodeados por los amigos más allegados y la familia. El lugar escogido es la pequeña isla de Grecia que mi padre le regaló años atrás a Minerva. Es un territorio apartado de los focos de la prensa y tiene un gran valor sentimental para nuestra familia ya que allí mis padres lograron reconciliarse tras una crisis provocada por Juan.

Desde que Minerva logró salir del lago sobreviviendo en la sierra madrileña pasaron dos meses. Nuestra peor pesadilla ha terminado; sin embargo, nos queda una pequeña espina clavada. Los policías encargados del caso no consiguieron encontrar el cuerpo de Juan. Ni vivo, ni muerto. Los investigadores lo dan por muerto, ya que creen imposible que pudiera haberse salvado y huido. Según el testimonio de Minerva, ella salió del agua antes que él y apenas tuvo fuerzas para llegar a la orilla, por lo tanto, si Juan salió después, no pudo haber llegado mucho más lejos que ella. Pero claro, todos estos datos no son más que teorías y conjeturas, ojala tuviéramos la certeza de que ese psicópata ha muerto.

—No pienso descansar hasta encontrarlo. Sin cuerpo todas las hipótesis siguen abiertas. Su desaparición no me tranquiliza en absoluto, sé que tiene siete vidas como su gato —vocifera mi padre, cada vez que sale el tema Juan en una conversación—. Le interesa estar escondido, el muy cabrón, y cree que nos ha vencido de nuevo, pero a mí no me engaña; si sigue vivo, daré con él.

A todos nos invaden las mismas dudas; pero no tenemos una base sólida para afirmar ni una cosa ni la otra. Nos gustaría poseer la certeza de que su cuerpo yace en el fondo del lago donde se sumergió y quitarnos la incertidumbre.

—¿Estás listo? —interrumpe, Minerva, mis pensamientos desde el marco de la puerta. Regreso al presente y le ofrezco una de mis sonrisas más esplendidas.

—Listo. —Hago un gesto hacia mi pantalón blanco de lino y cuadro los hombros para que la camisa del mismo material se acople mejor a mis

hombros—. Total, solo me puse estas prendas sencillas, nada que ver con la anterior boda y con toda la fanfarronada de entonces.

—Ya te digo —sonríe y me da un beso afectuoso en la mejilla. ¡Qué gusto no llevar maquillaje ni tacones!

Lanzo una mirada rápida a su aspecto, lleva un sencillo vestido largo, vaporoso, color azul cielo y el pelo lacio, color trigo tostado, suelto. Está preciosa.

Le ofrezco mi brazo y encaminamos nuestros pasos hacia el altar improvisado en la parte arenosa de la isla, donde nos esperan los demás invitados.

—¡Estoy tan feliz por ti! —declara emocionada mientras avanzamos con paso decidido por el sendero que nos lleva al lugar de la ceremonia—. Ahora te dirá que sí, te casarás con el amor de tu vida, Júnior.

—Eso espero, mamá —digo con un deje de diversión en la voz—. Con María, uno nunca sabe.

Estallamos en risa y nos dirigimos de buen humor a la zona habilitada.

Nos faltan pocos metros para llegar y mi vista se posa en los asistentes. Observo a mi padre como se mueve agitado de un lado para otro, deseoso de no perder de vista ningún detalle. Él es así, un ser incapaz de relajarse por completo en su afán de mantener el control. Cuando llegamos a su lado me da un caluroso abrazo y me guiña el ojo, señal de que está muy contento por mí.

—Esperemos que, esta vez, podamos celebrar en condiciones. Con María uno nunca sabe.

—¡Te he oído! —exclama ella desde la distancia. No me había percatado de que venía y, al escuchar su voz, me giro y mi corazón se llena de amor y dicha al instante. Va en consonancia conmigo, completamente de blanco, el vestido amplio y voluminoso le llega hasta los talones envolviendo su cuerpo esbelto y delgado como una aureola. El cabello peinado con unas pequeñas ondas, le abraza los hombros y la sencilla corona de minúsculas magnolias blancas que lleva sobre la cabeza representa su único adorno. Está deslumbrante y yo me quedo sin aliento a pesar de ser mi chica.

Recorre los últimos metros que nos separan con una generosa sonrisa dibujada en los labios. Su hermano es el encargado de conducirla hasta el altar.

—Gracias, John —le digo cuando su cometido ha terminado. Acto seguido nos estrechamos las manos con cordialidad y nos sonreímos. Compartimos la timidez por lo que entre nosotros se ha formado un vínculo casi fraternal. Es un chico solitario y me he propuesto ayudarle para que se abra más al mundo. Asiente complacido con la cabeza y, tras dejar a su hermana a mi lado, se coloca junto a los demás invitados.

Allí están las personas que más me importan en este mundo. Mis padres que contemplan mi felicidad con lágrimas de alegría en los ojos. Mi madre natural, Darya, que nunca se separó de nosotros y es una más en la familia. Mi abuela María irradiando orgullo al presenciar como su único nieto da el paso más significativo de su vida. Mi buen amigo, Alan que va en compañía de una mujer espectacular, jugadora de baloncesto como él, llamada Soraya. También se encuentra Marcos, amigo leal de la familia desde hace décadas. En su día ayudó para que el niño concebido a la carta con los óvulos de Minerva y los espermatozoides de mi padre se convierta en el hombre hecho y derecho que es hoy en día. Ha roto hace poco con su última pareja —él dice tener mala suerte en el amor, yo pienso que, a pesar de sus cincuenta y tantos, le falta madurar y asentar cabeza— así que presencia la ceremonia junto a mis progenitores, emocionado porque el «embrión» cómo se empeña en llamarme de forma cariñosa haya llegado tan lejos.

Por parte de María hay pocos invitados; la señora Olga que es lo más parecido a una abuela para ella, viste sus mejores galas y observa con gesto atento a mi futura suegra que descansa en una silla de ruedas y contempla ausente el horizonte. Es poco probable que sepa que su única hija está a punto de casarse. Laia, la mejor amiga de María y su novio, Javier, cierran las filas de los invitados por parte de la novia.

Decidimos de mutuo acuerdo tener una ceremonia íntima, compartir este momento tan especial solo con la gente más cercana. A pocos metros de nosotros se encuentran dos agentes que velan por nuestra seguridad. Nos encontramos en una isla privada, a muchos kilómetros de la costa, no es probable que ocurra incidente alguno, pero mi padre está desconfiado y prefiere tener las espaldas cubiertas.

Dejo de prestar atención a la gente que nos rodea y me centro en María, la dueña de mi corazón. Nos cogemos de la mano y nos miramos a los ojos con intensidad. El gran momento del «sí quiero» se está acercando y lo vivimos con emoción y dicha desbordante.

El funcionario encargado de legalizar nuestro enlace es griego por lo que las preguntas las formulan en inglés. María está expectante, me da el muy deseado «sí» en español, reiterándolo un par de veces, por si acaso. Yo sigo su ejemplo y, en cuanto se nos declara unidos en matrimonio, nos damos un largo y afectuoso beso en los labios.

Nuestros allegados rompen en un sonoro aplauso y allí, bajo el brillante sol de Grecia, me convierto en el hombre más feliz de la Tierra.

Estrecho a mi recién estrenada esposa entre mis brazos apretándola contra mi pecho con afecto infinito. Ella rodea mis hombros y coloca la cabeza en mi cuello. Me roza la piel con los labios declarándome su amor. Contemplo el inmenso horizonte que se funde con el mar en una línea fina, muy lejana y hago una larga inspiración. El sol me deslumbra y cierro los ojos dejándome abrasar por oleadas de dicha que sacuden mi interior. De fondo se siguen escuchando los aplausos de nuestros allegados y el chillido agudo de una gaviota que sobrevuela la orilla. Mi corazón no cabe en el pecho y todo yo, al completo, estoy radiante.

De pronto, el sonido de un arma al dispararse altera la paz que reina a mi alrededor. Despego los parpados sorprendido y veo a una gaviota batir sus alas y levantarse en vuelo, asustada. Sin comprender lo que ocurre me siento arrastrado por unas manos fuertes que reconozco ser las de mi padre. Cubro el cuerpo de María con el mío y me dejo llevar a un lugar seguro, detrás de las palmeras que bordean la isleta.

—Al suelo, ¡todos al suelo! —se escucha a uno de los agentes gritar histérico. Le hacemos caso y nos apilamos detrás de las plantas, completamente tumbados. Desde nuestro escondite observamos al otro agente dar pasos pequeños y precavidos en dirección a la zona de dónde provenía el disparo. Lleva un arma en la mano y, a través del pinganillo, se comunica con su compañero que se queda con nosotros para darnos protección.

Es curioso cómo el destino puede cambiar al ser humano en un abrir y cerrar de ojos. Hace apenas segundos atrás estábamos relajados, sonrientes y felices y ahora nos sentimos presos del pánico y el miedo. Me cuesta creer que haya disparos y caos en mi nuevo intento de matrimonio. ¿Quién pudo haber llegado hasta aquí? Es imposible que se hubiese filtrado esta noticia a la prensa y, aun cuando así fuese, los paparazzi se encargan de disparar fotos no de hacerlo en el sentido literal de la palabra.

—Cálmate —le pido a María cuando sus ojos angustiados se encuentran con los míos. Le doy un beso afectuoso en la sien y le acaricio su melena alborotada para tranquilizarla. Me percató de que la hermosa corona de flores frescas se ha roto y su cabello está repleto de pétalos blancos. Tiene el ceño fruncido y los labios tensos, clara señal de la preocupación que siente, por lo que decido quitar hierro al asunto—: Seguro que no es nada, será algún cazador perdido —improvisó lo primero que me vino a la cabeza.

—¿En medio del mar? No me lo creo —responde ella con cara circunspecta. Luego se gira y busca con la mirada a su hermano y a su madre. Los ve junto a los demás y se relaja visiblemente.

—Tanda uno para tanda dos —escuchamos al agente encargado de investigar llamando a su compañero a través de una *walkie talkie*—. Hombre abatido en la orilla. Repito, hombre abatido. Estado inexplorado. Pistola identificada a menos de un metro de distancia. Me acerco para comprobar, parece... ¿Qué es esto? —se oyen unas interferencias y la conversación se corta.

Tras perderse la conexión la intranquilidad se apodera de nuestro grupo. Mi padre, haciendo una vez más gala de la impaciencia que le caracteriza, se levanta y decide tomar el mando. Elige a Marcos, a Alan, a mí y al agente y nos dirigimos al lugar del suceso. Dejamos al novio de Laia que, por suerte, es policía y lleva el arma reglamentaria consigo, para encargarse del resto del grupo.

Andamos con precaución, ya que desconocemos si hay otras personas dispuestas a dispararnos. La atmósfera está cargada de tensión, aunque silenciosa. Aparte del ruido de las olas al romperse contra la orilla y el sonido de nuestros propios pasos no se escucha nada más.

Llegamos en menos de dos minutos al lugar donde se produjo el incidente y vemos al agente apilado junto a un hombre tendido en la playa. Al advertir nuestra presencia, se levanta y nos aclara la situación:

—Varón de unos sesenta años. Presenta un disparo a la altura del corazón. No tiene pulso, es pronto saberlo pero parece un suicidio...

Nos miramos confundidos entre nosotros. Lo último que hubiese esperado en el día de mi enlace es un suicidio. ¿Quién? ¿Por qué?

Mi padre se va adelantando y, tras echar un rápido vistazo al cuerpo tendido, nos descifra el misterio.

—Es...Juan. Llamad a las autoridades para que hagan el levantamiento del cadáver. Este hijo de la gran... Este desgraciado acaba de quemar su último cartucho, nunca mejor dicho, para fastidiarnos una vez más. Pero se acabó. —Suelta un largo suspiro y levanta la vista al cielo ofuscado. Más calmado añade con satisfacción—: Sus siete vidas han llegado a su fin.

Una hora después, la tranquilidad se reinstala en la isla. Tras peinarla a conciencia las autoridades griegas nos informan de que no hay riesgo, ya que, aparte del fallecido, no encontraron ningún compinche. No sabemos cómo llegó hasta la isla, ya que en ningún momento, escuchamos el motor de una lancha o algo parecido. Este gran misterio se va a la tumba con Juan, que tras ser envuelto en una lona blanca de plástico, desaparece de nuestras vidas para siempre. Y todos respiramos aliviados.

El problema queda resuelto pero nuestro pacífico paraíso se ha convertido, sin querer, en un lugar precintado por la policía por lo que debemos abandonarlo.

De algún modo, Juan ha conseguido su propósito una vez más y esto enerva sobremanera a mis padres, pero no nos queda más remedio que aguantarnos.

—No cambiaremos los planes a causa de ese chiflado. Es lo que ha buscado el muy cabrón; de hacerlo, le estaremos dando la razón —declara mi padre con énfasis—. Buscaremos el modo de celebrar el «sí quiero» de Júnior y María, que por poco se anula de nuevo.

Su simpática observación nos arranca una sonrisa y los ánimos se relajan poco a poco.

Tras hacer un par de llamadas, Cristian Cros padre, encuentra la solución. Nos reubica en otra isleta que pertenece a un amigo suyo, situada a menos de treinta kilómetros de distancia.

Salimos en dos lanchas enviadas por el salvamiento marítimo y en menos de una hora llegamos al nuevo destino. Y allí en esa preciosa isleta griega llamada *Moíra*, que significa destino en lengua helena, celebramos por todo lo alto mi matrimonio con la mujer que amo. Y lo hacemos con la seguridad de que ninguna nube negra empañará nuestra felicidad jamás.

Levanto la vista y contemplo el horizonte agradecido. La vida no es perfecta, ni para mí ni para nadie, pero aun así es maravillosa.

Mi padre llama nuestra atención al chocar con énfasis un tenedor contra el cristal de su copa:

—Por favor, prestadme atención. Coged vuestras copas.

Le hacemos caso y nos preparamos para brindar.

—¡Por María y Júnior! —Alza su copa y declara emocionado—: Os deseo toda la felicidad del mundo.

—¡Por María y Júnior! —se unen los demás al brindis general. Chocamos las copas satisfechos, entre abrazos y muestras de afecto.

Al caer la tarde, María y yo nos separamos de nuestros invitados para dar un paseo por la playa. Unas espectaculares estampas color púrpura se extienden sobre el inmenso cielo azul y los últimos rayos de sol se filtran a través de una nube en forma de corazón. Nos quitamos los zapatos y hundimos nuestros pies descalzos en la fina arena que brilla como el oro. Le cojo la mano y me la llevo lentamente a los labios para besársela con ternura.

—Gracias por toda la felicidad que has traído a mi vida —declaro emocionado. A continuación, introduzco la mano en el bolsillo del pantalón y saco mi regalo de bodas, un colgante de un gran valor sentimental para mí.

—¿Qué es? —quiere saber con la vista puesta en el medallón de oro.

—¿Te acuerdas cuando tenía millones en el banco pero ni siquiera un triste euro en los bolsillos?

Parpadea expectante y asiente con la cabeza.

—Pues bien, he guardado esa moneda siempre, hasta cuando nos hemos separado. Es como un talismán que me recuerda lo pobre e insignificante que era mi vida antes de ti.

—Júnior, yo no...

Raramente María se queda sin palabras y eso significa que mi regalo le ha tocado el corazón.

—La he partido por la mitad y he mandado a confeccionar dos colgantes iguales. El mío está aquí, junto a mi corazón —le aclaro abriendo los botones superiores de mi camisa. Contengo la respiración cuando toca el medallón con mano temblorosa, clara señal de la emoción que siente.

—Ay Júnior, ¿se puede ser más adorable? Gracias a ti por ser tan sensible y romántico. Me parece un detalle precioso.

Deposita un beso dulce en mis labios y se recoge el cabello en un mechón ofreciéndome su cuello largo y grácil. Mis dedos lo rodean con

delicadeza y, pocos instantes después, María luce su propio talismán a la altura de su corazón.

Las dos mitades se reúnen cuando nuestros cuerpos se juntan. La estrecho con pasión en mis brazos, llevándome la maravillosa impresión de estar en paz conmigo mismo y con el mundo entero.

FIN

Nota de la autora

Júnior es un personaje muy especial para mí, ya que mi carrera como escritora comenzó con su nacimiento. Míster 7, mi primera novela publicada con Titania en 2017 nos cuenta la historia de un futbolista que quiso ser padre en solitario y para alcanzar su deseo recurrió a la inseminación asistida. Este niño es Júnior, y, desde siempre, supe que, algún día, tendría su propia historia. He tratado de crear un personaje especial, dar protagonismo al amor auténtico que nace en un ser humano desde la infancia. Algunas veces este amor madura y sobrevive al paso del tiempo y muchas otras se queda por el camino. Pero nunca, nunca se queda en el olvido.

Sobre la autora



Nadia Noor, vive en Valencia con su marido y sus dos hijos. Es ingeniera técnica y tiene un máster en Políticas de Integración Ciudadana. Consiguió ver cumplido su sueño literario, al publicar en 2017, su primera novela *Míster 7*, con Ediciones Urano, sello Titania.

Otras novelas

Mister 7, Editorial Titania(2017)

Miss 7, Editorial Letrame (2018)

Deuda de familia, Editorial Lxl (2018)

El principio del mal, Editorial Lxl(2018)

Segunda piel, Selecta, Penguin Random House(2019)

Deuda de familia II, Editoril Lxl(2019)

Asya (2019)

Redes sociales

<https://www.facebook.com/escritoranadianoor/>

https://www.instagram.com/nadianoor_autor/?hl=es

<https://nadianoorescritora.blogspot.com/>

ÍNDICE

[Denia, 21 de junio de 2020, el día de mi boda](#)

[Estudios MediaStar, Madrid, seis meses antes](#)

[Prisión de Soto del Real, el mismo día](#)

[Mi amigo de la infancia](#)

[En búsqueda de Júnior](#)

[El amor de mi vida](#)

[En búsqueda de María](#)

[El muy deseado encuentro](#)

[Buenas vibraciones](#)

[El plan A cliente VIP](#)

[El trato](#)

[Doble confusión](#)

[El oro atrae más oro y los piojos más piojos](#)

[Felicidad compartida](#)

[Los diez millones de la discordia](#)

[Banco BTT, al día siguiente](#)

[Una moneda de un euro](#)

[La palmera de cuatro hojas](#)

[El «sí, quiero»](#)

[El talón de Aquiles de Júnior](#)

[Allanamiento de morada](#)

[Un invitado inesperado](#)

[¿Quién dijo compatibilidad?](#)

[El día de mi boda](#)

[# Sí quiero](#)

[Vuelta al trabajo](#)

[Ni contigo ni sin ti](#)

[Una gran revelación](#)

[Una decisión difícil](#)

[Intuición femenina](#)

[El final de la agonía](#)

[Una pesadilla sin fin](#)

[En la búsqueda de Minerva](#)

[El final del camino](#)

[Un sí grande y redondo](#)

[Nota de la autora](#)

[Sobre la autora](#)

[Otras novelas](#)

[Redes sociales](#)